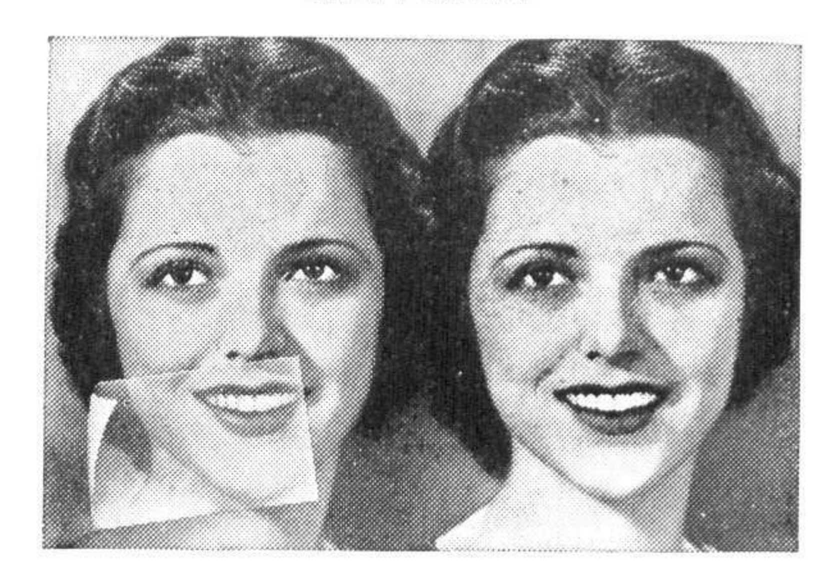
CARAS Y CARETAS



FOTOGRAFIA HISTORICA

Campos Salles y Roca. Ambos sellaron la fraternidad brasileño-argentina. Hoy, Vargas y Justo ratifican ese sentimiento por el cual las dos grandes repúblicas marchan juntas por el camino de la historia.

FOTO DE WITCOMB



Elimine la película para revelar la belleza de sus dientes

PRECIOSAS son las perlas — pero no tanto como lo son las nacaradas perlas de su propia boca — sus dientes. La sonrisa que revela una dentadura limpia y brillante presta mayor encanto, mayor atractivo a la belleza de un rostro.

Para revelar la belleza natural de sus dientes, basta eliminar la película. La película es esa capa resbalosa que puede sentirse con la lengua.

Eliminar la película es, y siempre será, la función principal de Pepsodent. El Pepsodent de hoy desempeña esta misión mejor que nunca. Su nuevo material de limpiar y pulir cambia totalmente el aspecto de la dentadura en corto tiempo. Sólo Pepsodent contiene ese material extraordinario. Ninguna otra pasta dentífrica puede por lo tanto producir iguales resultados.

Pida hoy mismo un tubo gratis para diez días de Pepsodent. Verá con cuánta rapidez y seguridad elimina la película que produce las picaduras — cómo pule y hace deslumbrar los dientes.

Muestra Gratis



LABORATORIOS DE GUIDO HORVATH,
MONROE Esquina COLODRERO,
BUENOS AIRES

Sírvanse enviarme gratis un tubo de Pasta Dentífrica Pepsodent para diez días. Les remito 10 cts. en estampillas de correo para el porte.

Nombre . . . .

Dirección . . . . *Ciudad* . . . .

1-3-S.



Altas personalidades expresan sus opiniones sobre la cordialidad argentino - brasileña.

Autógrafo del general Agustín P. Justo

Presidente de la Nación Argentina

Para "CARAS Y CARETAS"

El gobierno celebra el grato acontecimiento del viaje del ilustre presidente del Brasil Excmo. Doctor Don Getulio Vargas, tanto por razones de simpatía hacia su persona que nos dispensa una amistad cierta, retribuída con igual adhesión, como por el alto significado que entraña. Su presencia en el país realza la solemnidad de tratados benéficos para el Brasil y para nosotros, tratados que concertamos para exteriorizar la tradicional amistad que nos vincula y cuya solidez y extensión en el tiempo quisiéramos que se prolongasen indefinidamente.

El pueblo de la República debe acoger al Presidente de la gran nación amiga con todo su entusiasmo y afecto por el Brasil, considerando días de júbilo aquellos que nos honre con su presencia.

Agustín P. Justo

Mayo de 1935.

Lo que opina el doctor Carlos Saavedra Lamas





Ministro de Relaciones Exteriores y Culto

Carlos Saavedra Lamas

La satisfacción profunda con que el Gobierno y pueblo argentinos se preparan a recibir la visita del presidente Vargas y su Comitiva, se justifica no sólo por el honor que representará la presencia de los ilustres huéspedes, sino también porque las ceremonias que con tal motivo se realicen serán una expresión simbólica del impulso de dos pueblos destinados a comprenderse cada vez más y a marchar juntos en los caminos del porvenir.

Buenos Aires, mayo de 1935.



Manifestaciones de don José Bonifacio de Andrada e Silva



EMBAIXADA DOS ESTADOS UNIDOS DO BRASIL

Retribuindo a visita com que tanto alegrose o Brasil S. Ex. o Sr. Presidente Agustín P. Justo, está S. Ex. o Sr. Presidente Getulio Vargas realisando sabia politica internacional.

Ten sempre grande alcance o entendimento persoal de dois chefes de Estado e estreitando suas maos, em amplexo de fraternidade, Argentina e Brasil, representados por seus respectivos presidentes, mais fortalecem os élos da sincera e leal amisade que mantem, assegurando a efficiencia do trabalho pela paz, pelo direito e pela justicia.

José Bonifacio de Andrada e Silva

Embaixador do Brasil



Opinión del general Manuel A. Rodríguez



REPUBLICA ARGENTINA
MINISTERIO DE GUERRA

La visita del Excmo. señor presidente del Brasil Doctor D. Getulio Vargas, dará oportunidad a los militares argentinos para exteriorizar con cálidas manifestaciones el fraternal afecto que los vincula con el pueblo brasileño, como ya lo hicieran en ocasión de la visita del dignísimo presidente Doctor D. Manuel Campos Salles, cuando vivían gran parte de los más destacados actores de la campaña, en que argentinos y brasileños lucharon por la libertad de un pueblo hermano.

Ese afecto, nacido al calor de una comunidad de sacrificios, ha contribuído, sin duda, a que sus gobiernos, interpretando los sentimientos de ambos pueblos, lejos de bregar por ilusorias hegemonías sólo se preocupen de contribuir, afanosamente, a que el espíritu de fraternal concordia que los une se afiance y se expanda a toda la América y a todas las naciones, contribuyendo así a la obra del perfeccionamiento moral de la humanidad.

Buenos Aires, mayo de 1935.

Manuel A. Rodríguez

Declaraciones del ingeniero Luis Duhau



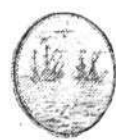


La visita del Exmo. Sr. presidente del Brasil Dr. Getulio Vargas constituye un acto trascendental en la vida de dos pueblos hermanos. Consagra una vieja y tradicional amistad y la consolida a través de los vínculos económicos que han de estrechar un mejor entendimiento comercial que asegura para sus productos un más amplio mercado en el Brasil y la Argentina. Vínculos espirituales y materiales han de constituir así las sólidas bases en que se asiente el futuro de nuestras relaciones con la gran República del norte.

Buenos Aires, mayo de 1935.

Autógrafo del doctor Mariano de Vedia y Mitre





El Intendente Municipal

La visita del Presidente del Brasil a la República Argentina significa ante todo la continuación de una política internacional de honrosa tradición.

La vinculación con los países vecinos ha sido siempre estimulada por la República. Con el Brasil, aliado de los argentinos que bajo el mando en jefe del general Urquiza derrocaron la tiranía sangrienta de Juan Manuel de Rosas, la vinculación fué afirmada por actos recíprocos que la cimentaron y la consolidaron definitivamente. En la historia argentina constituirá siempre una página destacada la que rememora el viaje a Buenos Aires del presidente Campos Salles, así como el del general Roca a Río de Janeiro. Estos acontecimientos fueron la continuación de esa tradición de armonía y de entendimiento internacional, para bien de los dos pueblos. Esa tradición impulsó el viaje del presidente Justo el año pasado, y a ella responderá también la presencia en Buenos Aires del presidente Vargas. A sus eminentes títulos personales une el ilustre huésped de los argentinos el ser un símbolo, el ser la expresión viva de la gran nación que representa y a la que el pueblo argentino tributará en él el cálido homenaje de su adhesión, de su simpatía, de su respeto.

Buenos Aires, mayo de 1935.

DON PEDRO I, A LOS SOLDADOS DEL IMPERIO

SOLDADOS DE TODO O EXERCITO DO IMPERIO.

HE hoje hum dos grandes dias que o Brasil tem tido: he hoje o dia, em que o vosso Imperador, vosso Defensor Perpetuo, e Generalissimo d'este Imperio, vos vem mimosiar entregando-vos em vossas proprias mãos aquellas Bandeiras, que em breve vão tremular entre nós, caracterisando a nossa Independencia Monarquico-Constitucional, que, apezar de todos os revezes, será sempre triunfante.

Logo que os Exercitos perdem os estimulos da honra, e a obediencia, que devem ter ao Poder Executivo, a ordem, e a paz de repente he substituida pela anarquia; mas quando elles são, como este, que Tenho a gloria de Commandar em Chefe, cuja diviza he *valor, respeito, e obediencia* aos seus Superiores, os Cidadãos pacificos então com a sua segurança individual, e de propriedade, e os perversos retirão-se da Sociedade, succumbem, ou convertem-se.

Quando a Patria precisa ser defendida, e o Exercito tem por divisa — Independencia, ou Morte — a Patria descança tranquilla, e os inimigos assustão-se, são vencidos, e a gloria da Nação redobra o brilho.

Soldados, não vos recommendo valor, porque vós o tendes, mas sim vos Asseguro, que podeis contar sempre com o vosso Generalissimo, nas occasiões mais arriscadas, em que Elle sem amor á vida, e só á Patria vos conduzirá ao Campo da honra, onde, ou todos morreremos, ou a causa ha de ser vingada: Soldados qual será o nosso prazer, e o das nossas familias quando ao seio d'ellas voltarmos cobertos de louros, nos virmos rodeados da cara esposa, e de nossos filhos, e lhe dicermos = aqui me tendes, quem defende o Brasil não morre, os nossos direitos são sagrados, e por isso o Deos dos Exercitos sempre nos ha de facilitar as victorias. = Com estas Bandeiras em frente no Campo da honra destruiremos os nossos inimigos, e no maior calor dos combates gritaremos constantemente viva a Independencia Constitucional do Brasil, Viva, Viva.

IMPERADOR.

(Del archivo del Baron de Laguna, cedido por la Señora Rosalina Coelho Lisboa de Miller)

Na Imprensa Nacional.

POR una gentileza de Rosalina Coelho Lisboa de Miller, podemos ofrecer a nuestros lectores este precioso documento, inédito hasta hoy en nuestro país, según manifestaciones de la gran escritora brasileña, a la cual pertenecen las palabras que escribiera al pie del mismo durante la visita hecha hace algunos días a *"Caras y Caretas"*.



Don Pedro I, que fué emperador del Brasil



Río de Janeiro.

EL HOMBRE BANDERA
ANTONIO DE

Por ROSALINA

A la gentileza de Rosalina Coelho Lisboa debe el lector esta página. es una vibración. La ofrecemos como ella nos la dió, porque ése brasileña fundamenta sus opiniones, apoyándolas en su cultura,



FUÉ un niño apegado a los libros, lleno de una gran curiosidad universalista y de la sensibilidad espiritual de los predestinados. El padre lo encontró una tarde a la salida del colegio. Sabía de su pasión por el estudio, del religioso cariño con que se dedicaba al deber, sabía que ésta era una época de notas escolares. El niño le pareció preocupado. Le tomó las manos.

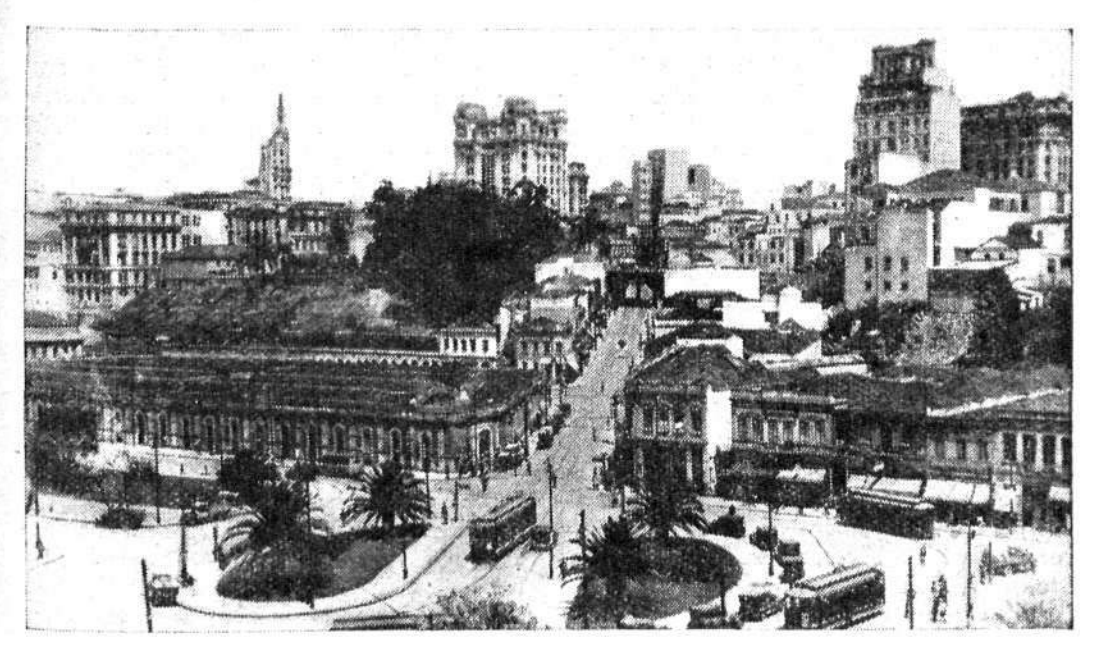
—¿Y entonces?

Unos ojos muy claros, muy límpidos lo miraron de frente.

— Mire, papá, yo creo que aquel otro niño se saca el premio. El profesor lo está protegiendo, pero para mí es lo mismo, papá. Lo que importa no es recibir premios, lo que importa es merecer los premios.

Sin saberlo, en aquella tarde paulista, en medio de aquella muchedumbre apresurada, el niño midió, subconscientemente, el camino de los iniciados, y lo eligió para su camino.

Lo que importa es merecer los premios... Siqueira Campos mereció, de Dios y de los hombres, todos los premios. Como los libros le fueron en la infancia un abrigo contra la realidad, los libros le fueron para la adolescencia inquieta, junto con una formidable sabiduría de observación, un refugio contra el sueño. Le mentalizaron el sentimiento de Patria; le disciplinaron los ímpetus reivindicadores; le adiestraron las energías físicas y psíquicas, que iban, más tarde, a orientarlo en la obediencia a la ley, de llama trágica, de su destino. En la infancia, recibiera del misterio que lo consagrara excepcional, todos los dones que arrastran a los calvarios: inteligencia, bondad, equilibrio, determinación, en una conciencia cuya claridad asombraba. Los trabajó en su espíritu por la cultura; los purificó en su corazón por la renuncia.



San Pablo.

DEL BRASIL MODERNO: SIQUEIRA CAMPOS

COELHO LISBOA

Muy de poeta, muy de mujer valiente, cada una de sus palabras fué su deseo y porque sabemos con cuánta gallardía la gran escritora en su exquisitez femenina, en su temperamento excepcional.

Sobre su camino de semidiós, dos sombras de cruz humana bajan el héroe al nivel de los hombres: la muerte de su madre y la amargura de su amor.

Niño de doce años, vió a su madre, joven, morir, víctima indirecta de las persecuciones, que la política brasileña de entonces arrojaba contra la independencia moral de su padre. Ante el cadáver materno, la tormenta desencadenada en el alma de ese niño dolorido, debe haberse semejado mucho a la tormenta que estrujó el alma de Lenin al ver el cuerpo de su hermano bailar en la horca del imperialismo ruso.

Calló, en su pensamiento, lo que le gritara en el corazón. Y fué viviendo.

Aun entre los que lo acompañaron más de cerca, pocos saben de su amor. Raros reconocerían en la vida, si es que ella todavía existe en la vida, la mujer a quien (Lohengrin para el cual ya se aproximaba por la corriente ineludible de la suerte, el cisne fiel...) Siqueira Campos llamó un día "la pura Elsa de mi sueño". Elsa... El lo dijera... Si en la leyenda maravillosa Elsa falla a Lohengrin, ¿que podría hacer, humanizada, dentro de la realidad, sino fallar?

Los dioses, cuando divinizan un hombre, son celosos. No le permiten la felicidad del mundo. Cercan sus pasos de espinas y de dardos, para que se recuerde de que está divinizado.

Otra vez, en su pensamiento, calló el héroe el grito de su corazón. Y fué viviendo.

Su amor de hijo crucificado, su amor de hombre triste, se consumieron lentamente dentro de la pasión suprema, de aquella que desconoce a la muerte, de aquella cuya ingratitud aun es estímulo, diosa terrestre para cuyo sacerdocio los dioses divinizan a los hombres: ¡la Patria! ¡Cómo él la amó! Ella lo absorbía, lo enloquecía, en un culto deslumbrado y deslumbrador. Todos los trofeos le parecían pocos para ella; todos los peligros pequeños para enfrentar por ella; todas las injusticias justas, si le venían de ella. Ella sufría, y él era su esclavo, su sol-

dado, su sacerdote, humilde, incondicional. La atacaban y él se arrojaba, alucinado e iluminado, para conquistar el imposible, y atarlo al carro de victoria de su diosa. Se integró al Brasil. Lo traía consubstanciado en su ser.

Un día la Patria lo exigió, entero.

Fué hace doce años. Era en pleno gobierno de Epitacio Pessoa, gobierno heredero y continuador de los crímenes conscientes y los errores voluntarios que habían caracterizado la política del Brasil, durante muchos decenios de oligarquía. Pero más allá de esas sombras crepitaba la afirmación definitiva que las apagaría. Bajo el pantano que buscaba socavar las fuerzas vivas de la nación planeaba una promesa: ¡la revolución!... Y anuncióse la revolución: 5 de julio de 1922.

¡Cómo me acuerdo de aquella noche! Noche tropical, pesada de astros, jadeante de expectativas y de predestinaciones. Nuestra imaginación buscando adivinar, por el Brasil inmenso, la preparación de la hora magnífica... Esperando aquella hora... esperando... esperando... Todo en la ciudad parecía comprender, parecía que se quedara esperando... Todo; aquella noche, que viera el último día del envilecimiento sin castigo; el mar, en un murmullo pesado; las avenidas y las calles, mudas, y las montañas obscuras, inclinadas sobre fortalezas... y aquellas nubes, que nunca más serían aquellas nubes, y aquellas estrellas, que siempre son aquellas estrellas... esperando... Y las almas de los hombres fuertes, estremecidas de impaciencia, esperando. Y las almas de las mujeres fuertes, trémulas de confianza, esperando... Y el alma del Brasil, sin atreverse todavía a creer en el milagro de poder esperar el milagro, esperando... Y las horas lentas, arrastrando la madrugada. Y aquel sobresalto, aquella angustia, aquella sensación de lo inevitable que se viene aproximando. De repente, sacudiendo la bahía el tronar de un cañón. Y el silencio... Los minutos pasaban, una hora pasó. ¿Y las fortalezas? ¿Y los regimientos? ¿Y la Villa Militar? La mañana pasó. Ninguno de nosotros se olvidará de aquella mañana. Vino la tarde, y entonces comenzamos a saber... El gobierno sorprendiera la revolución por una cuestión de horas. No la consiguió sofocar totalmente, sin embargo. Pero ya estaban atestadas de héroes las cárceles de la nación, la policía ya tenía manos libres para la tortura, los hospitales militares recibían heridos y agonizantes, y por el camino que lleva al Colegio Militar, había cadáveres de adolescentes sobre el suelo de la patria que habían soñado libertad. Eran cadetes. Criaturas todavía. Y allí, bajo el sol crudo de aquel día terrible, las manos crispadas sobre las armas ya inútiles, los cuerpos apretados en los uniformes sangrientos, tenían en el rostro infantil una expresión viril de guerreros que se afirman. ¡Fallará el milagro! ¿Fallará? Todavía no. La fortaleza de Copacabana resistía. Y de ella se hizo el símbolo de la revolución.

Fueron horas febriles de exaltación patriótica. Humillada, atormentada, encadenada, la nación todavía esperaba.

La fortaleza inexpugnable parecía menos inexpugnable que el alma homérica de su guarnición. Aviones militares la bombardearon. La escuadra, con los acorazados más poderosos de América del Sud la bombardeó. Los rumores corrían vertiginosamente, a pesar del estado de sitio y de la ley marcial. Se afirmaba que había millares de hombres aguerridísimos en la fortaleza; que estaban esperando hora propicia para dar el combate; que era cierta la victoria de la revolución.

El gobierno les intimó rendición. La fortaleza respondió con un tiro magistral, que atravesando la ciudad entera cayó de lleno en el patio del Cuartel General, matando un pelotón que estaba a punto de salir para atacarlos. La ciudad vibró de entusiasmo. Las fuerzas legales enviaron un grupo, al mando de un oficial joven, a hacer un reconocimiento. Los soldados volvieron, pero el oficial se pasó a las fuerzas revolucionarias. El gobierno comenzó a asustarse. Pensó que debían estar muy fuertes los revolucionarios para que el oficial legalista se hubiera adherido a ellos. Mandó fijar carteles aconsejando a la población abandonar la ciudad, porque iban a atacar el fuerte. Entonces la fortaleza de Copacabana declara que la ciudad no debe sufrir, y que sus hombres vendrán a dar el combate a la calle. Los legalistas se estremecen. Aquellas puertas inmensas se van a abrir para el paso de un ejército, y de un ejército decidido a vencer. Las preparaciones se suceden en una excitación tremenda. Cubren de soldados y ametralladoras el morro que separa a Copacabana de la ciudad. Llenan de soldados y oficiales, y pertrechos de guerra, el túnel de Copacabana. La Cruz Roja Militar está en su puesto. Hay regimientos preparados para el refuerzo. No se atreven a ir al encuentro de los rebeldes, porque se dice que el barrio, a partir del túnel, está minado. Aguardan allí, protegidos por la arboleda

de la montaña, por el túnel, aguardan allí a las legiones poderosas que en breve vendrán, por la avenida abierta, a darles combate.

De repente, ellos aparecen a lo lejos.

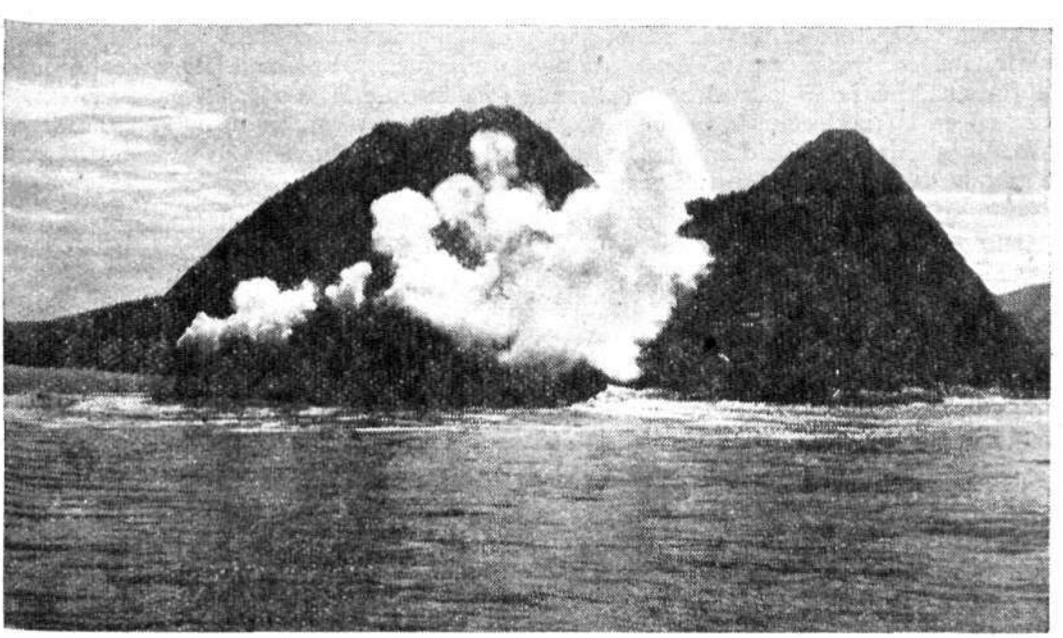
Mándalos un teniente de veintidós años, que les había sugerido la muerte como único medio de salvar el ideal de la revolución: Antonio de Siqueira Campos.

Marcha con ellos el oficial legalista que se pasara a la fortaleza. Marcha con ellos un civil, que, al encontrarlos por el camino, reclama la gloria de luchar también. Marchan en silencio, conmovidos, titánicos, epopéyicos. Marchan para el asalto como para una ascensión. Vienen para la muerte como para la victoria. Son más que el Brasil, son la dignidad sin mancha de la Patria, son el honor de la nacionalidad afirmando su derecho a la vida. Y al ver aproximarse la guarnición de la fortaleza de Copacabana, avanzando contra ellos para el combate mortal, los miles de soldados que los iban a asesinar, se pasman, electrizados. Esperaban legiones de guerreros. Y contra ellos embestían dieciocho adolescentes.

Cuando en aquel día diecisiete paladines mandados por un titán de leyenda, arrancaron al tiempo una tarde de julio para entregarla, fundida en metralla e iluminada en sangre, al culto consciente del Brasil, estaba garantida para el Brasil la victoria de la revolución. Porque nada destruye una causa por la cual hombres así, mueren así. Los pueblos valen por los individuos de excepción que despiertan su fuerza de fe. Son los individuos que crean la Patria y forjan la multitud capaz de disciplinarse en colectividades organizadoras de naciones.

El 5 de julio de 1922 trajo para el Brasil un milagro así. Cuando todo fallaba, un militar adolescente levantó la antorcha caída, tomó la derrota y la transformó en la más positiva de las afirmaciones. Cuando centenares tumbaban ese hombre, que apenas tenía su juventud y un sueño, encarnó en sí el ideal para realizar lo irrealizable. Hubiese tenido Siqueira Campos en aquella tarde un instante de hesitación, y el movimiento del 30 moriría por falta de ambiente, y Getulio Vargas no podría traer hoy a la Argentina el saludo de una patria redimida y perfecta.

Pero "aconteció" Siqueira Campos, y de lo alto de los cuerpos mutilados de los dieciocho de Copacabana, la bandera revolucionaria excitó al Brasil y el Brasil se transfiguró. Abroquelóse en la aceptación de la pelea, escudóse de fe, y avanzó. Avanzó, el corazón consagrado a la llamada de aquella bandera, dilacerándose en las embestidas, en los asaltos, en las resistencias sin treguas. Y, a medida que avanzaba, se iba poblando de bayonetas los caminos recorridos, y regimentábanse para la epopeya legiones redentoras, y el despotismo temblaba a su aproximación predestinada. Avanzó, a través de ocho millones seiscientos tres mil kilómetros cuadrados, a través de nueve años en que cada hora contaba un siglo de martirio y valor, sacudiendo, saneando, despertando el Brasil, hasta levantarlo, cruzado de



La fortaleza de Copacabana vista entre el humo de sus cañones.

cicatrices pero alucinado de gloria, a la plenitud de su redención.

En la vida de Siqueira Campos todos los imposibles de novela se realizan prodigiosamente. Desde su convalecencia, y de su fuga de la cárcel, después del combate del 5 de julio, hasta su muerte, en la noche del 9 de mayo del 30, en el accidente del avión francés frente a Montevideo, ¡cinco meses antes de la victoria revolucionaria! El fué, en cada minuto de su existencia magníficamente trágica, un ejemplo de luminosa pureza. De los héroes brasileños (y el Brasil es una tierra de héroes y de poetas), este hombre, que no llegó a vivir treinta y un años, fué, sin duda, el más completo. En la vida y en la muerte (hasta su pobre cuerpo de ahogado fué perseguido por la política brasileña) simboliza la renuncia integral. Pisó todas las espinas. Aceptó todos los cilicios. Centinela de nuestra generación, fuerza de nuestro presente, habiendo terciado al fragor de metralla que oímos, está demasiado cerca para que se pueda todavía reconocerlo en su incomparable significación humana y nacional. El representa uno de esos fenómenos que se manifiestan de lejos en lejos en las razas y que tienen para los pueblos la importancia que tiene para la humanidad el advenimiento creador propulsor de las religiones.

Si Río vivió la tarde del 5 de julio, y San Pablo contó entre los suyos al héroe símbolo de la Revolución, Siqueira Campos, Río Grande del Sur mantuvo en la cruzada una armonía anunciadora. Cuando los 18 de Copacabana, descendían la avenida Atlántica, un gaucho romántico se juntara a ellos para morir también. Ese voluntario de la bandera condenada cayendo por el sueño ajeno, encarnó en la revolución, la promesa de la adhesión gaucha. Fué de Río Grande, bajo el mando de un riograndense, Luis Carlos Prestes, que la columna revolucionaria partió para la marcha que un historiador argentino consideró "la más extraordinaria marcha militar de que hay idea en la historia".

El movimiento de octubre del 30 concretó la promesa. Imposibilitado, por el fraude electoral, de fraternizar pacíficamente con la revolución, Río Grande le trajo el apoyo que fué, para el movimiento del 22, el empuje triunfal. La victoria trajo al poder a Getulio Vargas.

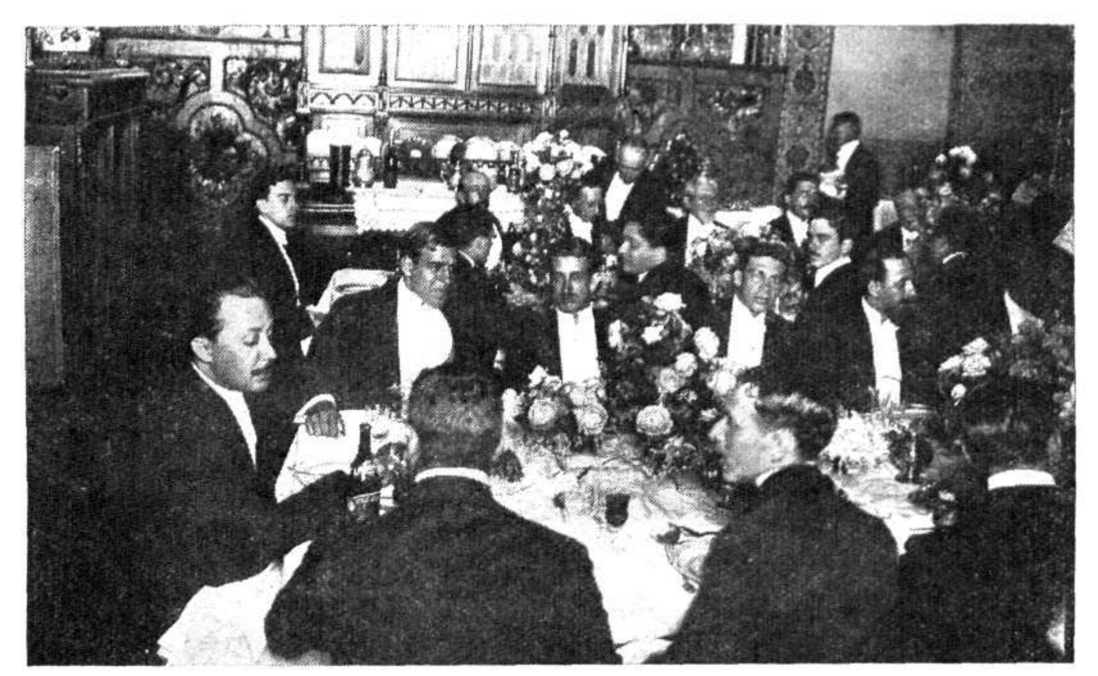
Y Getulio Vargas aplicó a la disciplinización brasileña la energía continuada de una devoción en la que el hombre, el político, el realizador, el idealista, el ciudadano y el presidente, se confunden en la expresión impersonal, y por eso mismo todopoderosa, del guía. Pudiendo ser el más arrogante de los dictadores de América, prefirió ser el más fraternal de los jefes del pueblo. Despersonalizóse dentro de la personalidad absorbente de la Patria, que la revolución le entregó. Como fuera su defensor militar en la batalla, se hizo, en la paz, su soldado civil, el resucitador de la vitalidad laboriosa de su gente, el impulsor de las riquezas asombrosas de su gleba, teniendo, como ley, su conciencia de patriota, y, como norma, su aceptación incondicional del deber.

Es el Brasil de Siqueira Campos, el Brasil valiente y noble de los caboclos del nordeste, y de los gauchos del sur, que visita la Argentina en la visita de Getulio Vargas.

Este guía excepcional de una inmensa Patria, no es solamente un Presidente del Brasil. Maquinaciones habituales de política no lo llevaron al poder. Antes de ser el Presidente del Brasil constitucional, fué el dictador del Brasil revolucionario, y antes de ser el dictador del Brasil revolucionario, fué un soldado de la revolución. Su gobierno representa el ansia de reivindicaciones, el ímpetu de liberación que encendió por el corazón de mi Patria la avanzada de la campaña que fué, durante años de calvario, una lucha sangrienta contra la corrupción administrativa y contra los crímenes políticos de los oligarcas.

En vuestra Buenos Aires, argentinos, los paladines de la revolución brasileña encontraron, mil veces, en su destierro, estímulo para soñar y trabajo para vivir. Recibid, ahora, en triunfo, al batallador, a cuya victoria contribuisteis indirectamente. Recibidlo con vuestros corazones y vuestras conciencias porque por su presencia, en verdad, os hablarán los corazones y las conciencias de cuarenta y tres millones de brasileños. Recibidlo como un idealista en cuyo ideal os reconoceréis un poco a ese Presidente del pueblo de cuyo sacrificio voluntario se formó el Brasil "fuerte para ser libre, armado para ser justo y rico para ser generoso".





Afirmación de la extremada cortesía brasileña fué entre otros, el banquete ofrecido a los periodistas de la Argentina por el doctor José Carlos Rodrigues, director de "Jornal do Commercio", en 1913.

La tradicional cortesía brasileña

En el Brasil es considerada la cortesía como un deber de hidalgos, sin considerar que supone una virtud de personas cultas. Puede faltarse a los deberes; pero nunca a las condiciones que exige el alma y la educación.

La cortesía, mesurada en el decir, es un reconocimiento de mutua dignidad. "De hombre a hombre no va nada", dice el proverbio, y los bien nacidos saben que los vocablos iracundos suenan a compás en trances de ira, cuando se agotan los recursos de la razón y de esa diplomacia, llamada cortesía.

Por eso, Don Quijote fué, desde su cuna literaria, admirado en Portugal. Su mejor título para el favor que los lectores le concedieran estribaba en la victoria de la cortesía hidalga sobre la locura. A todo extremo desatinado llegó el héroe cervantino, más sin perder su cortesía ni su valor. Pues ella puede definirse como una hija del valor. La imperturbable cortesía acompaña a la ecuánime bravura.

De Portugal pasó el ánimo cortés a las tierras brasileñas, del brazo de la temeridad hidalga. Un idioma suave y vibrante era su mejor medio de expresión; y el clima y la hermosura educadora del paisaje refinaron ese modo noble de ser con los humildes y los poderosos y los necios.

La cortesía brasileña es un signo de hospitalidad señoril; y a veces una lección irónica. Ser extremoso en frases educadas con un patán, equivale a imponerle cortesía, de manera humorística.

Cortesía exquisita profesan los brasileños, culto de hombres que dice de aristocracia y democracia a un tiempo mismo.

Brasil no es "archivo de la cortesía", sino fiesta de tal virtud.

De los salones sociales de la élite, de los centros públicos irradió a la calle y a la campaña. Y dulcifica el trato, y calma los nervios, y procura tranquilidad para la pesada labor.

El extranjero se sorprende al encontrarla en todo sitio y en toda boca, como una costumbre nacional.

Y, al salir de una de las patrias adoptivas de la cortesía, suele añorar la dulce virtud de los caballeros.

RAUL P. OSORIO

Los encantos de Río



Un grupo de hermosas palmeras reales, de la isla de Paquetá.

CON anterioridad al descubrimiento del Nuevo Mundo, allá por los siglos XIII y XIV, en leyenda inexplicable, corriente en bocas de viajeros y mercaderes, se conocía ya de la existencia del Brasil. Afirmaba la tradición que en algún lugar ignorado del Atlántico existía una región cubierta de bosques en los que se encontraba abundante un árbol tintóreo que daba a las cosas teñidas el color de fuego de una "brasa" encendida.

La entrada a la bahía es un espectáculo indescriptible que jamás olvidará quien lo contemple. La belleza de sus panoramas y de sus perspectivas desde cualquier rincón de la ciudad o desde la cima de los numerosos picos que la rodean como si la naturaleza hubiera querido protegerla para siempre contra monstruos y peligros legendarios, no tiene paralelo en el mundo. Sus amplias y bellas avenidas bordeadas de palmeras; sus casas enclavadas en las faldas de las colinas y rodeadas de jardines; la vista feérica de sus paseos brillantemente iluminados por las noches; sus imponentes y armoniosos edificios públicos, el vastísimo Jardín Botánico, pequeño mundo vegetal constituído por elementos variadísimos y considerado como uno de los más completos que existen; las hermosísimas playas de los balnearios de Copacabana y de Urca; las moles imponentes del Corcovado, del Pan de Azúcar; los encantos de la Tijuca, floresta elevada y magnífica atravesada en multitud de direcciones por excelentes carreteras que permiten al turista penetrar a todos sus rincones y ascender a todas sus eminencias para contemplar desde ellas en diferentes perspectivas la vista incansablemente bella de la capital y de su bahía; estos le garantizan al visitante una infinidad de otros atractivos permanencia que le dejará recuerdos imborrables. La isla de Paquetá es uno de los rincones deliciosos del incomparable sitio.



Señor Ricardo Mendes Gonçalves, presidente de la compañía Francisco Mendes y Cía., fundada en 1874, y presidente de Mate Larangheira, de Río y Buenos Aires.



Don Enrique Saint, presidente de la sociedad anónima Saint Hnos., establecimiento fundado en 1880 por don Abel Saint, y que es en la actualidad uno de los principales propulsores del café y del cacao en la Argentina.



Don Pedro Robertie fundó, a principios del presente siglo, la prestigiosa empresa denominada "A los Mandarines", y se le considera, a justo título, como a uno de los más activos propulsores de la industria del café.



Don Octaviano Alves de Lima, que ocupa hoy la presidencia de la sociedad Café Paulista, fundada el 6 de enero de 1903 por don Octaviano A. Alves de Lima.

Los "pioneers" del comercio brasileño en la Argentina

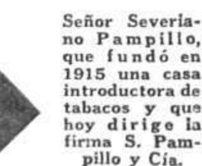


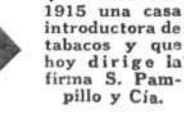
Don Pedro Bidondo, continuador de la brillante labor comercial de don Manuel D'Huicque, que en agosto de 1900 fundara el prestigioso establecimiento "La Brasileña", uno de los más populares y acreditados.



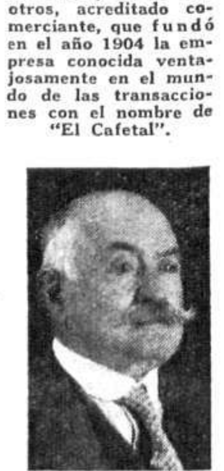
Señor Juan Chiossone, primer importador de madera brasileñas, presidente de la S. A. Juan Chiossone, Limitada.

Señor Severiano Pampillo, que fundó en 1915 una casa introductora de tabacos y que hoy dirige la firma S. Pampillo y Cía.

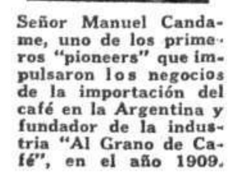




Don Guillermo Udaondo, presidente de la sociedad anónima "Domingo Barthe, comercial, industrial y financiera". Fué fundada por don Domingo Barthe en el año 1890.



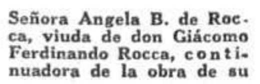
Don Pacífico Magnani, también, como los otros, acreditado comerciante, que fundó en el año 1904 la empresa conocida ventajosamente en el mundo de las transacciones con el nombre de "El Cafetal".



Señor Manuel Candame, uno de los primeros "pioneers" que impulsaron los negocios de la importación del café en la Argentina y fundador de la industria "Al Grano de Café", en el año 1909.

Señor Manuel Camuyrano, "pioneer" de los introductores y exportadores de frutas. En 1874 el señor Camuyrano fundó la firma Bossio y Camuyrano, presidiendo desde entonces el directorio.





Señora Angela B. de Rocca, viuda de don Giácomo Ferdinando Rocca, continuadora de la obra de su señor esposo, acreditado y activo hombre de negocios que en el año 1907 fundara "La Cosechera".

DOS SONETOS DE OLAVO BILAC

LINGUA PORTUGUEZA

Ultima flôr do Lacio, inculta e bella,
E's, a um tempo, esplendor e sepultura:
Ouro nativo, que na ganga impura
A bruta mina entre os cascalhos vela...

Amo-te assim, desconhecida e obscura,
Tuba de alto clangor, lyra singela,
Que tens o trom e o silvo da procella,
E o arrolo da saudade e da ternura!

Amo o teu viço agreste e o teu aroma
De virgens selvas e de oceano largo!
Amo-te, ó rude e doloroso idioma,

Em que da voz materna ouvi: "meu filho!",
E em que Camões chorou, no exilio amargo,
O genio sem ventura e o amor sem brilho!

MUSICA BRASILEIRA

Tens, ás vezes, o fogo soberano
Do amor: encerras na cadencia, accesa
Em requebros e encantos de impureza,
Todo o feitiço do peccado humano.

Mas, sobre essa volupia, erra a tristeza
Dos desertos, das matas e do oceano:
Barbara poracé, banzo africano,
E soluços de trova portugueza.

E's samba e jongo, chiba e fado, cujos
Acordes são desejos e orfandades
De selvagens, captivos e marujos:

E em nostalgias e paixões consistes,
Lasciva dôr, beijo de trez saudades,
Flôr amorosa de trez raças tristes.

 OLAVO BILAC 



EL TALISMAN DE ARIZUMA

Por COELHO NETTO

En todo el reino durante largos años, los hombres — entregados con impaciente ansiedad a la procura del talismán, cuya historia el penitente Aribasa escribiera con caracteres indelebles en un pergamino preciosamente conservado en el tesoro real, entre las joyas de la corona — descuidaron la tierra que degeneró en breñales: abandonaron los barcos que se pudrieron en las aguas; olvidaron los rebaños que se embravecieron en los montes...

"Era una piña de cristal azul que cayera de la mano del genio Arizuma cuando, encendido en furor, arremetiendo con soberbia osadía contra las altas estrellas, rodó del espacio fulminado

por un rayo que lanzara contra él el Omnipotente".

Y el cronista de los fastos del reino explicaba incitando a la codicia: "Quien lo hallare subiendo con él a la Montaña Blanca verá aparecer, en letras luminosas, en las rutilantes paredes de la caverna de nieve, la palabra que invocará el prestigio de la piña y, señor del secreto, avasallará el mundo".

Pero como no se supiera el sitio del reino en que cayera el precioso objeto, tierras y aguas eran exploradas y muchos hombres válidos sucumbieron bajo barrancos socavados que se desmoronaban con estruendo, o perecieron bajo aguas profundas revolviendo desesperadamente la arena.

Había comenzado, pues, con el abandono de los hombres a amenguar el pan, a escasear la lana, y crecido el hambre en todo el feraz país. Lanzó el rey un decreto condenando a muerte a cuantos fueren encontrados revolviendo el suelo o sumergiéndose en las aguas con el propósito vano de buscar el talismán, y aún, asimismo, por largos y largos años la sangre manchó el cepo y montones de cadáveres abastecieron hartamente a los buitres.

Por fin, el terror domeñó la ambición y los hombres tornaron a la faena. Los campos secos revivieron, hincháronse de nuevo al viento las velas de los navíos y en los talleres silenciosos recomenzó la faena de los telares.

▼

En un lugar agreste, sobre un precipicio de la áspera playa donde el mar chocaba con rabia, habitaba un hombre tan miserable en su pobreza que ni candela poseía y que, apenas el sol trasponía la cumbre del monte, corría a agazaparse en el pajar y encendiendo lumbre, se alimentaba de hierbas cocidas echándose luego sobre las hojas.

Al amanecer, con el gorjeo de los pajarillos, se levantaba, y tomando la honda de piedra, salía a cazar por los peñascales.

Cierta mañana — durante la noche había caído un aguacero torrencial — caminaba el melancólico por un sendero pedregoso cuando tropezando con una saliente del terreno áspero, vió saltar y brillar y rodar, tintineando sobre los guijarros agudos, una piña de cristal azul.

Cogióla, la lavó en la vertiente de un barranco y permaneció admirándola, y como un rayo de sol la hiriese fué tan intenso su brillo que el hombre sintió en los ojos como un ardor de llama.

¿Qué sería? Desconociendo la tradición del lugar tomó el misterioso hallazgo atribuyéndolo a un ornato de embarcación traído a aquellas alturas por alguna ave marina. Y sin darle mayor importancia guardóla en su saco prosiguiendo su caminar taciturno, con la mirada en el espacio luminoso.

Por la tarde, recogiéndose en su choza, recordóse de la piña, e imaginando que los pescadores le darían algo por ella, resolvió ofrecerla.

Al primero que vió, un viejo que reparaba redes de pesca con la onda lamiéndole los pies, mostrósela proponiéndole, no con palabras sino por señas, a cambio del capote que le cubría los hombros.

El pescador, observando atentamente la piña, tuvo el presentimiento de que se trataba del talismán del genio, y luego, alborozadamente, despojándose del capote entrególe al solitario, que se alejó contento y abrigado.

Y el viejo, abandonando las redes, dirigióse con paso apresurado comunicar a los suyos la fortuna de aquel día.

Su mujer y su hija, en posesión del talismán, luego de convenir en poner a prueba su prestigio, desearon una casa de buena piedra, cubierta de tejas, amplia y clara y firme a los embates del viento; una vaca que mugiera en el corral, una despensa desbordante de pan... Pero la miseria permanecía triste. Entremirándose, y dijo entonces el viejo pescador:

— Es que falta la palabra mágica.

— ¿Y cómo saberla?

— Sólo yendo a la caverna de la Montaña Blanca.

— ¿Y dónde está eso?

— Al fin del reino.

Y se miraron conmovidos. ¿Cómo habían de llegar allá, al confín del reino? Y por la noche, delante de la terrina del cocido crepitante, cortando el pan negro, oyendo cómo el viento zumbaba sacudiendo la choza, el pescador sintió frío. Instintivamente llevó la mano al hombro para tomar el capote... ¡Ay de él! su capote allá lo tenía el solitario, a él le quedaba, en cambio, la piña de cristal que valía por todas las riquezas de la tierra.

Ambas mujeres lo acusaron de imprudencia.

— ¡Eso es! Un mal negocio... Eso le pasa a los más avisados. Pero tranquilícense que alguien ha de pagarme el capote. La piña ha de producir.

Salió a la playa al alborear el día. Vió el pescador a lo lejos un junco de buen porte bogando rumbo a tierra. Era gente que venía por agua y el pescador se propuso negociar su tesoro. Apenas el equipaje saltó a tierra saludóle con palabras de buen augurio y conversando entró en el asunto que le interesaba, narrando con fiel verdad cuanto a la piña se refería. Y extrayéndola del bolsillo enseñósela a uno de los marineros proponiendo cederla por diez monedas. El marino quedó mirándolo con aire receloso.

Si es cierto que éste es el talismán de Arizuma, es bien poco lo que pides por él.

— Escúchame, marinero. Soy, como ves, muy viejo; no me atrevo ya a salir mar afuera y vivo miserablemente de los arreglos que hago, ora calafateando barcas ora recomponiendo las redes rotas. El talismán, bien lo sabes, sólo tendrá virtud al son de la palabra misteriosa que se mostrará en caracteres de fuego al que logre llegar a la caverna de nieve que queda en la cima de la Montaña Blanca. Yo ¡pobre de mí! mal puedo subir la rampa que conduce a mi casa. Tú, sí: eres joven.

Dió el marinero las monedas y el viejo pescador guardándolas en su bolsa, volviéndose alegre y cantando al hogar de donde saliera triste.

▼

Bordejeando en mar de bonanza, en ocasión propicia pronto llegó el junco al puerto tumultuoso de la capital del reino. Helo ya en tierra al marino. Piensa, en un principio, aventurarse hasta la montaña lejana; pero ¡son tantos los atractivos en la ciudad! Caricias y danzas, mujeres y amores, todas las seducciones de la voluptuosidad que tanto influyen en la sangre joven. ¡Está tan lejos la montaña! ¡Son tan difíciles los caminos! Ríos que vadear, selvas que trasponer, oteros de arenas tórridas y malezales en que hierven víboras, aguas putrefactas de pantanos, tigres al acecho...

Y allí, en el torbellino de la vida, ¡todo a la mano! El vino, el amor... ¡Qué importa! Le sobra juventud y le faltan recursos: la bolsa está escasa y el corazón desborda.

Percibe un dulce aroma de rosas, se vuelve y

advierte una ramilletera que le ofrece flores. ¡Qué linda es! Arden sus ojos negros llenos de promesas, sus labios son del color de la púrpura, sus cabellos son negros y su sonrisa equivale a un filtro.

—Allá — díjole ella extendiendo el torneado brazo desnudo en el que relucían y tintineaban argollas de oro — a la vera de las aguas azules, una cabaña que apenas se ve... son tantas las rosas que la circundan... Es allí...

Y sonriendo le excita.

Resuélvese al fin el marinero, y tomando en la mano el talismán precioso se dirige al mercado para hablar con un hombre que comercia en perlas.

Entra en la tienda y expone su secreto. Relucen de codicia los pequeños ojos del mercader fijos en la piña; tómala en sus manos y reteniéndola entrega al joven quinientas piezas de oro.

▼

Y allá va, en caravana armada, el mercader. Quince largos días camina a través del desierto. El sol le calcina y la sed le abrasa. Instante por instante, los hombres se traban en lucha, en las gargantas de los montes, con los tigres. Caen las cabalgaduras desangrando, estremécense las fieras heridas, los jinetes lacerados... Silbidos y botes de serpientes, arremetidas de elefantes monstruosos, pendientes que vencer, declives que salvar. Por fin, la cumbre de la Montaña, la nieve lúbrica sobre la cual resbalan los cascos de los caballos transidos, el viento que zumba y la noche, la blanca y fúnebre tristeza de la nieve y los lobos famélicos siguiendo a la caravana...

Pero el mercader no se daba punto de reposo, y afrontando todos los peligros, venciendo todos los obstáculos, al fin del décimoquinto día, alcanzó la caverna de nieve. Sumérgese en ella temerario y, en tanto que avanza, llevando en una mano la piña de Arizuma, instantáneamente resplandece la palabra misteriosa que apenas logra verla y luego la pierde de vista.

Repítela sobre sus deseos y de súbito la montaña resplandece dorada y llena de mineros en faena. Y lo que antes era de nieve se tornó como de sol, ¡tanto era el oro en filones, en colinas de polvo, en pepitas y en láminas, engastado en las piedras como el musgo o areneando el lecho de los arroyos!

Y así fué como Alí - Ben - Abbab, humilde mercader de perlas, tornóse en una sola mañana más poderoso que el rey.

▼

Cuando se propaló la nueva de la fortuna de Alí-Ben-Abbab, de todos los imperios y reinos de la tierra partieron mensajeros con ricos presentes solicitando su amistad y, por la tarde, el pueblo se congregó en la plaza para verlo pasar en un garboso caballo negro enjaezado de oro, precedido de esclavos que iban esparciendo esencias y proclamando la grandeza del señor todopoderoso.

Un heraldo vestido de púrpura, pregonando las largas munificencias del amo, decía, con tono arrogante:

—¡Paso al glorioso Alí-Ben-Abbab, señor de la montaña de oro y de todas las riquezas de los mares, que halló el talismán de Arizuma.

Y el pueblo, curvándose aclamaba al predestinado.

▼

Tiritaba de frío en el pajar del peñasco el solitario que hallara la piña maravillosa y la trocara con el pescador por una vieja capa; y el pescador que la vendiera por diez monedas componía redes y alquitranaba barcas; y el marinero que la negociara por quinientas piezas allá se andaba sobre las ondas crespas navegando penosamente. Y Alí-Ben-Abbab, mercader de perlas, por ser osado, jugándose la vida en una aventura audaz, llegó a la Montaña y vió relampaguear en la caverna la palabra misteriosa de la cual dependía la virtud del talismán de Arizuma. Así, sólo él mereciera la gloria y la fortuna.

▼

Y así habló Scheherazada al sultán:

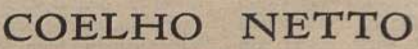
—¡Cuántas veces el que halla el tesoro acaba en la miseria por ignorancia, inercia o desatino dejando que otro aproveche su riqueza o su gloria! Cuántos hay como el solitario de las peñas, como el viejo pescador o como el marinero y cuántos también existen como Alí - Ben - Abbad, el experto y atrevido mercader de perlas!

Talismanes muchos poseemos, pero raros son los que tienen ánimo de subir la montaña, venciendo obstáculos, en busca de la palabra mágica.

—Es ya tarde, hermana mía — dijo Dinazarda.—Ya asoma el sol precedido por los pajarillos.

Y la sultana, inclinándose graciosamente ante Schariar, una vez más, con ingeniosa gracia, aplazó la sentencia que se cernía sobre su cabeza.

▼



DIBUJOS DE CABALLE



La deseada

por Machado de Asís



¡Ah, consejero, mire que ya empieza a hablar en verso!

—No hay hombre que no tenga una lira en su corazón, a menos de no ser hombre. No digo que esa lira haya de vibrar en todo momento y a todo propósito; pero sí de cuando en cuando y con ocasión de alguna reminiscencia particular... ¿Sabe usted por qué yo parezco poeta, pese a las ordenanzas del reino y a mis canas? Pues porque estamos pasando por delante de "la gloria", muy cerca del Ministerio de Estado. Mire la célebre colina... Un poco más allá hay una casa.

—Y luego...

—Luego... Divina Quintilia. ¡Todas esas casas que se ven son nuevas, pero me hablan de ese tiempo remoto, como si fuesen las mismas de antes! ¡Vibra la lira y la imaginación pone lo demás, oh divina Quintilia!

—¿Pero se llamaba Quintilia? Cuando yo frecuentaba la escuela de medicina conocí a una señorita muy linda que se llamaba así. Tenía fama de ser la muchacha más hermosa de la población.

—Sin duda era ella, pues tenía esa fama. ¿Delgada y alta?

—Así mismo. ¿Qué ha sido de ella?

—Murió en 1859. El 20 de abril. Jamás olvidaré esa fecha. Voy a contarle un caso interesante para mí y creo que para usted también. Mire..., ésa es la casa... Vivía con un tío suyo, militar retirado, el cual poseía otra casa en Cosme Velho. Cuando conocí yo a Quintilia..., ¿qué edad cree usted que tenía ella cuando yo la conocí?

—Si era en 1855...

—En 1855.

—Tendría entonces veinte años.

—No; treinta.

—¡Treinta!

—Treinta años. No los representaba, y ni siquiera sus enemigas le echaban esa edad. Ella era quien se ufanaba de tenerlos. Una de sus amigas afirmaba, por el contrario, que Quintilia no pasaba de los veintisiete. Sólo que decía eso para hacerse pasar por más joven, pues habían nacido las dos el mismo día.

—¡Bah, no gaste usted ironías; la ironía no se aviene bien con la melancolía de los recuerdos.

—Pero, ¿qué es esa melancolía, sino una ironía del tiempo y la fortuna? ¡Vaya, ya me estoy poniendo sentencioso! Treinta años; pero en verdad que no los representaba. Recordará usted que era delgada y esbelta; tenía unos ojos que, como decía yo por aquel tiempo, parecían recortados del manto de la noche última, pero que, a pesar de su brillo nocturno, no tenían ni misterios ni abismos. Su voz era muy dulce, con un ligero dejo de São Paulo, su boca grande, y al hablar los dientes dábanle un aire risueño. Reía también, y su risa fué, al par que sus ojos, lo que la hizo sufrir mucho durante algún tiempo.

—¡Pero si sus ojos no tenían misterios!

— Tan no los tenían, que yo llegué a imaginarme que era la puerta abierta del castillo, y su sonrisa, el clarín que llamaba a los caballeros. Hacía algún tiempo que la conocíamos yo y mi compañero de bufete, Juan Nobrega, novatos ambos en el foro y amigos hasta más no poder. Pero jamás habíamos pensado en hacerle el amor. Ella era hermosa, rica, elegante y de la aristocracia más linajuda. Mas un día, en el antiguo teatro provisional, en un entreacto de los "Puritanos", mientras paseaba arriba y abajo por el pasillo, oí a un grupo de pollos hablar de Quintilia como de una fortaleza inexpugnable. Dos de ellos confesaron sus tentativas inútiles; todos hacíanse cruces de la inexplicable soltería de la muchacha. Y decían a ese propósito mil sandeces: explicaba el uno aquel celibato diciendo que se trataba de un voto, que se había propuesto engordar; otro, que esperaba a la segunda juventud de su tío para casarse con él, y un tercero, que sin duda tendríale encargado algún querubín al portero del paraíso. Aquellas vulgaridades me dieron náuseas, pareciéndome de una grosería sin nombre en labios de quienes confesaban haberla amado o cortejádola. Mas todos coincidían unánimes en reconocer su extraordinaria belleza. Sobre ese particular mostráronse entusiastas y sinceros.

— Sí, ¡me acuerdo todavía!... ¡Era muy hermosa!

Al otro día, al ir al bufete, en espera de pleitos que no llegaban, referíle a Nobrega la conversación de la víspera. Nobrega se echó a reír a lo primero, pero luego se quedó pensativo, y después de dar unos pasos, paróse frente a mí y miróme de hito en hito, sin decir palabra.

— Apuesto cualquier cosa a que estás enamorado de esa chica — le dije.

— No — me respondió; — ni tú tampoco; ¿verdad? Bueno; pues se me ocurre una idea: ¿quieres que intentemos el asalto a la fortaleza? Perder, no podemos perder nada. O nos manda enhoramala, cosa con la que ya contamos, o acepta las relaciones con uno de los dos; y miel sobre hojuelas para el otro, que habrá de ver la felicidad de su amigo...

— ¿Pero hablas en serio?

— Y tan en serio que más no puede ser.

Añadió Nobrega que no era la hermosura de la muchacha su único aliciente. Ha de hacer usted cuenta que mi amigo se las echaba de hombre práctico, aunque, en realidad, era un visionario que se pasaba la vida leyendo y edificando sistemas políticos y sociales. A juicio suyo, los pollos a quienes yo oyera en el pasillo del teatro evitaban hablar de los caudales de la joven, que constituían uno de sus hechizos y una de las causas probables de la tristeza de los unos y los sarcasmos de los otros. Y me decía:

— Escúchame; no hay que divinizar al dinero, ni tampoco despreciarlo. No nos hagamos la ilusión de que el dinero lo sea todo. Pero reconozcamos que algo y aun algos. Luchemos, pues, por nuestra Quintilia, ya haya de ser tuya, ya haya de ser mía, aunque lo más probable es lo segundo, puesto que soy mejor mozo que tú.

— Consejero, la confesión es grave; de suerte que fué así como por broma...

— Sí, señor; como por broma, y recién salidos de los bancos de la Universidad, nos empeñamos en aquella grave aventura, que podía no haber parado en nada, pero que tuvo serias consecuencias. Fué aquello un capricho de la poca edad, casi una distracción de chicos, a la que le faltaba la nota sincera; pero el hombre propone y la especie dispone. Conocíamos a Quintilia, por más que sólo la viéramos de tarde en tarde; pero desde que nos aprestamos a una acción común, terció en nuestra vida un elemento nuevo, y al cabo de un mes ya habíamos reñido.

— ¿Reñido?

— O poco menos. No habíamos contado con ella, que nos embrujó a ambos. Al cabo de una semana, hablábamos muy poco y con indiferencia de Quintilia; tirábamos a engañarnos mutuamente y a disimular nuestros sentimientos. De ese modo fué acabándose nuestra amistad, hasta terminarse al cabo de seis meses, sin rencor, lucha ni demostraciones, pues todavía nos hablábamos cuando por casualidad nos veíamos. Pero ya habíamos puesto cada uno un bufete aparte.

— Ya estoy viendo venir su poquito de drama.

— Drama, no, tragedia; pues al cabo de algún tiempo, ya fuera que ella le desengañase francamente, o que desesperase él de la victoria, dejóme Nobrega el campo libre. Pidió que le nombrasen juez municipal, y allá, en la soledad de Bahía, enfermó y murió en menos de cuatro años. Y le juro a usted que no fué el espíritu práctico de Nobrega lo que nos separó; él, que tanto ponderaba las excelencias del dinero, murió de pasión, como un simple Werther.

— Menos el revólver.

— También el veneno mata. Y el amor de Quintilia era como un tósigo. Ese amor fué lo que lo mató, y aun hoy día me apena su muerte...; pero por sus palabras, veo que las mías le aburren.

— Le juro que no. Fué una simple bro-

ma. Siga, consejero; habíamos quedado en que le dejaron el campo libre.

—No había tal campo libre con Quintilia. Y no lo digo por ella, sino por ellos. Muchos iban allí a beber una copita de esperanza y se iban a cenar a otra parte. Ella los trataba a todos por igual. Pero era amable, graciosa, y tenía un modo de mirar que sacaba de quicio a quien era un poco celosillo. Sufría yo celos amargos y a veces terribles. Todo cobraba a mis ojos proporciones descomunales. Al fin acostumbréme a reducir las cosas a su justo valor. Algunas amistades nuevas infundíanme más recelos, pues veía en ellas la mano de amigas interesadas y casamenteras. Tres negociaciones hubo de esa índole, pero sin resultado, Quintilia declaró que no daría paso alguno sin consultarlo con su tío, y éste aconsejóle que dijese que no; lo que de antemano estaba previsto. El vejete no miraba con buenos ojos las visitas de hombres, pues temía que su sobrina se echase un novio formal y se casase con él. Estaba tan acostumbrado a tenerla siempre junto, como una muleta para su caduca alma lisiada, que temía perderla del todo.

—Y, ¿era ésa la razón de las calabazas que la joven dábales a todos sus pretendientes?

—Ya verá usted cómo no.

—Pero observo una cosa, y es que usted se obstinaba más que los otros en conseguir su empresa.

—Yo vivía de ilusiones al principio, pues Quintilia me prefería a todos sus pretendientes y hablaba conmigo más largo rato y con más intimidad, hasta el punto de esparcirse la fama de que íbamos a casarnos en breve.

—Pero, ¿de qué hablaban ustedes?

—De cosas de que ella no hablaba con los demás; resultando asombroso que una muchacha tan aficionada a bailes y paseos, y tan risueña siempre, se mostrara en mi compañía tan seria y grave y tan otra de lo que solía ser o aparentar.

—La razón es clara; sin duda la conversación de usted parecíale más interesante.

—Gracias. La causa de esa diferencia era más profunda, y sus efectos acentuábanse de día en día. Cuando la vida del centro de la población enojábala demasiado íbase a vivir a Cosme Velho, y allí nuestros paliques eran más frecuentes y largos. No podría decirle, ni usted podría comprender, las horas que pasé allí, fundiendo mi vida con la que de sí emanaba ella. Muchas veces quise darle a entender lo que sentía; mas tenían miedo las palabras, y quedábanseme en el corazón. Escribíale cartas y más cartas; pero todas parecíanme frías, difusas o altisonantes. Además, ella no me daba pie; tratábame como a un amigo antiguo. A principios del año 1857 cayó enfermo mi padre en Itaborahy; corrí a su lado y encontrélo moribundo. Ese acontecimiento túvome alejado de Río unos cuatro meses. Volví allí a fines de mayo. Recibióme Quintilia triste a causa de mi tristeza, y vi claramente que mi duelo se reflejaba en sus miradas.

—Pero, ¿qué era eso sino amor?

—Tal imaginaba yo, y lo dispuse todo pensando casarme con ella. Entretanto, cayó su tío gravemente enfermo. Quintilia no había de quedarse sola, pues aparte gran número de parientes que tenía acá y allá, vivía con ella, en la casa de la calle de Cattete, una prima suya, viuda, llamada doña Ana. Pero el cariño principal había de faltarle, y en esa transición de la vida presente a la futura podía yo encontrar el logro de mis deseos. La enfermedad del tío fué breve y, secundada por la vejez, llevóselo al otro mundo en dos semanas. Debo decirle que esa muerte hizo que recordase yo la de mi padre, siendo casi tan intenso el dolor que me causó como el que acababa de experimentar. Vióme Quintilia sufrir, comprendió el doble motivo de mi sufrimiento y, según me dijo después, consolóse un tanto con la coincidencia de aquel doble golpe. Sus palabras pareciéronme una invitación al matrimonio. Dos meses después creí llegado ya el momento de declararme. Doña Ana seguía viviendo con ella y ambas se hallaban pasando una temporada en Cosme Velho. Fuí allí y encontrélas en una terraza muy cerca de la montaña. Eran las cuatro de la tarde de un domingo.

Doña Ana, que nos consideraba como novios, dejónos el campo libre.

—¡Por fin!

—En la terraza, lugar solitario y hasta agreste, proferí la primera palabra. Mi plan consistía precisamente en atropellar por todo, por temor a que se me acabasen los bríos en cinco minutos de conversación. Pero, aun así y todo, no puede usted figurarse los apuros tan grandes que pasé; hubiera preferido una batalla, y eso que no tengo nada de marcial. Pero aquella mujercita fina y delicada me intimidaba como ninguna otra me ha intimidado, ni antes ni después...

—Y, ¿en qué quedó la cosa?

—Por la emoción que se dibujaba en mi rostro adivinó Quintilia lo que yo iba a decirle y me dejó hablar, con la mira de preparar la respuesta. Esta fué interrogativa y negativa. ¡Para qué casarnos! ¿No era me-

jor seguir siendo amigos? Respondíle yo que hacía mucho tiempo que no era mi amistad sino la simple centinela del amor. No pudiendo guardar por más tiempo el secreto, se lo descubría. Quintilia sonrió de la metáfora, lo cual hízome sufrir sin motivo; al observarlo ella, púsose seria y probó a persuadirme de que era preferible que no nos casáramos. "Yo soy ya trancona — me dijo — voy a cumplir treinta y tres años".



— Pero, ¡ si yo la quiero así! — repliqué, y añadí un montón de cosas que me sería imposible repetir ahora. Quintilia recapacitó un instante; luego insistió para que nuestro trato continuase como hasta allí, en un tono de sencilla amistad; díjome que por más que yo fuese más joven que ella tenía la gravedad de un hombre ya maduro y que ella fiaba en mí más que en nadie. Yo, desesperado, di algunos pasos; pero luego volví a sentarme y se lo conté todo. Al saber ella mi rivalidad con mi antiguo condiscípulo y nuestra separación pareció apenarse o enojarse. Nos censuró a ambos. ¿Por qué entregarse a esos excesos?

— Habla usted así porque no comparte mis sentimientos.

— Pero, ¿entonces se trata de un delirio?

— Paréceme que sí; lo que puedo asegurarle es que si fuera menester volvería a reñir con mi amigo cien veces más, y hasta creo poderle afirmar que otro tanto haría él.

En aquel momento quedóseme mirando

estupefacta, como se mira a una persona que ha perdido el juicio; luego movió la cabeza y repitió que habíamos hecho mal, que "la cosa no valía la pena".

do. No le he referido mis contrariedades, ni el dolor y despecho que sentí. Arrepentíme amargamente de no haber provocado aquella decepción al principio de cortejar a Quin-



Pero aquella mujercita fina y delicada me intimidaba como ninguna otra me ha intimidado, ni antes ni después...

tilia; la culpa de todo teníala la esperanza, planta parásita que usurpa el puesto del buen grano. A los cinco días de eso salí para Itaborahy, donde me llamaban los asuntos de la testamentaría de mi pobre padre. Al volver a Río tres semanas después encontréme en casa una carta de Quintilia.

—¡Oh!

—Díme prisa a abrirla; tenía cuatro días de fecha. En ella hacía referencia a los últimos acontecimientos y me decía cosas tiernas y graves. Asegurábame Quintilia que todos los días habíame esperado, no pasando a creer que yo fuese tan egoísta que no volviese a visitarla; y me escribía para rogarme que formase con mis sentimientos personales, faltos de eco, una página de historia, perfectamente rematada: ¡que sólo el amigo fuera a ver a la amiga! Y terminaba con estas palabras singulares: "¿Quiere usted una prenda? Pues le juro no casarme nunca". Comprendí que un lazo de simpatía moral uníanos a ambos, con la diferencia de que lo que en mí era pasión específica, no pasaba de ser en ella simple elección de carácter. Eramos dos socios que entrábamos en el comercio de la vida aportando a él capitales diferentes; yo, cuanto poseía; ella,

— Seamos amigos — díjome, tendiéndome la mano.

— Imposible; me pide usted una cosa superior a mis fuerzas; jamás podré considerarla como a una simple amiga. Además yo, al fin y al cabo, nada exijo. Es más; ni siquiera insisto, pues no podría aceptar ahora otra respuesta.

Cambiamos todavía algunas palabras y me retiré.

Míreme la mano.

—Todavía le tiembla...

—Y eso que aun no se lo he contado to-

apenas un óbolo. Respondíle en ese sentido; declaréle que eran tales mi obediencia y mi amor, que aceptaba, aunque a regañadientes, pues habiendo ocurrido aquello entre nosotros, había de sentirme humillado. Taché la palabra ridículo, que al principio escribiera, por no incurrir en esa situación; con la otra bastaba.

—Apuesto a que llegó usted al mismo tiempo que la carta. Otro tanto hubiera hecho yo; pues o mucho me engaño o la chica moríase de ganas de casarse con usted.

—Deje usted quieta su psicología usual; el caso que le refiero es particularísimo.

—Ya adivino el desenlace; el juramento es un anzuelo místico; aparte de que usted tenía el poder de levantárselo en su provecho. De todos modos habíamos quedado en que corrió usted a verla.

—No; dejé pasar dos días antes de visitarla. En el intervalo respondió ella a mi carta con una cariñosa esquela que terminaba con este pensamiento: "No hable de humillación, puesto que no hubo testigos".

Volví a verla una y muchas veces y reanudamos nuestras relaciones. No hablábamos jamás de nada de lo pasado; al principio costóme trabajo parecer el mismo de antes; luego, el demonio de la esperanza volvió a alojarse en mi corazón, y, sin decir nada, pensaba en mi interior que algún día, tarde o temprano, se casaría ella conmigo. Esa esperanza rehabilitóme a mis propios ojos, en la situación en que me encontraba. Todo el mundo hablaba de nuestro casamiento; yo lo negaba con toda formalidad y sin sonreír; ella reía y se encogía de hombros. Aquella fase de nuestra existencia fué la más apacible para mí, salvo la aparición de un diplomático austríaco o de no sé qué país, buen mozo, elegante, rubio, con unos ojazos muy seductores y que, además, era noble de raza. Quintilia dispensóle tales finezas, que el pollo creyóse preferido y se excedió. Creo que un gesto inconsciente de mi parte o algo de la sagacidad que el cielo concediérale a Quintilia hicieron que el desencanto entrara sin tardar en la cancillería austríaca. A poco de eso cayó Quintilia enferma; entonces fué cuando más estrecha hízose nuestra intimidad. Siguiendo el consejo de los médicos, resolvió Quintilia no salir de casa hasta no estar del todo bien.

Yo me pasaba todos los días muchas horas a su lado. Jugábamos o leíamos; aunque la mayor parte del tiempo no hacíamos sino hablar. Tuve entonces ocasión de conocerla más a fondo. Observando sus lecturas, vi que los libros puramente de amor resultábanle incomprensibles, y que en tratándose de pasiones violentas tiraba lejos de sí, aburrida, el volumen. Y no procedía así por ignorancia; tenía una vaga noción de las pasiones y había asistido en más de una ocasión a sus peripecias en los demás.

—¿Y qué enfermedad era la suya?

—Padecía de la médula. Decían los médicos que la enfermedad databa de hacia ya mucho tiempo y que se aproximaba a la crisis. En esta situación llegamos a principios de 1859. En el mes de marzo agravóse la enfermedad y estúvose algunos días estacionada, y ya a fines de mes perdimos toda esperanza de salvar a la enferma. Jamás vi criatura más enérgica ante una catástrofe inminente; estaba tan flaca que parecía diáfana y casi flúida; reía, o por mejor decir, sonreía dulcemente, y al ver que yo ocultaba mis lágrimas, estrechábame las manos agradecida. Un día, encontrándose a solas con el médico, conjuróle a declararle la verdad. Iba a mentirle el galeno; pero ella díjole que sería inútil, pues sentíase ya perdida.

—Perdida no — murmuró el médico.

—Júremelo.

Vaciló el médico y ella le dió las gracias. Segura ya de su fin, ordenó lo que a sí misma se prometiera.

—¡Seguro que se casó con usted!

—No me recuerde esa triste ceremonia: o más bien déjeme que la recuerde, para que aspire en ella una ráfaga del pasado. No quiso aceptarme ninguna excusa. Tuve que casarme con ella al filo de la muerte. Fué el 18 de abril de 1859. Los dos últimos días, hasta el 20 de abril, paselos al pie del lecho de mi agonizante novia, y díle el primer beso cuando ya no era sino cadáver.

—¡Qué cosa más rara!

—No sé qué pensará de esto la fisiología que usted profesa. La mía, que es la de un profano, me persuade de que esa joven sentía por el matrimonio una repulsión puramente física. Desposóse medio muerta, en los umbrales de la nada. Llámela usted monstruo si quiere, pero añada el epíteto de divino.

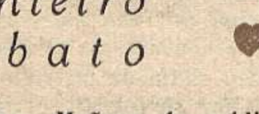


Machado de Asís

DIBUJOS DE RECHAIN

El DRAMA *de la* HELADA

Por Monteiro Lobato



JUNIO. Mañana de neblina. Vegetación aterida. En todas las hojas el adorno de diamantes con que las adereza el rocío.

Pasan colonos que se dirigen a las sementeras, transidos de frío, echando humaraza por la boca.

Frío. Frío de helada, de esos que matan pajaritos y nos pone sorbete dentro de los huesos.

Habíamos salido temprano para ver los cafetales, y allí nos detuvimos, en la loma de la cuchilla, en el punto más alto de la facenda. El mayor, doblando la pierna sobre la cabezada de la montura, volvió el cuerpo hacia el mar de cafetos extendido delante de nuestros ojos, y dijo, con un amplio gesto:

—¡Todo esto es obra mía! ¡Vea!

Vi. Vi, y comprendí su orgullo, sintiéndome a mi vez orgulloso de tal compatriota. Aquel domador de sertones era una fuerza creadora, de esas que ennoblecen a la especie humana.

—Cuando adquirí esta gleba, era todo selva virgen, de punta a punta. Limpié, corté, quemé, abrí caminos, drené valles, estiré alambrados, sembré café: hice todo. Trabajé como un negro cautivo durante cuatro años seguidos. Pero vencí. La facenda está formada. ¡Vea!

Vi. Vi el mar de cafetos ondulando por los senos de la tierra, disciplinado, en hileras de absoluta regularidad. ¡Ni una falla! Era un ejército en pie de guerra, pero bisoño aún. Sólo el año venidero entraría en acción. Hasta allí, los primeros frutos no pasaban de escaramuzas de cosecha. Y el mayor, jefe supremo de aquel ejército verde,

creado por él, disciplinado, preparado para la batalla decisiva de la primera zafra grande, la que liberta al facendero de los gravámenes de formación, tenía una mirada orgullosa de padre delante de hijos que no mienten la estirpe.

El facendero paulista es una cosa seria en el mundo. Su energía crea. Cada facenda es una victoria sobre la fiereza retráctil de los elementos brutos, coaligados en la defensa de la virginidad agredida. Su esfuerzo de gigante paciente nunca fué cantado por los poetas, y mucha epopeya anda por ahí que no vale la de estos héroes del trabajo silencioso. Extraer una facenda de la nada, es proeza formidable. Alterar el orden de la naturaleza, vencerla, imponerle una voluntad, canalizarle las fuerzas de acuerdo con un plan preestablecido, dominar la eterna reacción de la maleza dañina, disciplinar los hombres de la lucha, quebrar la fuerza de las plagas... batalla sin treguas, sin fin, sin momento de reposo, y, lo que es peor, sin la seguridad plena de la victoria. Recógela, no pocas veces, el acreedor, un copartícipe que adelantó unos patacones carísimos y se quedó, a salvo, en la ciudad, con las manos cruzadas sobre la barriga, de cuclillas sobre un título de hipoteca, atisbando el momento oportuno para caer sobre la presa como un gavilán.

—¡Realmente, mayor, esto es como para ensanchar el pecho! Es, delante de espectáculos como éste donde veo la mezquindad de los que allá afuera, cómodamente, parasitan del trabajo del agricultor.

—Dice usted bien. Hice todo, pero el lucro mayor no es mío. Tengo un socio voraz que me chupa, él solo, una cuarta parte de la producción: el gobierno. Sángranla, después, los ferrocarriles; pero de éstos no me quejo, porque dan algo en cambio. Ya no hablo de los tiburones del comercio, de ese bando de intermediarios que comienza allá, en Santos, en el zángano, y va, en una cadena hasta el torrador americano. ¡Pero no importa! El café da para todos, hasta para la bestia del productor... — concluyó bromeando.

Pusimos los animales al paso, con los ojos siempre presos en el cafetal interminable. Sin un defecto de formación, las paralelas de verdura ondeaban, siguiendo el relieve del suelo, hasta confundirse, allá lejos, en una masa uniforme. Verdadera obra de arte en que el hombre, sobreponiéndose a la naturaleza, le imponía el ritmo de la simetría.

— Sin embargo — continuó el mayor — la batalla no está ganada todavía. He contraído deudas; la facenda está hipotecada a judíos franceses. Como no vengan las cosechas que espero, seré un vencido más por la fatalidad de las cosas. La naturaleza, después de subyugada, es madre: pero el acreedor es siempre verdugo...

A espacios, perdidas en la onda verde, *peroberas* sobrevivientes erguían sus troncos retorcidos, como galvanizados por el fuego en una convulsión de dolor. ¡Pobres árboles! ¡Qué destino triste el verse, un día, arrancados a la vida en común y aislados en la verdura rastrera del café, como reinas esclavas a la cola de un carro de triunfo! Huérfanos de la selva nativa ¡cómo no han de llorar el abrigo de otrora! ¡Vedlos! No tienen la elegancia, la frondosidad de las copas de los que nacen en campo abierto. Su ramaje, hecho para la vida opresa de la selva, parece ahora grotesco; su altura desmesurada, en desproporción con su fronda, provoca la risa. Son mujeres desnudadas en público, rígidas de vergüenza, sin atinar qué parte del cuerpo han de ocultar. El exceso de aire los aturde, el exceso de luz los martiriza: afectos como estaban, al espacio exiguo y a la penumbra soñolienta de un *habitat* milenario.

Facenderos desalmados: no dejéis nunca árboles desnudos por el cafetal... Cortadlos del todo, que nada es más punzante que el forzar a un árbol a ser grotesco.

— Aquella *perobera* que está allí — dijo el mayor — la dejé para señalar el punto de partida de este tablón. Se llama la peroba de Ludgero, un bahiano valiente que murió junto a ella aplastado por un coquero...

Tuve la visión del libro abierto que serían para el facendero aquellos parajes, y dije:

Con todo, aquí debe fallarle la memoria.

— Es asimismo. Todo habla a mi memoria. Cada tronco de árbol, cada pedregullo, cada recodo del camino tiene una historia que la sé, trágica a veces, como la de esa peroba; a veces cómica, pintoresca siempre. Allí... ¿Ve aquel tronco de *jerivá*? Fué una tormenta de febrero. Me había guarecido en un rancho cubierto de totora, y allá, en silencio, esperábamos, yo y la cuadrilla, que terminase el diluvio, cuando estalló un rayo encima, casi, de nuestras cabezas.

—¡Fin del mundo, patrón! — recuerdo que me dijo, con una mueca de terror, el finado Pepe Coivara. — ¡Parecía!... Pero fué tan sólo el fin de un viejo coquero del cual queda hoy, *sic transit*..., ese pobre tronco... Pasada la lluvia, le encontramos deshecho en astillas.

Más adelante la tierra se abría en zanjones, colorada, desmoronada, en coleos, hasta morir en el arroyuelo. El mayor señalándola, dijo:

— Escenario del primer crimen cometido en la facenda. Pollera, ya se sabe. En las ciudades y en las sierras, pollera y trago son el móvil de todos los crímenes. Se cosieron a puñaladas, aquí, dos cearenses. Uno acabó en el lugar; el otro cumple su pena en la cárcel. Y la pollera, muy contenta de la vida, vive con un *tertius*... La historia de siempre.

Y así, de evocación en evocación, a las sugestiones que andando iban surgiendo, llegamos a la casa-habitación donde nos esperaba el almuerzo.

Almorzamos, y no sé si por la buena disposición creada por el paseo matinal o por el mérito excepcional de la cocinera, el almuerzo de aquel día quedóme grabado para siempre en la memoria. No soy poeta, pero si Apolo algún día me diera en la cabeza el destello del padre Vieira, juro que antes de cantar Lauras y Natercias, he de hacer una belleza de oda a aquel almuerzo sin igual, única saudade gustativa con que bajaré a la tumba.

En seguida, mientras el mayor atendía a su correspondencia, salí al patio a distraerme, y allí me puse a conversar con el administrador. Supe por él lo de la hipoteca que gravaba la facenda y la posibilidad de otro, no el autor, de venir a recoger el fruto del penoso trabajo.

— Por eso — aclaró el hombre — sólo en el caso de mucha desventura: granizo o helada, de las que ya no vienen.

— Que ya no vienen, ¿por qué?

— Porque la última helada grande fué el 95. De ahí para acá las cosas se enderezaron. El mundo con la edad, cambia, como cambia uno. Las heladas, por ejemplo, se van acabando. Antiguamente nadie plantaba café donde plantamos hoy. Era sólo de mitad del morro para arriba. Ahora, no. ¿Vió aquel cafetal del medio? Tierra bien baja; sin embargo, si bate la helada allí, es siempre una cosita de nada: un tostado de nada. De modo que el patrón, con una o dos cosechas, paga la deuda y queda siendo el facendero más "prepotente" del municipio.

— Así sea, que bien se lo merece.

Lo dejé. Di algunas vueltas, fuí a la quinta, estuve en la porqueriza viendo jugar los lechones, y después subí. Estaba un negro dando a las venecianas de la casa la última mano de pintura. ¿Por qué las pintarán siempre de verde? Le interpelé. Pero el negro no se embarazó. Respondió sonriendo:

— Pues veneciana es verde como el cielo es azul. Es de la naturaleza de ella...

Acepté la teoría y entré.

En la mesa la conversación giró alrededor de la helada.

— Este es el mes peligroso — dijo el mayor. — El mes de aflicción. Por mayor entereza que tenga un hombre, tiembla en esta época. La helada es una eterna pesadilla. Felizmente, no es ya lo que era antes. Ya nos permite aprovechar mucha tierra baja en donde los antiguos, ni por sombra, plantaban un solo pie de cafeto. Pero a pesar de eso, uno que ha facilitado lo que yo, está siempre con la pulga detrás de la oreja. ¿Vendrá? ¿No vendrá? ¡Dios es quien lo sabe!...

Su mirada se hundió por la ventana, en un sondaje profundo al cielo límpido.

— Hoy, por ejemplo, está con aspecto. Este frío fino, este aire parado...

Permaneció pensativo unos instantes. Después, espantando las nubes, murmuró:

— No vale la pena pensar en ello. Lo que tiene que ser allá está escrito en el libro del destino.

— ¡Líbrete de los aires!... — objeté.

— Cristo no entendía de agricultura — replicó, sonriendo.

Y la helada vino. No heladita mansa, como la de todos los años, sino calamitosa, helada cíclica, traída en ondas de la Argentina.

El sol de la tarde, mortecino, diera una luz sin luminosidad, y rayos sin calor alguno. Sol boreal, tiritante. Y la noche cayó rápida, sin preámbulos. Me acosté temprano, castañeteando los dientes y, en la cama, apesar de envuelto en dos cobertores, permanecí aterido durante una buena hora antes que viniese a aguijonearme el sueño.

Me despertó la campana de la facenda a la madrugada y, sintiéndome entumecido, con los pies doloridos, me levanté para un ejercicio violento, único remedio eficaz en casos semejantes. Salí al patio. El relente estaba que cortaba las carnes. ¡Pero qué maravilloso espectáculo!

Blancuras por todas partes. Suelo, árboles, céspedes y pastizales, eran de punta a punta, una sola sábana blanca. Los árboles inmóviles, rígidos de frío, parecían salir de un baño de cal. Destellos de hielo por el suelo. Aguas cristalizadas. Las ropas de los tendederos tiesas, como endurecidas en almidón. Las pajas de los patios, las mazorcas de maíz, al pie de los comedores, la teja de los muros, el tope de las tapias, la vara de los cercos, el reborde de las tablas, todo polvoreado de blancuras, lactecente, como llovido por una bolsa de harina. ¡Maravilloso cuadro! Invariable como es nuestro paisaje, siempre en los mismos tonos el año entero, encantaba sobremanera verlo de súbito cambiar, y vestirse de un esplendoroso velo de novia, ¡ay!, ¡de novia de muerte!...

Durante algún tiempo caminé al azar, arrastrado por el esplendor de la escena. El maravilloso cuadro de sueño en breve moriría borrado de la tela por la esponja de oro del sol. Ya por los picos y chateces de piedra andaban los rayos en la tarea de restaurar la verdura. Abrían manchas verdes en la blancura de la helada, dilatábanlas, entremostrando nesgas del verde sumergido.

Sólo en los bajíos, faldas sombrías o sitios sombreados por los árboles, la blancura persistía aún, contrastando su nítida frialdad con los tonos calientes resurrectos. Vencía la vida conducida por el sol.

Pero la intervención del fogoso Febo, apresurada de más, transformó en desastre horrendo la nevada de aquel año, la mayor de cuantas dejaron señales en las sementeras de San Pablo. La resurrección del verde fué aparente. Estaba muerta la vegetación.

Días después, por todas partes, la vestidura del suelo era un burdo trapo inmenso, donde la sepia exhibía la gama entera de sus tonos resecos. Punteábalo apenas, aquí y allá, el verde-sucio de los eucaliptos, el invencible verde-negro de los naranjos y el esmeraldino del malvavisco...

Cuando regresé, el sol estaba alto ya, y la casa transida del terror de las grandes catástrofes. Sólo entonces advertí que el bello espectáculo que yo, hasta ahí, sólo encarara en su prisma estético, tenía un reverso trágico: la ruina del heroico facendero.

Y le busqué ansioso. Había desaparecido. Pasó la noche en claro — díjome su mujer — y de mañana, apenas clareara, fué a la ventana y allí permaneció inmóvil, observando el cielo al través de los vidrios. Después, salió, sin pedir, siquiera el café, como era su costumbre. Iría a examinar el sembrado probablemente.

Debía ser eso. Pero como tardase en volver — ¡las once, y nada! — la familia entró en aprensiones. Mediodía. La una, las dos, las tres, ¡y nada! El administrador, que por orden de la esposa había salido a buscarlo, volvió tarde; pero sin noticias.

—Batí todo, y ni el menor rastro. Temo alguna cosa. Voy a distribuir la gente por ahí en su busca.



Monteiro Lobato

DIBUJOS DE ALVAREZ

Doña Ana afligida, con los dedos de las manos entrelazados, sólo decía una cosa:

—¡Qué va a ser de nosotros, Dios santo! ¡Quincas es capaz de una locura!...

Púseme en campaña yo también, en unión del capataz. Corrimos todos los caminos, hurgamos grutas en todas direcciones: inútilmente. Cayó la tarde. Cayó la noche: la noche más lúgubre de mi vida; noche de desgracia y de aflicción. No dormí. Imposible conciliar el sueño en aquel ambiente de dolor, sacudido de llanto y de sollozos.

A una cierta hora los perros ladraron en el patio, pero callaron en seguida. Rompió la mañana, glacial como la de la víspera. Todo apareció helado nuevamente. Vino el sol. Repitióse la mutación de escena. Desvanecióse la albura y el verde torrado de la vegetación envolvió el paisaje en un sudario de desaliento. En la casa repitióse el corre que te corre del día anterior; el mismo vaivén, los mismos "¿quién sabe?", las mismas pesquisas inútiles.

A la tarde, sin embargo — a eso de las tres — apareció despavorido uno de los peones gritando de lejos, en el patio:

—¡Lo hallé! ¡Está junto al zanjón!...

—¿Vivo? — preguntó el capataz.

—Vivo, sí; pero...

Doña Ana apareció en la puerta de la casa, y al oír la buena nueva exclamó, llorando y sonriendo:

—¡Bendito seas, Dios mío!...

Minutos después partíamos todos con rumbo al zanjón, y a cien pasos de él divisamos un bulto a vuelta con los cafetos requemados. Nos aproximamos. Era el mayor.

¡Pero, en qué estado! Las ropas hechas jirones, los cabellos sucios de tierra, los ojos vítreos, desvariados. Tenía en las manos una lata de pintura y un pincel. No advirtió nuestra presencia. No interrumpió su tarea. Continuó... continuó pintando, una por una, de risueño verde esmeraldino de las venecianas, las hojas requemadas del cafetal muerto...

Doña Ana, aterrada, se detuvo atónita. Después, comprendiendo la tragedia, rompió en un llanto convulsivo.

—¡Loco!... ¡Loco, Dios mío!



La muerte del trovador

Por

Gustavo Barroso

La aldea entre montañas abruptas, dormía envuelta en las tinieblas de la noche. No lucían estrellas en el cielo cargado de negros nubarrones. Una luz rojiza, suspendida en el aire, cortaba las sombras: era la hoguera del castillo de Zúñiga que, trepado en la cima de un cerro, dominaba el valle, los desfiladeros de la sierra y el humilde caserío de los aldeanos. A los resplandores de la hoguera paseaba lentamente un centinela.

Frente al castillo, erguíase sobre un alto morro el sombrío perfil del monasterio de Santa Dorotea. Imponía respeto. Las murallas de granito liso caían a plomo sobre los despeñaderos. El edificio parecía nacer de la montaña, tan hosco y pesado, amenazador y macizo como ella misma. Dos filas de ventanas pequeñas y cuadradas. Las del primer piso, a pesar de los abismos circundantes, fosos naturales, tenían rejas de hierro de gruesos barrotes, cuyos cruces, para impedir que las manos se aproximasen a ellos, remataban en afiladas puntas de acero, de medio codo de largo, curvadas hacia arriba. Las del segundo, menos defendidas, de barrotes más finos y sin puntas. Todas guarnecidas de persianas.

En una estrecha celda del último piso, vivía doña Violante de Zúñiga, la hermosa y encantadora que amó, con escándalo de su familia, al trovador más bello y al mejor caballero de España, don García de Castañeda, vencedor de árabes y aventureros. El rígido orgullo de casta de su padre prefirió verla enterrarse en el convento antes que consentir su enlace con un guerrero de fama equívoca y de bajo linaje, que por único patrimonio poseía la espada, el puñal y la ambición.

El amor no reconoce obstáculos y, cuando existen, los vence. La monja oyó una noche leves golpes en la persiana. Se acercó. Llegó hasta ella un dulce susurro, palabras de "saudade". Llenáronsele los ojos de lágrimas. ¡Era la voz de don García!

Colocando en un declive de la sierra la punta de una larga vara de haya y tirándola por encima del abismo, apoyó su extremo en el marco de la ventana. Trepó por ella hasta asegurarse en sus barrotes, consiguiendo llegar valientemente a contar a doña Violante el dolor que le causaba la separación y a oírla murmurar la pena de su soledad. Así hizo todas las noches sin luna.

Abajo amenazaban las puntas de hierro, afiladas a lima, de las primeras ventanas, y en el fondo, sombrío, bullían las aguas del torrente. Al menor descuido, ¡la muerte! Mas ellos eran felices, muy cerca uno del otro, sin poderse ver, sin embargo.

La aldea dormía. El convento también. La hoguera del castillo se apagó. Don García, a horcajadas sobre la vara de haya, apretando con las manos los barrotes, oía dulces palabras de amor, cuando sintió, haciendo un movimiento para acomodarse mejor, que la madera saltaba de la hendidura de piedra, donde la había asegurado, en la barranca de enfrente, y se deslizaba del marco. No consiguió asegurarla entre sus piernas. La vara cayó al precipicio, partiéndose entre las rocas y desapareció en las aguas del fondo.

Violante preguntó asustada:

—¿Qué ha sido, amor mío?

Y don García, asegurándose con las manos en la reja, buscando con los pies un apoyo en la pared lisa, con los cabellos erizados, sintiendo el frío de la muerte próxima, dominó su pavor y respondió:

—Nada. Una rama seca que el viento arrancó del árbol.

Cambiaron algunas frases más. El caballero dijo, ya casi sin fuerza, con un temblor nervioso, que apenas su voluntad de hierro podía dominar:

—Creo que viene gente. Oigo voces en la floresta. Debo partir. Violante, mi amor, hasta mañana.

—¡Hasta mañana, luz y consuelo de mi triste vida que es pena y dolor!

Don García cerró los ojos, crispó nerviosa y ansiosamente sus manos en los barrotes. Después, sus dedos, extenuados por el esfuerzo, fueron abriéndose poco a poco. No luchó más. Despeñóse. Allá abajo las afiladas puntas lo esperaban. Cayó sobre ellas. La fuerza de su caída las enterró en sus costillas con un crujido tétrico. Cuatro puntas aparecieron por la espalda. La sangre brotó en su casaca amarilla, corrió hasta sus zapatos verdes de cuya punta quedó goteando.

Al amanecer, los cuervos revoloteaban en torno. Y nadie lograba explicarse cómo fué a estrellarse allí, el más bello de los trovadores de España.

Don Pedro de Zúñiga, el castellano, decía que el diablo se llevó el alma de don García y colgó su cuerpo inútil en aquellas puntas, para los buitres, como en las carnicerías los moros cuelgan de los ganchos de hierro, para sus parroquianos, los cuartos de carnero...

LA HILANDERA

POR

Olegario Marianno



I

Linda Hilandera que hilas todo el día,
hila, mas nunca dejes de cantar.
De esos tus ojos claros, la alegría
va a huir, según empiezo a sospechar...

Hay en tu voz, que es monocorde y fría,
un algo misterioso y singular.
Tu alma, que sólo a ti pertenecía,
no es tuya y tras la de otro ha de vagar.

A la luz de la luna, hoy percibí
que, entre un rumor de espuelas relucientes,
pasaba un caballero por aquí

¡Ay, Hilandera, si llegaste a amar,
cuántas penas, tus dedos transparentes,
y cuántas amarguras han de hilar!

II

Dos años han pasado. La Hilandera
hila... Y en vano trata de cantar.
Canta la llama del hogar y fuera
danzan las hojas secas, sin cesar.

— ¿A dónde vas, almita forastera,
sin rumbo, en noche obscura y al azar?
— Voy al encuentro de otro que me quiera;
el que me quiso huyó y no ha de tornar.

Espera un poco, que me voy también,
en espera de días más serenos.
Y ante el recuerdo del perdido bien

la Hilandera infeliz tornó a cantar:
Todo me falta en este invierno, menos
lana en el huso y penas que llorar.

III

— Yo bien te aconsejaba, pobre amiga,
que no amases... En fin... ¿para qué hablar?
Fué tan triste tu amor cual la cantiga
que no gustabas mucho de cantar.

Hoy que, triste, pretendes evocar
otros tiempos, consiente que te diga:
Pensé en ti día y noche, sin cesar,
y fuiste mi descanso y mi fatiga.

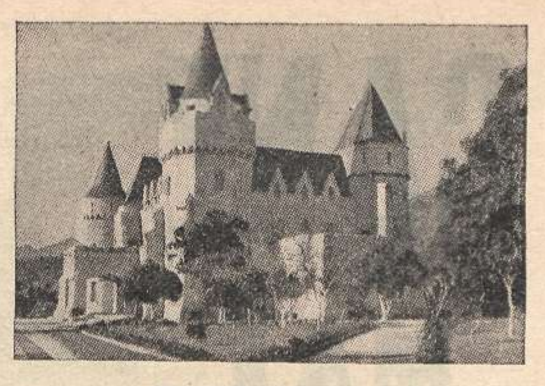
Porque no sé si debo o no decir
que te amo, Marta, y te amo de manera
que sin ti no podría ya vivir.

El solo hombre que, fiel, te va a adorar
soy yo, pastor de ovejas... La Hilandera
tuvo una pobre choza por hogar.

IV

Mas, a veces, hilando ve asomar
una pluma que avanza o retrocede,
pluma de Caballero, a no dudar.
Y Cuando esto sucede,
la Hilandera, en continuo hilar, hilar,
baja la frente y pónese a llorar...

Petrópolis, la Versalles del Brasil

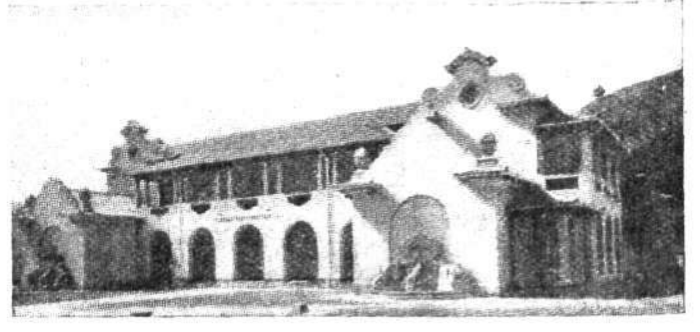

El castillo de Itaipava.

SITUADA a cincuenta y ocho kilómetros de Río de Janeiro, entre montañas cubiertas de bosques y a una elevación de 800 metros sobre el nivel del mar, Petrópolis es algo así como la Suiza brasileña. Es, también, comparada con Versalles, ya que en ella residió el segundo emperador del Brasil y fué teatro de los más capitales acontecimientos tanto en la época imperial como en la de la República.

Petrópolis es una ciudad relativamente moderna. Fué fundada en 1845, cuando llegaron al Brasil las primeras familias inmigrantes alemanas, destinadas a poblar las posesiones que, allí mismo, poseía el emperador. Pedro II encomendó el trazado de la ciudad al ingeniero militar Julio Federico Koeller y éste supo conciliar las bellezas del agreste lugar con las necesidades de una población perfecta.

Con el tiempo resultó esta atrayente ciudad - jardín, por el centro de cuyas arboladas avenidas corren arroyos canalizados que conducen las aguas llegadas desde las alturas eternamente verdes. Caminos que son modelos en el arte comunican a la ciudad con la capital y poblaciones vecinas, y en sus hermosos edificios hay una muestra de lo que fué en la época imperial. En su catedral guárdanse los restos de Pedro II y Teresa Cristina. Tiene una superficie de quince kilómetros cuadrados y 53.000 habitantes. Posee las manufacturas de seda más acreditadas de todo el Brasil. — *D.*


La calle 15 de Noviembre, con su arroyuelo canalizado.



La progresista ciudad de Río de Janeiro, capital del Brasil, ha prestado siempre especial atención al fomento de la educación pública. En este grabado se ve la escuela Estados Unidos, construída durante la administración del doctor Fernando de Azevedo.

La educación en el Brasil

La educación tenía que sufrir la influencia de condiciones especiales. Comenzó con los jesuítas, y después de la expulsión de éstos continuaron su obra diversas órdenes religiosas. Más tarde con la llegada del rey de Portugal, Juan VI, se crearon las escuelas profesionales de enseñanza superior, y no fué sino hasta 1837 que se fundó el Colegio Pedro II, plantel de enseñanza secundaria sostenido por el gobierno central en la capital del país.

Si bien es cierto que el movimiento educativo se ha continuado desarrollando desde los primeros tiempos, no es menos cierto que ha sido solamente en los últimos 10 años que ha tomado una forma definitiva y ha seguido orientaciones de carácter técnico.

En efecto, no es sino a partir de 1924 que se congregan los especialistas e interesados en el problema educativo, convencidos de que no bastaba la acción de las leyes, de las reformas y de los programas, sino que era necesario hacer una propaganda intensa destinada a despertar la conciencia social con respecto al problema.

A un hombre que vivió siempre con este ideal le cupo ser el iniciador del movimiento. Este hombre fué Héctor Lyra da Silva, ingeniero y profesor, quien fundó en 1924, en medio de una situación política incierta y llena de inquietudes, la Asociación Brasileña de Educación, destinada a ser un órgano de opinión pública, ajena al gobierno pero colaborando con él siempre que fuera posible, y diseminando por todo el país el esclarecido dogma de la fe y de la confianza.

Después de esto comienza a despertarse una gran curiosidad por los asuntos educativos. En 1927 se inicia la publicación de la primera colección pedagógica, bajo la dirección de Lourenço Filho, con la publicación de la obra sobre psicología experimental de H. Pierron. A ésta le sigune las traducciones de las obras de Claparède, Durkheim, Ferrière, Binet-Sumon, Dewey, y Kilpatrick, además de otras obras nacionales sobre temas de educación, llegando a publicarse en total 23 obras de las cuales se repartieron más de 100.000 ejemplares.

Después se hicieron otras colecciones del mismo género. Además de los libros de propaganda y de doctrina se nota una mejoría en la producción de obras didácticas, tanto en la forma como en el contenido.

Con el nuevo orden constitucional, impuesto por la revolución de 1930, se presentó el problema del rumbo que debía darse a la educación en la nueva constitución. Entre las iniciativas más fecundas de la Asociación Brasileña de Educación se encuentra la de la celebración en varios puntos del país de seis conferencias nacionales de educación. En 1932 se celebró en Nicteroy, capital del estado de Río de Janeiro, la tercera conferencia, en la cual una comisión formada por los más preeminentes educadores brasileños preparó un anteproyecto del capítulo constitucional sobre educación y un plan nacional para definir la orientación general que debía dársele a la educación. Las ideas formuladas en este proyecto fueron defendidas por la asociación ante la Asamblea Nacional Constituyente, y forman hoy los principios fundamentales del capítulo intitulado "Educación y Cultura" de la constitución brasileña promulgada en 1934.

Próceres de la Independencia del Brasil



Luis Pereira da Nóbrega de Souza Coutinho

(17.. - 1826)

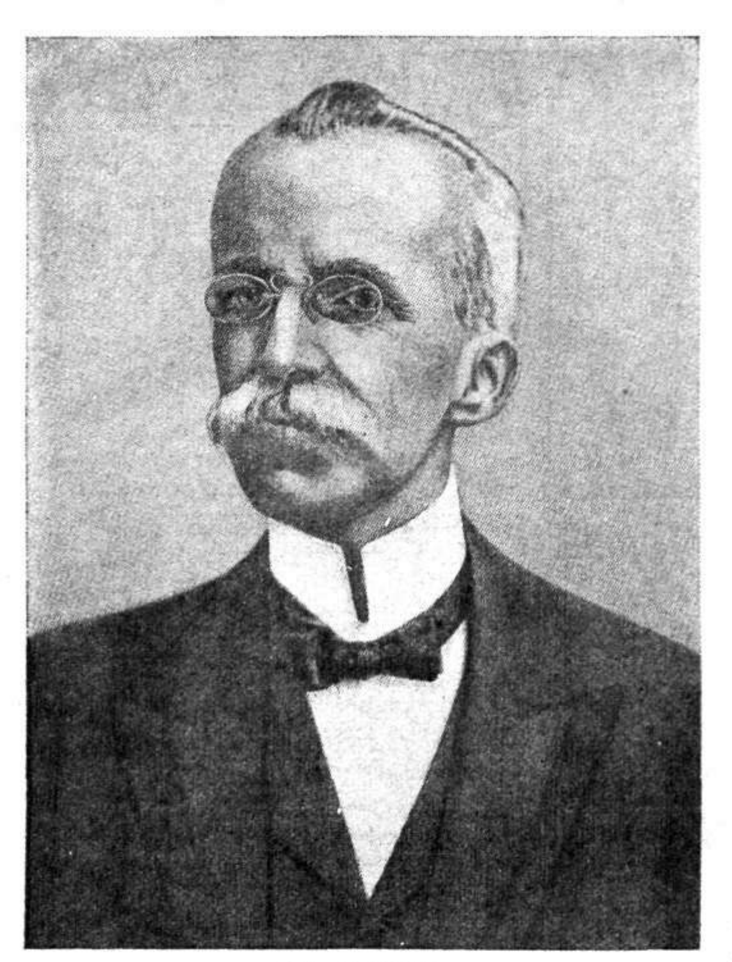
Benemérito de la Independencia, prestó al Brasil en 1822 tan grandes servicios que merece un sitio de honor en la historia.



Nicolau Pereira de Campos Vergueiro

(1801 - 1859)

Eminente hombre público que puso todo su talento al servicio de la causa de la Libertad de su patria.



RUY BARBOSA

El ELOGIO

▼ *Por* RUY

¡BUENOS Aires! Blanco lienzo de llamada a los que pasan, de afecto a los que llegan, de saludo a los que parten. ¡Buenos Aires! Es todo un programa de inmigración, colonización y nacionalización. ¡Buenos Aires! ¡Buenos Aires!

Buenos Aires no son aires tristes, aires soñolientos. Pueden ser aires rígidos, aires no siempre de bonanza, aires no siempre claros y risueños. En los territorios que componen la Argentina los climas locales varían en una diversidad infinita. Campo inmenso en donde cruzan los cálidos vientos que soplan del Ecuador o los vientos fríos que refluyen del Polo, el zonda tempestuoso que se precipita desde las montañas, las sudestadas que convulsan o trasbordan las aguas de los mayores ríos, los pamperos que atraviesan las llanuras del sudoeste al nordeste. Mas este mismo viento, el más impetuoso de todos, es una corriente saneadora, seca y pura, que después de sanear las pampas va a besar las costas meridionales del Brasil, hasta Río de Janeiro, donde lo saludamos como el portador habitual del buen tiempo. En las ásperas puntas de los Andes, bajo la influencia de los vientos del sur, que destoldan la atmósfera y facilitan así la irradiación, tan diáfano llega a ser el ambiente, que los ojos a mediodía vislumbran hasta las estrellas próximas al sol. En esa Patagonia, donde los ríos desde el Chubut se hielan a veces de repente, y se extienden los formidables desiertos de mediodía, hay regiones de las cuales dice un adagio que allí "se muere un hombre de cien en cien años". Tan absoluta es la pureza de estos aires, a los que no resiste la tuberculosis. Severos aires, no sin sus excesos, sus desabrimientos, sus paroxismos. Pero en el conjunto, en el resultado general, en su todo, "buenos aires". Buenos Aires son aunque no siempre nos halaguen, aun cuando se sienta en ellos el escozor del frío: aires de virtud, de vigor y de vida.

Pido perdón si hay la impertinencia de estas incursiones por el campo de vuestro bello idioma. Es involuntario. Son distracciones de mi entusiasmo: en estos días muchas veces me siento argentino, y me acontece, cuando supongo hablar mi lengua, estar hablando en la vuestra.

La nueva ciudad no se atavió con joyas falsas cuando asomaba al mundo con el nombre de Buenos Aires. Fué con sus virtudes que se adornó como modesta, cuyas gracias irradian naturalmente de su persona, hechizando, cautivando, regenerando. La dominación adoptada no era un embuste, sino una caracterización. Ella nace espontánea del instinto de los primeros pobladores. La inmigración era su esperanza. La fundó toda en ese pregón de los buenos aires, sintiendo que de los aires, propicios o malignos, deriva para todos los vivientes el bien o el mal.

Ya en 1811, un año antes de la prohibición del tráfico de esclavos en este país y cuando otros en cambio construían

de BUENOS AIRES

BARBOSA ▼

todo su futuro sobre la propiedad servil, Rivadavia trata de promover la inmigración, no solamente como una acumulación de brazos, sino como el más útil de los elementos civilizadores. Alguna cosa había ya, más distintamente, de esa intuición, en el movimiento de entrega a los movimientos de la fama: la alabanza de los buenos aires de una ciudad que se funda. Ninguna otra pensaba entonces hacer de su nombre la pintura de su naturaleza. Buenos Aires es un paisaje: en dos palabras, es una acuarela. Puesta a la orilla de un caudal majestuoso, con la cúpula de los cielos americanos, con techo y galería, ¿qué visión se conseguiría sustraer entre esa gente de Europa, aplastada entonces por las costumbres feudales, esos siervos de gleba, esas vidas ulceradas por los sufrimientos populares, cuando sobre el otro continente caía entonces la noche de la media edad y negras sombras empezaban a desvanecerse a tiempo en que la futura Buenos Aires comenzaba su existencia, hoy próxima a ser cuatro veces centenaria, en las márgenes del Plata?

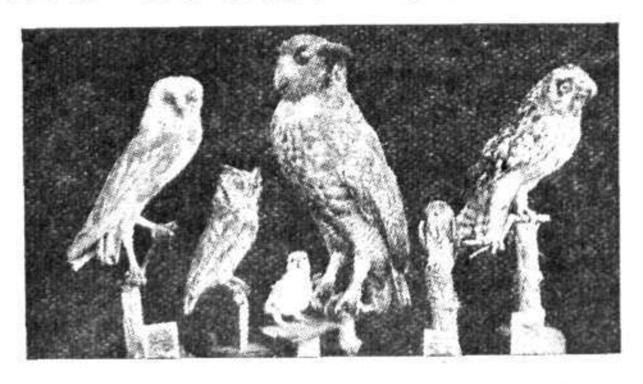
En la Babel de la América del Sur no existe la confusión de las lenguas. La población nacional está caracterizada por un tipo común, en el cual todos los demás van desapareciendo. Las corrientes de la emigración que aquí vienen a descargarse abundantemente no conservan sus características primitivas. Un enérgico trabajo de química humana actúa sobre ellas, por combinación, y modificando sus caracteres diferenciales, los va consustanciando en una expresión etnográfica nueva distintamente, original, resistente, progresiva, consciente de la independencia de sus personalidades. Los elementos étnicos inferiores mejoran o se extinguen en cuanto los superiores se acentúan, se dilatan, se robustecen; y de esa actividad orgánica desenvuelta en razón geométrica en causas cada vez más propicias, resulta una nacionalidad poderosa, de crecimiento acelerado y de una capacidad incalculable. De este modo, en el mismo territorio de la Argentina, de la cual la prehistoria nos dice que es "una *vasta necrópolis de razas perdidas*", la vieja vida resurge, a los ojos de la historia contemporánea, en una raza exuberante, cuyas dotes extraordinarias comienzan a llamar la atención del mundo.

Cada una de las capitales que señalan, en los mapas, los puntos culminantes de cultura humana, representa, en su expresión más sublime, la florescencia y fructificación de una nacionalidad, que salió del período elaborativo y maduró en pujanza, en solidez, en belleza, en productibilidad. París y Londres, Bruselas y Amsterdam, Roma y Petrogrado, Berlín y Viena, Madrid y Lisboa, son cada una la historia de sus pueblos, imagen de su evolución, resumen de su cultura, espejo de sus cualidades, síntesis de su vida. Sólo una sociedad muy adelantada en organización, sólo una constitución bien implantada en la conciencia nacional, sólo un largo desenvolvimiento económico y una serie de condiciones asociadas a la más amplia acción del tiempo llegan al final a obtener esas flores de cultura, esos ejemplares de belleza, esos milagros de orden, esas estrellas de opulencia, esas condensaciones radiosas de luminosidad.

No se consigue poseer un Buenos Aires porque se enriquezca pronto, sólo porque reúna un aventajado número de fortunas fabulosas, sólo porque se concentre en un territorio nacional una plétora de oro.

El oro proviene de las Babilonias antiguas, crea los países de corrupción y erige las metrópolis suntuosas de opresión. Mas no basta para hacer las capitales democráticas, donde se respira sensiblemente con el espíritu de igualdad, la vida moral, donde la religión se observa con tolerancia, donde la asociación se expande sin tutela, donde las ideas se agitan sin recelo, donde los pulmones se dilatan con gozo de vivir libremente entre hombres libres. Sólo la libertad, la cultura, la prosperidad, en adelantadísimo grado de solidez podrán explicar la maravilla de una ciudad como ésta, donde es escucha, sereno, seguro, amplio y vigoroso, latir el corazón de una nacionalidad pensante, adulta, y cuyo ambiente no se puede absorber por algunos días sin llevar de su dulzura un inextinguible recuerdo.

La fauna del sur del Brasil



La fauna autóctona, aunque grandemente variada, encierra, según algunos, poca cosa aprovechable para la industria, y debe ceder sin duda su lugar a los animales allí aclimatados y criados hoy en vasta escala.

Entre los mamíferos vale la pena de contar el anta o tapir, el capibara, los cérvidos de todas las especies, y muchísimos tipos de pequeños roedores que a veces infestan grandes regiones. Muy notables como animales de caza son los jabalíes sudamericanos — los puercos de monte — de los que existen dos especies bien conocidas.

En los campos se encuentra a los cánidos como el aguará y el aguaranchaí, que a veces atacan y damnifican los rebaños.

Los peces son excesivamente comunes, y la prueba está en la gran variedad que se encuentra permanentemente en los mercados, sea en el interior del país, sea en el litoral.

Los reptiles venenosos no abundan en la proporción que se cree generalmente en el extranjero. No hay duda de que existen diversas clases de culebras y serpientes, pero no en número que ponga en peligro constante a las gentes que viven y trabajan en los campos. En cualquier lugar puede apearse un viajero y sestear de día, o dormir de noche, con la seguridad casi absoluta de no ser molestado por bicho alguno.

En eso de los ofidios se exagera mucho, y abundan las leyendas y los cuentos medrosos sobre aventuras.

Las aves son muy numerosas en sus diferentes grupos taxinómicos, habiendo cantoras, trepadoras, de rapiña — diurnas y nocturnas — palmípedas, pernaltas y otras, las que llegan a unas quinientas especies ya determinadas. Entre esas aves las que más se aprovechan en conjunto son las garzas reales, de las que se obtienen las famosas "aigrettes" o airones que sirven de adornos femeninos. En la cacería abundan las codornices y las gallináceas.

Un grupo excesivamente numerosos es el de los insectos. De ellos existe una inmensa variedad: nocivos unos, incómodos apenas, otros; muy pocos útiles.

De cuando en cuando aparecen bandadas de pájaros del norte; pero éstos no han de ser clasificados entre los aludidos y correspondientes a la fauna meridional. — E.

El estado de Río Grande del Sur



UNA simple mirada sobre el mapa del Brasil descubre, en el extremo meridional, la situación geográfica del estado de Río Grande del Sur. Examinando las modalidades terrestres, tan importantes para el buen entendimiento de las condiciones internas de esa región, hay que hacer una división del territorio del estado: paralelamente a la costa existe una faja arenosa desde Torres — extremo noreste — hasta Chuy. Y la zona de las lagunas o grandes lagos internos (antiguo lecho del océano Atlántico) conquistada al mar en las evoluciones milenarias del continente sudamericano.

Lo restante e interior consta de dos partes sensiblemente iguales en extensión y diferentes en altitud: la septentrional, un altoplano, la meridional, un plano bajo. Aquélla en el término final del gran altoplano brasileño; ésta al extremo norte y cuando se inicia la depresión pampeana.

Río Grande del Sur es como una zona de transición entre esos dos grandes accidentes geográficos cisandinos.

En altoplano riograndense se denomina generalmente sierra o plano bajo: campaña. Débese todavía señalar otras particularidades de cada una de esas zonas.

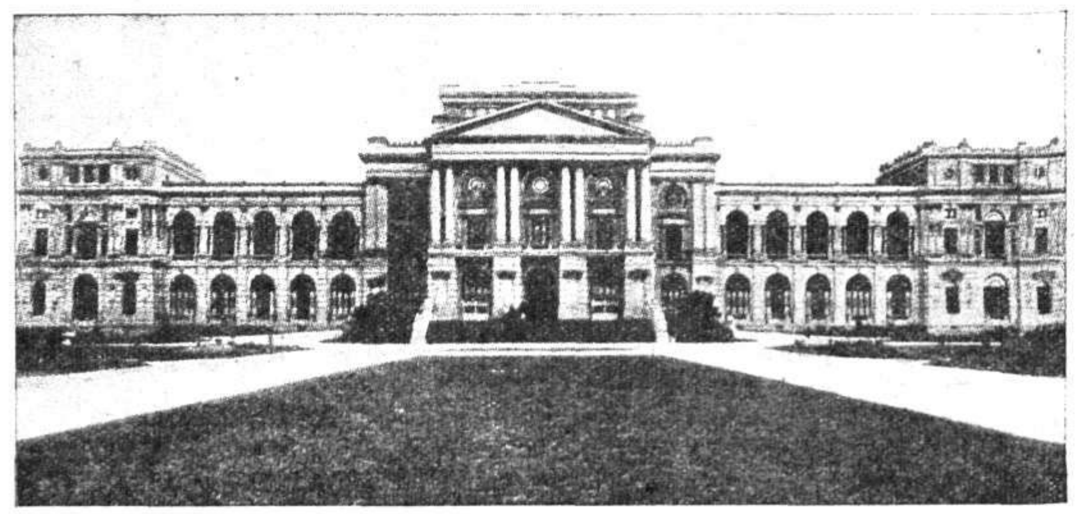
Los *declives del plan alto*, sobre todo en las regiones más occidentales, están cubiertos por bosques densos. La propia sierra está rota o cortada por desfiladeros profundos e irregulares por donde, sonoros y espumeantes, caen los torrentes de aguas claras.

La campaña es relativamente pobre de bosques, teniéndolos apenas cerca de algunas de las mayores sierras y en las márgenes de los ríos mayores. Estos ríos son, en su casi totalidad, diferentes de los caudales de las otras zonas.

Mas, en cuanto a los trazos geológicos, ¿de dónde vendrá tan interesante estructura? De las condiciones geológicas. Paralela al Atlántico existe en nuestra América Meridional una región orogénica llamada La Sierra del Mar. Esa cadena comienza sensiblemente en Pernambuco, siguiendo más o menos cerca las costas oceánicas. Se rompe aquí y allá, se levanta a veces, se baja en otras y llega al sur de Santa Catalina donde, al entrar en Río Grande del Sur, se aplana.

EL GRITO DE IPIRANGA

HE AQUI, EN BREVES TERMINOS, RESEÑADAS LAS CAUSAS QUE LLEVARON AL BRASIL A SEPARARSE DE PORTUGAL Y ERIGIRSE EN UN IMPERIO.



El museo de Ipiranga, en San Pablo. En él, como en otros institutos similares del Brasil, se puede comprobar la atención que en el país hermano se dedica a cuanto se refiere de la perpetuación de su pasado glorioso.

En el año 1815, alejados con la caída de Napoleón los peligros que ocasionaron a la corte portuguesa el traslado a América, el rey don Juan VI trató el regresar a Portugal, dejando en el Brasil a su hijo don Pedro. Movíale a ello un reciente decreto de las cortes de Lisboa, cuya primera condición era la residencia del monarca en la capital del reino, donde aquéllas funcionaban. (Entonces, en Portugal como en España, las cortes eran la reunión de dos cuerpos legislativos, el senado y la cámara de diputados).

Fué en vano que toda la población brasileña se opusiera a la partida del monarca. Cuántas solicitudes y hasta amenazas se hicieron fueron inútiles. El rey don Juan VI se hizo a la vela el 26 de abril, despidiéndose de su hijo con estas palabras: "Pedro, si el Brasil se ha de separar de Portugal, como se deja de ver, toma tú la corona, antes que se apodere de ella cualquier aventurero".

Duro debió resultar para los brasileños retornar al estado de simple colonia, acostumbrados como ya estaban a la soberanía con la presencia efectiva de la corte y la administración pública en el suelo del Brasil.

Las cortes, mientras, dispusieron que, igualmente, don Pedro regresara a Portugal. El pretexto que ponían era el de una mejor educación del príncipe; pero los brasileños, que en los últimos años ya habían puesto de manifiesto su decisión por conquistar una autonomía política definitiva, opusieron decidida resistencia, y el joven príncipe debió conformarse con la voluntad de sus súbditos de América, permaneciendo en Río de Janeiro. Fué entonces cuando las cortes de Lisboa declararon traidores a los que permanecieran fieles a don Pedro y éste, a su vez, cuando conoció esta determinación, declaró al Brasil independiente de Portugal.



Tal fué el famoso grito de Ipiranga, declaración solemne hecha en el llano de ese nombre, en los arrabales de la ciudad de San Pablo.

Los brasileños la recibieron con frenético entusiasmo, y don Pedro fué reconocido y coronado emperador del Brasil el primero de diciembre de 1822

Empero, se desencadenó la guerra civil. No todas las ciudades quisieron reconocer al flamante emperador. En Bahía y otros puntos, el partido portugués gozaba de mucho prestigio. Una escuadra colocada a las órdenes del famoso lord Cochrane, que no hacía mucho había abandonado a la causa patriota en el Pacífico, bloqueó la ciudad fiel a la corona lusitana y venció a su escuadra. Luego de entrar en Bahía, sometió a Marañón y a la provincia de Pará, apoderándose de más de un centenar de embarcaciones mercantes. Un poco más tarde se sublevó Pernambuco y también fué reducida por las armas. La intervención de Inglaterra puso a Portugal en el trance de reconocer la independencia del Brasil. — *D.*

Próceres de la Independencia del Brasil



José Joaquín Da Rocha

(1777 - 1848)

Gran servidor del Brasil. Nació en Minas Geraes el 19 de octubre de 1777 y honró a la causa de la Independencia con su gran talento.



Joaquín Javier Curado

(1743 - 1830)

Que bregó durante su actuación pública con entusiasmo y fe inquebrantable en favor de la Independencia del Brasil.

La cascada Velo de Novia

IPIRANGA, la palabra mágica que evoca una gloria del Brasil, sirve de nombre a varios ríos de la gran nación.

Uno de ellos, que recorre parte del territorio paranaense, quiebra su curso, precipitándose en un desnivel.

Así se ha formado la cascada "Véo de Noiva", encanto de la naturaleza y recreo de la vista humana.

"Blanca, toda nevada, ella aparece en el verde verdeante de la floresta. A Dios levanta fervorosa prez, en el seno virginal de la naturaleza en fiesta. En lo alto vibra el viajero que pasa cerca de esa serpiente de estructura de acero. ¡Vibra, extasiado en el valor de la raza, que a la montaña trepó en un gran paso!"



Con estas expresiones encendidas, hizo el elogio de la cascada el poeta Leocadio Correia. La belleza del "Velo de Novia" podría inspirar centenares de composiciones. Al viajero le produce una impresión que no deja lugar a las alabanzas.

Es sin duda uno de los lugares más pintorescos de la hermosa tierra brasileña, donde la naturaleza se ha prodigado con las galas magníficas de la creación, a cuya vista se extasia el espiritu en dulce recogimiento.

Sublimemente hermosa es la tierra de Brasil. Parece modelada por un artista caprichoso, que unió genial y delicado, mil aspectos de la majestuosidad. "El Velo de Novia" merece tal nombre poético.



Sierras bajas del Brasil meridional

Anotados, en síntesis breve, los trazos geológicos fundamentales de la estructura del suelo del estado de Río Grande del Sur, conviene agrupar los accidentes en un sistema: mucho tiempo hace que corre por el mundo una serie de descripciones de cadenas de montañas efectivamente existentes en el Brasil, descripciones debidas a circunstancias muy interesantes. Los habitantes del altiplano y sus inmediaciones llaman sierra a las regiones cubiertas de vegetación, queriendo significar con el término un bosque denso. Para la expresión de sierra, montaña, emplean la palabra serranía. Así, pues, el investigador geográrico halló esta particularidad, y en lo general, fué víctima de diversas indicaciones, referentes a bosques, cuando él buscaba montes.



Pintoresca cascada del río Barraçao.

Entrando en el asunto, situaremos las cadenas de acuerdo con el siguiente principio derivado de estudios geológicos y de altimetría:

Primero: La Cadena Oriental, o Sierra del Mar, ahora enterrada casi por completo en cierta extensión, por las posteriores erupciones terciarias, continúa su dirección anterior atravesando el estado de NNE. a SSOE. Esta sierra de poca altura no excede de trescientos a trescientos cincuenta metros y acompaña la costa, bajándose aun en el municipio de Puerto Alegre hasta dar paso al Guahyba. Pero después se levanta gradualmente en la margen derecha con el nombre generalmente colectivo de Sierra del Herval. Esta, a su turno, baja y deja pasar al río Comaquan, para, en la margen derecha, descomponerse definitivamente en los múltiples contrafuertes y espigones que constituyen el grupo llamado Sierra de los Tapes.

Antes de llegar a Camaquan, sigue hacia el SOE. un largo contrafuerte ramificado, constituyendo el sistema orográfico de los municipios de San Jerónimo, Encrucijada, Carapava, Lavras, San Sepe, Río Pardo, Cachoeira, San Gabriel, yendo a morir con el nombre de Sierra Batovy.

La prueba de que esta serie orográfica pertenece toda a un *sistema único* (al de la Sierra del Mar), está en la uniformidad geológica y goetectónica respectiva.





FANTASIA

por Christovão de Camargo

Yo paseaba por la avenida Beira-mar en aquella tarde luminosa de invierno, en que las delicuescencias de un sol, que se derretía todo, puso sobre el asfalto una refulgente sábana de oro, eterizando el andar de las mujeres con cadencias diáfanas de vuelo; se nos introducía por la ropa acariciábanos la epidermis y penetrábanos los nervios, aterciopelándonos el alma en ráfagas gozosas de bienaventurados.

Era una de esas tardes en que el hombre se siente hermanado con Dios y con el universo, en que la tierra parece bendecirnos y los horizontes forman una redoma azul,

dentro de la cuel somos pájaros alegres, que revolotean, impregnados de luz, en la atmósfera balsámica y gloriosa.

Era una tarde hecha para el amor.

Veíame cautivo de una de esas ansias afectivas que nos dominan cuando nos arrulla, en una *berceuse* divina, la dulzura de las cosas naturales.

Me sentía bueno, me sentía fuerte, me sentía capaz de amar.

Entonces fué cuando ella pasó...

Debajo del sombrero, los cabellos rubios, rociados por las gotas de aquel sol, rodeábanle la cabeza pequeñita con una aureola de suavidades angelicales.

El rostro era tan blanco, que debía de haber sido hecho de lirios deshojados en noche de plenilunio.

No andaba: oscilaba en la música del aire su talle esbelto, como esas mujeres que los poetas contemplan en visiones interiores.

Ella pasó y yo me detuve.

En el corazón sentí las palpitaciones trágicas que anuncian el advenimiento del amor.

En aquel minuto revolví en la mente todo mi pasado, sentí el presente, contemplé el futuro y comprendí: la existencia hasta aquí no había sido más que un desenredar absurdo de días, sin finalidad ni significación. Momentos antes, la benignidad de las cosas circundantes me forzaba el espíritu hasta los pies de Dios.

De pronto me sentía descreído. Y pensaba: la mujer que acaba de pasar es la verdadera fuente de la vida.

En sus ojos encontraría la revelación del tremendo misterio del universo y en su seno disfrutaría la paz efímera que precede a la paz definitiva del nirvana. Aquella mujer o la muerte. (Y seguí preso en la órbita implacable formada por los efluvios caprichosos de aquel cuerpo). Fuí siguiéndola siempre.

Ella sintió las súplicas mudas que le dirigían mis ojos, cansados de llorar, pero no saciados de retener desesperadamente su imagen.

Advirtió que yo la quería y se sonrió. Tuve la sensación de que se deshacían guirnaldas de aurora, cayendo sobre mi cabeza en lluvia de flores y perfumes.

Su boca, sangrienta como una puñalada, tenía una sonrisa musical de violines en sordina, y en el misterio de aquellas comisuras sutiles yo iba penetrando, extasiado, el porqué de mi vida.

Sonrió — sonreía siempre, — y en el rasgado de aquella sonrisa dilatábanse los horizontes de mi felicidad.

Un día ella habló. No pude interpretar sus primeras frases. Resonaban en el cerebro sus palabras en un bordoneo musical, como de perlas entrechocadas. No comprendía y no quería comprender lo que hablaba. La *berceuse* de su voz me aquietaba en una cadencia divina, y yo deseaba quedar siempre así, perdido en aquella resonancia, cloroformizado de sones y de aromas.

Ella percibía mi alejamiento de las cosas ambientes y sonreía.

Sonreía siempre y hablábame con una voz de armiño, llena de blanduras acariciadoras, pareciendo tener placer en alimentar mi letargo.

Un día, en fin, dejó de sonreír. Y no me hablaba más. Comencé a despertar de aquella prolongada somnolencia.

Cuando volví en mí, la vi con una nube en la frente. Y el cielo ya no se me mostraba con los hilos luminosos de la aurora. El horizonte se me iba consumiendo en la agonía crepuscular. Fué entonces cuando comencé a comprender.

— ¿Por qué me persigues así? — díjome. — ¿No sabes que yo guardo en los labios un veneno implacable y que mis brazos sólo enlazan para estrangular? Yo soy la mujer-amor, lo que quiere decir la mujer-perdición.

Imploré una de aquellas sonrisas con vibraciones de arpa. Ella me rechazó.

— ¡No, no; huye que aun es tiempo! Estoy cansado de maldiciones, no quiero perderte, anda huye.

— ¡Si eres la mujer-amor, ámame; tu solo amor puede salvarme!

— Soy la mujer-amor... No soy la mujer que ama; soy la mujer que aman los hombres y la maldicen después. No quiero envenenarte; vamos, desaparece y no me maldecirás.

— ¡No, no, tu amor es la vida; ámame!

Ella volvió a sonreír. Su sonrisa ahora helábame el alma. En vez de darme la sensación de una fresca y rumorosa agua de regato, se me aparecía tumultuosa, presta a desencadenar la muerte.

— ¿Qué mujer eres tú, que te muestras insensible al murmurar doloroso de mis súplicas? ¿Dónde está tu pensamiento?

— ¿Sentimiento? Tonterías. Veo que estás loco. Es mejor que te apartes. ¿Qué mujer soy? Soy una mujer como las otras, soy ni más ni menos que esto: la mujer...

CHISTOVAO DE CAMARGO

Dibujo de Batlle







Las palmeras imperiales

Muchos de los progresos que ya de antiguo maravillaban a los que recorrían el Brasil, se han debido a la previsión y al buen gusto de sus gobernantes, en particular, a los emperadores. Hicieron de su bella Río de Janeiro la metrópoli imperial y se empeñaron en que ella rivalizara y superara a la misma Lisboa.

Así, a la vez que se levantaron edificios, abrieron caminos y crearon industrias, llevaron al fértil suelo buen número de ejemplares cuya ausencia habíase observado en la flora local.

En el Jardín Botánico de Río de Janeiro, por ejemplo, que es un delicioso rincón en el fondo de un vallecito cercado de elevadas montañas, existen los primeros ejemplares de una palmera introducida de las Antillas por orden del emperador don Juan VI. Pertenecen éstas a una especie de elevado fuste y tronco erguido y completamente limpio, al que, por esto mismo, llámasele ahora real o imperial, habiendo sido el origen de las muchas que en el presente adornan e imprimen un aspecto inconfundible a muchos de los paseos y avenidas de la capital de la República. — D.



En las selvas brasileñas

El inexorable "apuseiro"

El *apuseiro* es un pulpo vegetal. Se adhiere a la presa que cae a su alcance, extendiendo sobre ella millares de tentáculos. El pulpo de Gilliat disponía de ocho brazos y cuatrocientas ventosas; las del *apuseiro* son incontables. Cada célula microscópica, en la estructura de su tejido, posee una boca sedienta. La acometida de esta bestia verde es silenciosa. Comienza con la adaptación de una fibra leñosa, llegada de no se sabe dónde, que se deposita sobre el retoño atacado. Esta fibra se desarrolla y, una vez llegada a cierto crecimiento, comienza a ser prolífica. Poco a poco la trama se extiende, adelanta, aprieta, circunda por completo a la indefensa presa, a la que termina por substituir. La envuelve como un sudario y entonces, el que ya es un cadáver vegetal, se descompone mientras el *apuseiro* reverdece, fortalecido, saturado de la vida arrancada al árbol sobre cuyo tronco se posó.

El árbol, a veces, calladamente, parece intentar una desesperada defensa contra aquella maraña que lo va ahogando; pero, parecería que, con la lucha, la inexorable fuerza del monstruo negro se acrecentara...

Un cuchillo podría despedazar los tentáculos y arrancarlos; mas, con que sólo quedara un invisible fragmento capilar sería suficiente. Se renovaría y, al poco tiempo, la victima estaría de nuevo a su arbitrio.

Es un duelo vegetal, silencioso, único. Es la lucha del individuo árbol contra la fuerza monstruosamente múltiple. — *D.*

La familia de los Andrada está ligada a la Independencia del Brasil

Trinidade eterna de heroismo e gloria
Cujas estatuas cada vez mais bellas
Fulgem no templo de brasilea historia...

Fagundes Varella



José Bonifacio de Andrada e Silva
1763 - 1838

Nacido en Santos el 13 de junio de 1763, es considerado como el padre de la Independencia del Brasil y su estatua figura junto a la de Wáshington, Franklin, San Martín y Bolívar en la galería de los libertadores de la Unión Panamericana de Wáshington, como el verdadero patriarca de la libertad de su hermosa patria.

Martim Francisco

El más joven de la gloriosa trinidad de los hermanos Andrada, nació como sus hermanos en Santos el 27 de junio de 1775, de inteligencia extraordinaria, de

1775 - 1844

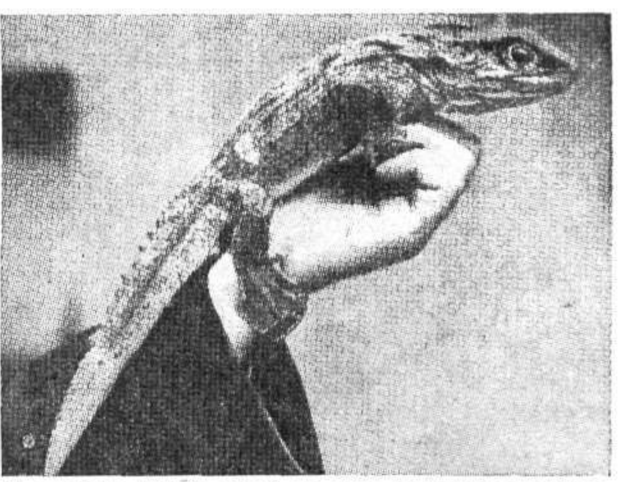
Antonio Carlos Ribeiro de Andrada Machado e Silva
1773 - 1845

Hermano del gran libertador del Brasil, nació el 1º de noviembre de 1773, y falleció el 5 de diciembre de 1845, dejando justa reputación de ser una de las más sólidas inteligencias y de haber puesto al servicio de la patria uno de los más nobles caracteres y su extraordinaria condición de organizador.

Ribeiro de Andrada

grandes dotes oratorias y de una probidad y rectitud de carácter que le valieron el respeto y amor de sus conciudadanos. Falleció el 23 de febrero de 1844.

Un testigo de edades remotas



El paradójico tuatera, animal que evoca los tiempos antediluvianos, es fácilmente domesticable. Su estructura anatómica resulta un problema arduo de historia natural.

Aunque, a primera vista parece un lagarto, el "sphenodon puntactus" presenta caracteres que lo asimilan a los batracios, o a ciertos reptiles extinguidos.

Su nombre indígena de la Nueva Zelandia es el de "tuatera".

Desde hace poco más de un año, un ejemplar del curioso y rarísimo animalito es objeto de las observaciones incesantes de los sabios naturalistas ingleses.

Para testimoniar la antigüedad de su estirpe, el tuatera ha conservado, como los cuarteles de un blasón, pormenores anatómicos muy curiosos.

A pesar de poseer columna vertebral osificada, conserva todavía un esbozo de cuerda dorsal, vértebras bicóncavas, huesos del sacro soldados, dientes triangulares, también soldados a las maxilas, que en algunos tauteras viejos forman un pico cortante, en los premaxilares.

El detalle de mayor importancia es el rudimento del ojo pineal, misterioso órgano situado en la parte posterior de la cabeza, que aunque no tiene papel activo alguno, por su estructura es indudablemente un aparato de visión. Otros caracteres atestiguan que el tuatera es un resto de animales desaparecidos, cuyos ejemplares se encuentran fósiles.

Indudablemente, hubo familias antediluvianas que se salvaron de la desaparición, adaptándonse al nuevo "formato", impuesto por la naturaleza. El tuatera se "hizo chiquito" ante la muerte, y así pudo continuar en nuestro mundo, como un espécimen de lo que fueron sus antecesores.

A pesar de que posee para su defensa el pico premaxilar, el tuatera, casi siempre, no lo usa contra el hombre. Es un animalito muy apto para la domesticación, y con sus patas de cinco dedos se sostiene, inofensivo, sobre la mano del dueño.

Próceres de la Independencia del Brasil



Cypriano José Barata de Almeida

(1762 - 1838)

Parlamentario ilustre y venerable, siempre recordará el Brasil que luchó por la libertad y la paz de su patria.



Diego Antonio Feijo

(1784 - 1843)

Sus actos en pro de la Independencia del Brasil lo mantienen constantemente en el recuerdo de sus conciudadanos.

Río Branco, el canciller litigante



Si para definir a un hombre se usasen esos gráficos usuales en la estadística, necesitaríase representar al barón de Río Branco por una figura que, proporcionalmente, equivalliera a los 900.000 kilómetros que él supo ganar para su país.

Conquista del derecho no basada en la fuerza, sin pérdida de vidas, fué aquella sucesión de victorias diplomáticas, que no excitó ansias vengativas. Raras veces la paz vive en paz con todos, imponiéndose sin traer rencores.

El grandioso litigante internacional ganó todos sus pleitos. Poseía el don extraño de convencer a la parte contraria.

Don José María da Silva Paranhos estaba hecho a imagen y semejanza de su tierra natal. El espíritu heroico y magnífico de Portugal, transplantado al Brasil, produce esos frutos de humana excelsitud. El suelo, más fecundo y dilatado, hace crecer la proporción de las figuras.

El canciller Río Branco tenía altura de palmera real, bien erguida, verticalmente derecha, sin retorcimientos.

Además de la continua labor pleiteante, Río Branco, todo actividad, dió a su país libros de historia brasileña, eruditos, penetrantes, imparciales.

Así era el hombretón formidable y delicado.

Cada vez que veo fotografías suyas, me viene a perseguir un recuerdo vergonzoso, recuerdo periodístico.

El director de un diario, donde yo hacía mis primeras tentativas de gacetillero inmigrante, me encargó escribir acerca del canciller. Confieso que lo traté respetuosamente, aunque las palabras mías eran dignas de un politiquillo.

La confesión de atrevida ignorancia la hago a modo de "mea culpa".

EDUARDO DEL SAZ

La influencia decisiva de los "bandeirantes" en la estructura nacional del Brasil

Por JAIME MOLINS

Mi última estada en San Pablo me dió oportunidad para leer, con verdadera delectación, la "Historia do Brasil" de Rocha Pombo. Quería, a pesar de mi mal portugués, ponerme al ritmo de aquel gran pueblo. Confieso, con toda franqueza, que de este contacto espiritual ha nacido en mi alma una gran simpatía hacia el pueblo brasileño, simpatía que tarde o temprano he de exteriorizar en capítulos más constructivos. Yo no sé si es por el rancio españolismo, saturado en mi sangre — españolismo de génesis "ibera", en el concepto peninsular y geográfico, rotundo como mi americanofilia, — pero el caso es que los pródromos de la conquista y colonización del Brasil, tan brava y bellamente episódicos, obran en mi espíritu con la fuerza evocadora y magnética de una revivisión...

Mis lecturas sobre aquel trágico sometimiento de la selva infinita por los argonautas lusitanos tenía para mi sensibilidad de artista, un tocante anticipio. Hace algunos años en una apacible agonía vesperal, en pleno trópico, mucho más arriba de la Guayra, junto a la ribera del Paraná, quien estas líneas escribe pudo escuchar, enternecido, las notas de un receptor de radio que reproducían el "Ave María" de Gounod, entregada a las ondas hertzianas por una broadcasting de Buenos Aires. Emoción tan enorme me llevó, sin duda, al ensueño retrospectivo. Estaba en pleno corazón del desierto, sobre la ruta que siguieron los "bandeirantes", hoy trillada por el paso del tren que corta los bosques rumbo a Matto Grosso...

"¡Os bandeirantes!"... Las "bandeiras" fueron las grandes expediciones organizadas a principio del siglo XVII, desde las colonias costaneras del Brasil, movidas por la atracción promisoria del desierto. Era, en realidad, la reproducción en tierras vírgenes del espíritu aventurero de allende los mares que buscaba en el corazón de las selvas, en los grandes ríos y en las llanadas sin confines del Nuevo Mundo, emociones nuevas provocadas por la naturaleza montaraz y la resistencia belicosa del aborigen.



Las "bandeiras" brasileñas se promueven a principios del siglo XVII. A estas expediciones se les llamó "entradas", pues eran realmente entradas — pero entradas de tragedia — al país de lo desconocido. El objeto primordial de las "entradas" era el descubrimiento de riquezas — sobre todo minerales — y la sumisión de pueblos aborígenes destinados a la esclavitud. Tal sed aurívora y tan atrabiliarias disposiciones contra el pueblo nativo, tenían su justificación social en aquella época, puesto que el comercio negrero, con su vulgarización y rendimientos, había asentado en el alma de los aventureros la base de una nueva moral...

Las "entradas" brasileñas buscaron también, como las hispanas, el hiperbóreo país de El Dorado, esa especie de Táuride que anunciaba, por boca de la tradición y la leyenda, ciudades prodigiosas, con pavimentos y cúpulas de oro. Incentivo tan formidable reclamaba peregrinaciones poderosas y disciplinadas. Una "bandeira" formalizaba su peregrinación al desierto, con todos los elementos oficiales y civiles, como pudiera improvisarse, en su estructura social, una ciu-

dad ambulatoria. ¿Quiénes la constituían? Militares, sacerdotes, cronistas, notarios, jueces... El jefe era siempre un varón de pelo en pecho, todo un señor feudal, si no dueño de vidas y haciendas — frente a la aparente autonomía de cada "bandeira", — por lo menos con un poder absoluto en la dirección de la empresa, en la disciplina y en la regimentación de la vida común. Cada bandeirante se preparaba a su costa. Era una especie de "adelantado", en pequeño, que debía operar en la exploración y el usufructo, sobre una base perfectamente sistematizada por público convenio. Cada bandeirante, secundado por familiares y esclavos, corría directamente con el acarreo de sus menesteres y bastimentos, librando las contingencias del camino a su propia valentía y esfuerzo. Las provisiones fueron siempre las mismas, ya que la selva volcaba en sus manos los más sabrosos fruto vegetales: charque, aguardiente y arroz. El uso de la *yerba mate* se *había ya incorporado a las* prácticas domésticas. Solían llevar también limones, elemento de la terapéutica primitiva destinado a conjurar las fiebres malignas.

Las partidas de tan temerarias expediciones daban margen a verdaderos acontecimientos pueblerinos. Los grandes caminos fueron, al principio, los ríos del norte, desde el Amazonas al Doce, Paraguassu y Jequitinhonha. A veces las grandes travesías terrestres llevaban a estos argonautas hasta la sierra Do Mar. De allí, siguiendo el curso de las *arterias fluviales, continuaban internándose* al occidente, hasta alcanzar las márgenes del Paraná y el Alto Paraguay.

En aventuras tan másculas como inciertas, el sur brasileño precedió al norte. En San Pablo se organizaron las más formidables "entradas", a tierras infieles. El Tieté fué hasta sus nacientes el río providencial, el compañero fiel, que brindó el generoso recurso de sus aguas, rectificando la hosca aridez de los desiertos.

Célebre "bandeira", sin duda, fué la capitaneada por Antonio Raposo, que arranca de San Pablo y se dirige, premeditadamente, contra las reducciones del país guaranítico — la Guayra — entonces docilizado al influjo de los frailes españoles. Partió la atrevida falange un día de septiembre de 1628. Tomó rumbo al sur, orientándose hacia el Timbagy. Alcanzado el río, siguió marcha hacia el noroeste, al centro mismo de los desiertos vecinos al Paraná. Acampados allí, desprende Raposo sus huestes sobre las aldeas indianas, buscando riquezas y prisioneros. Es éste el primer avance contra el pueblo teocrático de la Guayra, entregado a manos castellanas, acontecimiento que da por resultado un sometimiento indiano, "cosecha de hombres" destinados al mercado de esclavos y a las rudas labores con que despertaban a la industria agrícola los predios de la vecindad de San Pablo.

A Raposo le sigue don Fernando Dias Paes Leme, a quien se le edjudicó el mote de "descubridor de las esmeraldas", por la abundosa explotación de turmalinas verdes, que realizara en su travesía. Este "bandeirante" enriqueció las "fazendas" de la costa con más de cinco mil soldados. Pero su expedición fué penosa hasta la tragedia. Afrontó todo género de peripecias. Resistió sublevaciones, una de ellas capitaneada por su propio hijo, don José Dias. Los huesos del atrevido conquistador se confundieron con las tierras ingratas del Semidouro...

En 1672, otro paulista, luso-brasileño — don Pascual Paes de Arauco, — toma el camino de "os sertoes" y de la selva infinita. Su "bandeira" es poderosa y nutrida. Toma hacia el noroeste. Explora el río Tocantins y muere en sus aduares, abatido por los rencores maléficos del bosque.

Por fin, uno de aquellos simpáticos aventureros descubre los asientos metalíferos de Goyaz — lo que fué después Minas Geraes — y se harta de oro. Fué don Lorenzo Castanho Taques. Su travesía, realizada en 1675, abrió para los que le prosiguieron, el camino del becerro mitológico. Pero tanto o más que oro, incrustado a las breñas o plasmado en pepas lujuriosas en el fondo de los arroyos, valían los esclavos, aquellos inquietos guaraníes en cuya alma infantil los misioneros desprendidos por la Compañía de Jesús, encontraron tanta expresión como dulzura. Arrastrado por este incentivo, se torna en "bandeirante" don Francisco Pedroso Xavier y se lanza en su larga travesía rumbo a aquella Guayra que está resultando *almácigo portentoso en* la cosecha de brazos destinados a los trajines de la agricultura ribereña. Pedroso, más atrevido o más suertudo, tal vez, que sus predecesores, cruza el Paraná, penetra al corazón del dominio jesuítico, arrebata un cuantioso botín a las colonias aborígenes — civilizadas ya — y enyuga en las afueras mismas de lo que es hoy Villa Rica (Paraguay) millares de indios, con los cuales vuelve — glorioso, a su manera — al lejano punto de partida.

De *mil amores seguiríamos rememorando* el proceso cronológico de estas bravas cruzadas, si no nos viéramos constreñidos por la tiranía del espacio, ya que estas recordaciones están hilvanadas a título de crónica periodística más que de referencia editorial. Sin embargo, no podemos dejar en el olvido otros nombres tan vinculados a la historia colonial y constructiva del Brasil. Hemos citado al "bandeirante" don Pascual Moreira Cabral Leme, descubridor de las minas de Cuyabá. Y hemos citado a aquel "certanista" famoso, don Antonio Pires de Campos. Y al hipocondríaco don Bartolomé Bueno da Silva, conocido con el apodo de "Annanguerá", que en el guaraní primitivo significa "demonio o alma del otro mundo". A Pires de Campos, que sometió a los indios "goias", siguieron cruzados tan atrevidos y celebérrimos como don Jacomé Raymundo de Noronha, don Pedro Teixeira, don Arnán de Villela, don Pedro da Costa Fabeilla y el padre Betendorf. La mayor parte de estos últimos "bandeirantes" procedieron de la zona noroeste de Pernambuco y de Bahía.

Tales son, a grandes plumadas, los prolegómenos del reconocimiento y conquista interior del Brasil. Los medios — insólitos hoy, pero ajustados a las necesidades y temperamentos de la época — arribaron a finalidades realmente constructivas para el *porvenir. Así se fué enriqueciendo* y ensanchando la colonia. Así el Imperio pudo fijar los primeros contornos de la nacionalidad y hoy el Brasil cubre con su expandimiento geográfico, la mayor parte del mapa de América.

Por donde fueron los "bandeirantes" — como otrora los marinos del Argos, rumbo a Crimea, — hoy la civilización ha tendido las más atrevidas ferrovías y rescatado para la agricultura los más salvajes predios. De norte a sur, de oriente a occidente quedan aún las huellas de la conquista, sobre todo en las rutas de San Pablo al Paraná, donde los cafetales escalonados, sin solución de continuidad, brindan a la riqueza nacional su maravilloso oro negro...

Jaime Molina

DIBUJO DE CABALLÉ

Próceres de la Independencia del Brasil



Felisberto Caldeira Brant Pontes
Marqués de Bárcena
(1772 - 1841)

Fué una de las más destacadas figuras de la Libertad e Independencia del Brasil.



Hipolyto José da Costa Pereira
Furtado de Mendonza
(1774 - 1823)

Gran publicista, prestó a la emancipación brasileña señalados servicios desde la tribuna periodística.

La industria matera en el Brasil



Un molino de yerba, en Matto Grosso.

DESDE hace muchos siglos, la yerba mate era conocida y saboreada por los guaraníes de las regiones brasileñas.

Tanto apreciaban sus cualidades estomacales y tónicas que le llamaban "caá", esto es, elixir.

Hacían sus largas caminatas masticando hojas de ílex, y ellas constituían para los guaraníes algo semejante a la coca de los quichuas.

El nombre de mate proviene del color de la yerba cocida, muy parecido al tono mate del mineral del cobre en fusión. Así por lo menos lo asegura el doctor Carneiro, inteligente técnico de la industria de dicha yerba.

Fueron los jesuítas españoles de las reducciones de Guaira y del Ivaí quienes reconocieron en el elixir de los guaraníes — que lo experimentaron por curiosidad — virtudes alimenticias y terapéuticas. Después dedicáronse a perfeccionar los métodos de fabricación primitivos. Agrega el doctor Carneiro que los jesuítas importaron la costumbre del mate a las regiones del Plata.

El Brasil exporta grandes cantidades de yerba, preparada en sus molinos de la región de Matto Grosso y del Alto Paraná.

Los principales consumidores son la República del Uruguay y Chile.

La Argentina también importaba excelente yerba brasileña, pero sus plantaciones del suelo misionero satisfacen la demanda nacional.

En muchos sitios del Brasil existe la costumbre del cimarrón.

Los higienistas brasileños, que reconocen las virtudes de esa yerba, realizan una constante propaganda, a fin de que se la prefiera a otra.



Transporte de tercios de mate.

Confraternidad futbolística

Andaba con el colmillo crecido cuando lo encontré a Lorenzo. El, en cambio, tenía una contentesa que no le cabía en el saco.

—Como mi trompa es brasileño — me dijo, — nos dió feriado y pago el 22 pa ir a verlo a don Getulio. Y che, un día sin laburo e un día sin laburo. ¿Va a vení conmigo? Mirá, se largamo junto al puerto. Ti aseguro que va a estar ma lleno que una oficial en día de gran partido.

—No; yo no voy. ¿Pa qué? Sale uno con lo astronómico reventao con la bodega rota a punta e codo. Ademá, lo chafe se la dan de linesma y lo arrempujan a uno con lo tungo...

—Sí, pero ¡qué piberío flor va a haber! ¡Altro que la hincha e Ríver!...

Yo pensé en la vuelta, en mi charole sin briyo y en la bisagra resentida, y lo dejé a Lorenzo con su alegría e día de fiesta, pa irme a tomar uno verde.

—¿Qué te pasa? — me preguntó la vieja. — Todavía te dura la canina de lo cinco a Racing?

No le contesté. Le devolví el rezongón y encendí un cigarrillo. ¿Pa qué me vi a calentar ma por Racing? Lo seguí desde el día que Hopital me regaló una de su camiseta; por él cobré y pegué biaba en lo potrero de Avellaneda; por él tengo que aguantá la cachada de todo lo muchacho del otro lao del puente... Despué del encuentro con San Lorenzo, se acabó pa mí. Si eso es Racing yo soy una bicicleta.

—No, vieja — le respondí cuando me trajo otro dulce; — yo estaba pensando en lo brasileño que van a vení. ¡Cómo lo van a aplaudir! Ni a Vele cuando lo hizo sonar a lo de Bernabé. Pero en medio de tanto entusiasmo, un pensamiento me viene a la sabeca: si entre lo de Buenos Aires y lo de Avellaneda somo ma de dociento mil faná, ¿por qué no trajeron a un cuadro carioca? ¡Eh, vieja, lo pobre también tenemo de contar pa algo...! Usté, y el jovie lo mimo, que decían que ante, pa la fiesta, siempre había palo enjabonao, sortija, asao, baile, y que venían la autoridade a presenciar la diversione, y que alguno se arremangaban y se bailaban una polquita...

—Así es...

—¿Y aura, por qué no hacen lo mismo? ¿Nosotro podemo ir a lo banquete? No podemo. ¿Nosotro podemo ir al Colón? No podemo. Nosotro no podemo ir a donde van ello. Entonce, ¿por qué no no dan algo pa que ello puedan venir donde estamo nosotro? Un partido entre brasileño y argentino, hacía falta. Ya sé que pensaron traer un cuadro de allá. ¿Y por qué no lo trajeron? ¿Por lo que dicen la autoridade furbolista? ¡Eh, muse! Y no me venga con que lo encuentro internacionale traen cosa fea. Cosa fea, ¿qué? ¿Qué nosotro hinchemo por lo nuestro? ¡Y bueno, que ello hinchen por lo de ello! Imagínese, vieja, la de cemento, negra de faná, con lo techo embanderao... Y la contentesa de don Getulio viéndolo a Waldemar, a Petronhilo y a Domingos, claro que yugándola no, pero preguntándole como le va por acá... Pero e inútil, y lo que me da ma bronca e que no puedo ver a lo que le dieron a Boca ma de un merengue. ¡Yo le iba a dar a ello, porque una cosa es en su casa y otra en la de nosotro! Me lo llevaba a lo de la barra y lo hacían alguna fea, te lo juro por el viejo, lo trincábamo a la salida!...

—¿Pero no ves, Luciano, que ibas a hacer una macana?

—E cierto, pero, ¿qué quiere? Ello la hacen allá y nosotro la hacemo acá. E la confraternidá, vieja. No queremo y no cascamo; despué cantamo junto. Claro que lo gobierno no comprenden esto, pero lo gobierno, me palpito, no podrán comprenderlo todo...

—Sí; cascamo, cascamo... ¿Viste cómo le dejaste el ojo a tu hermano?

—Hinchao. Pero a la noche fuimo junto al cine. ¿No somo hermano pa eso?

DOCE PASOS

FAMOSOS "PLAYERS" BRASILEÑOS QUE ACTUAN ENTRE NOSOTROS


Waldemar de Brito.


Bibí.


Domingos Da Guía


Moisés.


Petronhilo de Brito.

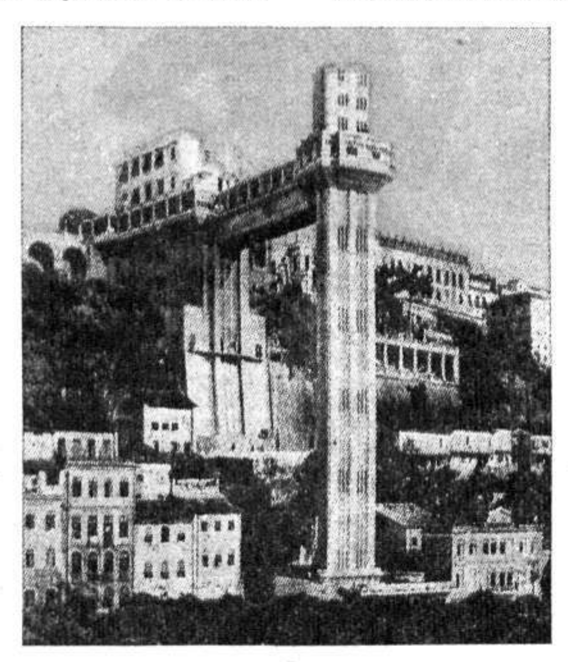
El ascensor La Cerda, de Bahía

La ciudad de Bahía, antiguamente denominada San Salvador, es una de las más admirables de la república hermana.

Ocupa una posición magnífica, sobre el cabo San Antonio, en la extremidad de la bahía de Todos los Santos.

Edificada en parte sobre el nivel del mar, donde se encuentran los barrios de negocios, y en parte sobre la meseta rocosa del cabo, lugar de las residencias y de los chalets más lujosos. Calles que serpentean, unen ambas partes de la villa.

Este sistema de tráfico constituía un serio inconveniente para las actividades de la progresista ciudad. Hacíase necesario resolver el problema. La ingeniería lo resolvió de modo elegante y definitivo.

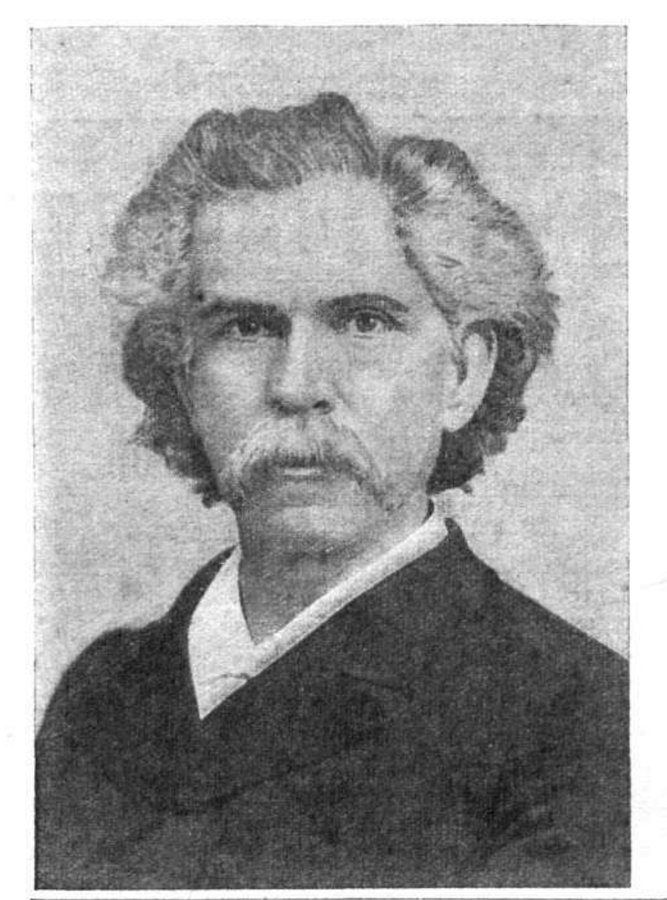


Una torre monumental, lindo adorno edilicio, fué construída.

Contiene dos ascensores modernísimos, que en pocos segundos transportan a los pasajeros a una altura de 85 metros.

La instalación de dichos aparatos ha permitido el establecimiento sobre el macizo rocoso de cafés y restaurantes, desde cuyas ventanas se ve un panorama incomparable.

La reciente catástrofe, que sumió en luto al noble pueblo brasileño, pone de actualidad esta nota. El ascensor La Cerda fué afectado poc la inundación de la hermosa ciudad.



Antonio Carlos Gomes

Este insigne músico brasileño, nació en Campinas el 14 de julio de 1839 y murió en Pará el 16 de septiembre de 1896. Desde pequeño se sintió influído por el arte de la música, pues su padre era director de música en su pueblo natal. A los veintiún años ingresó en el Conservatorio de Río de Janeiro y, al año siguiente estrenó su primera ópera, titulada "Noite do castello". Sus primeras composiciones de aliento alcanzaron grande éxito, en vista de lo cual, el emperador Pedro II lo pensionó para que se instalara en Milán, donde fué discípulo de Rossi. Allí estrenó, con igual éxito otras obras hasta que le llegó la consagración final con "El guaraní", ópera que se estrenó en el teatro Scala de Milán el 19 de marzo de 1870.

Enrique Coelho Netto

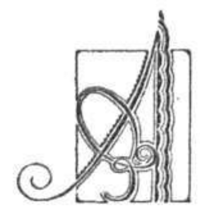


COELHO Netto, ilustre escritor brasileño, figura con justicia entre los más brillantes literatos del momento actual. Nació en Caxias en 1864. Estudió medicina y derecho y ha ocupado importantes cargos de responsabilidad en el gobierno de su país, entre ellos, la secretaría de la gobernación del estado de Río de Janeiro, etc., de la que realizó una obra patriótica y progresista. En la docencia destacóse también con firmes relieves, aumentando los prestigios de que ya gozaba por su obra literaria. Fué fundador y primer presidente de la Academia Brasileña de Letras. Coelho Netto ha ganado su reputación intelectual gracias a una obra brillante y profusa que va desde el cuento pasando por la novela y el ensayo.

Figuras de mujeres

PRIMERA PARTE

Por LA DAMA



IRE, luz deslumbradora, espacio! Hemos traspuesto con el pensamiento, la frontera que limita el dilatado territorio de nuestras naciones hermanas: la ilusión hace vibrar en nuestro oído, el canto magnífico de las cataratas del Iguazú, "en el que entonan unidos, Brasil y la Argentina, un himno de gloria y de belleza eterna..."

Hónranse hoy las páginas de esta revista argentina, evocando a grandes rasgos, a algunas mujeres ilustres de la historia del Brasil.

Viva y penetrante la mirada, que revela una clara inteligencia y aguda perspicacia, María Quiteria de Jesús Medeiros, se destaca en el escenario de la Independencia, por su patriotismo ardiente, por el temple heroico de su carácter, alentando en su corazón el anhelo fervoroso de la libertad... Los graves acontecimientos que minaran el dominio lusitano en el Brasil — corría el año de 1822 — habían preparado la reacción de los patriotas, que estalló con violencia, aclamando al príncipe Don Pedro, regente constitucional, y defensor perpetuo del Brasil. La opresión portuguesa pesaba duramente sobre el territorio de Bahía, solar en el que se levantara el hogar de María Quiteria, hija del hacendado Conçalves Almeida, hombre indiferente, cuya preocupación máxima era la de aumentar el rendimiento de sus cultivos de algodón.

—No tengo hijos que ofrecer a la causa de la libertad — decía, — y ninguno de mis esclavos puede tener interés en estas luchas.

—Verdad es que no tienes un hijo, padre mío — fué la respuesta de María Quiteria, — pero las mujeres de Bahía del Reconcavo, conocen el manejo de las armas de fuego; la misión más noble en la vida, es la de servir a la patria...

Y así lo demostró, muy pronto, la heroína venerada por el pueblo del Brasil... Incorporada al batallón de cazadores voluntarios del príncipe Don Pedro, recibía el bautizo de fuego, realizando prodigios de valor. Viste el uniforme del batallón, al que añade una falda tableada, que cubre el pantalón hasta la rodilla, imitando según ella misma lo dice, el uniforme de "highlander" que considera el más adecuado, para un traje militar femenino.

Audaz y rápida en sus decisiones, es citada reiteradas veces en los partes oficiales, y su arrojo le hace tomar parte preponderante en la empresa temeraria del Paraguassú, electrizando con su ejemplo a los soldados encargados de la defensa del río, hazaña que inspiró las épicas estrofas dedicadas a María Quiteria, por Ladislao dos Santos Tirara. A la fama de las proezas realizadas en su vida militar, une la historia el respeto y la admiración consagradas por el mismo emperador Don Pedro I, que con emoción profunda, prendió en el pecho de la heroína, la insignia de los caballeros de la Orden Imperial, otorgándole al mismo tiempo el grado de alférez del ejército de línea.

Partidaria entusiasta de la Independencia del Brasil, de la gran nación que ha rendido gratitud eterna a su memoria, fué la joven emperatriz Leopoldina de Habsburgo, archiduquesa de Austria — hermana de la archiduquesa María Luisa, emperatriz de los franceses, — llegada a los veinte años a Río de Janeiro, su nueva patria, para celebrar en ella sus bodas con el impetuoso y gallardo Don Pedro 1º.



Leopoldina de Habsburgo, archiduquesa de Austria y emperatriz del Brasil, que dignificó el trono.

A su extraordinaria elevación moral, unía la ilustre princesa una brillante inteligencia que abarcaba las más bellas manifestaciones del arte, de la cultura literaria; poetisa delicada, poliglota, su sensibilidad exquisita trasuntó en la música y la pintura, que cultivó con verdadero mérito. Regente en el año de 1822, hasta el día luctuoso de su muerte, tuvo activa actuación en la campaña libertadora; dignificó el trono, durante su gobierno, inspirando respetuosa admiración y amor entrañable a su pueblo, que valoraba la serenidad y grandeza de alma con que soportara aquella sobe-

ilustres del Brasil

D U E N D E

rana ilustre las amarguras de su vida conyugal. Mujer de estirpe espiritual extraordinaria, legó a su patria de adopción a su hijo el emperador Don Pedro II, heredero de sus grandes virtudes.

HAN corrido muchos lustros. Ocupa nuevamente el trono del imperio del Brasil una figura augusta; la princesa imperial Isabel de Braganza, regente durante la grave dolencia que aqueja a su padre Don Pedro II. Sella luminosamente la actuación de la dama ilustre — tan amada de su pueblo, — esposa del conde D'Eu, el proyecto de ley que ella auspicia, elevado por intermedio del Gabinete a las Cámaras del Brasil, el día 8 de mayo de 1888.

Rezaba aquel proyecto:

"Art. 1º — Declárase extinguida la esclavitud en el Brasil; Art. 2. — Quedan derogadas las disposiciones en contrario."

El glorioso acontecimiento se celebra jubilosamente en Buenos Aires, con una manifestación grandiosa, en la que más de cuarenta mil almas aclaman al emperador Don Pedro y a la princesa imperial regente.

Bien dice un maestro de las letras americanas: "Allá en lo hondo del alma de cada ser duermen las tendidas aguas de la memoria... toda impresión profunda, todo recuerdo, deja en ellas un rastro capaz de revivir de nuevo, convirtiéndose por mágico conjuro, en representación actual y luminosa..." (E. Rodó). Tal ha sido la impresión que me mueve a unir en estas páginas junto a las figuras inmortales en la historia de la noble nación hermana, los recuerdos de una dama argentina, que en su luminosa ancianidad, revive en estos momentos la gloria triunfal de aquel magnífico advenimiento de libertad en el Brasil, cuando su destino le otorgara — en su radiante juventud — la emocinó inolvidable de las ovaciones tributadas en Río de Janeiro a la Argentina, representada entonces ante el Imperio por uno de los propulsores más eficaces de la confraternidad de ambas naciones: el ministro Enrique B. Moreno.

Organizado en el teatro Politeama de Río de Janeiro, por la Confederación Abolicionista, el homenaje al gran estadista Dantas, jefe del histórico gabinete, en la noche del 6 de junio de 1888, la sala, colmada por aristocrática asistencia, esperaba la palabra de los oradores de la talla de Ruy Barbosa, Joaquín Nabuco y José de Patrocinio; debía cerrar los discursos el consejero Dantas, quien, profundamente conmovido al recibir el homenaje de una delegación de libertos, que le hiciera entrega de una corona de flores, expresó que "si le era dado hacer en ese instante solemne una petición a la nación brasileña, la hacía pidiendo una manifestación especial para la República Argentina, convirtiendo esa fiesta en un homenaje al representante de la gran república". Electrizado, el público se puso de pie, aclamando al ministro argentino... El senador Dantas ofreció entonces en su palco a la bellísima esposa del ministro don Enrique B. Moreno, doña Carolina Torres Cabrera, un enorme ramo de camelias blancas, símbolo, según lo expresara, "de la pureza de las damas argentinas y de la grandeza de su patria". La dama argentina tuvo entonces un gesto muy femenino; eligiendo una camelia del ramo, la prendió en la solapa del frac del senador Dantas, con uno de los alfileres de diamantes que brillaban entre los encajes de su elegante corpiño; gentileza que fué saludada con una salva de aplausos y vítores a la Argentina.

"Emociones, armonías, palabras, duermen en el depósito inmenso de las tendidas aguas de la memoria, pero guardan su turno, para resurgir nítidas, como imagen animada del pasado..."

La Dama Duende

María Quiteria de Jesús Medeiros, que se destacó durante la lucha por la Independencia.

Nota. — En el próximo número, mencionará la crónica de La Dama Duende, a las figuras de Julia Lópes de Almeida, Bertha Lutz, Ana Amelia Carneiro Celso de Mendonça, etc.

El último palacio de Pedro II

El día 15 de noviembre de 1889 el emperador Don Pedro II y su familia recibieron la orden de abandonar el país.

A pesar de todo, el pueblo brasileño veneraba a su anciano monarca. Las necesidades de una democracia noble imponían aquella medida extrema, pero cumplida de manera cortés.

En el mundo científico tenía Don Pedro II una bien adquirida fama, lo mismo que en las esferas del arte musical. Pocos soberanos podían igualársele, desde esos puntos de vista.

En tal ocasión, el sabio soberano supo demostrar el cariño que tenía a su patria. Le conmovía "o dor da despedida". Indudablemente, la pérdida de la corona fué menos profunda que su duelo de patriota obligado al abandono de la tierra bienamada.



Fachada del palacio de Petrópolis.

Tenía sesenta y cuatro años.

El palacio de Petrópolis, donde residió por última vez, convirtióse luego en una escuela, regenteada por lazaristas belgas. Ese edificio recibió la visita del rey Alberto I y de la reina Elisabeth, de Bélgica.

Don Pedro II murió en París el 18 de diciembre de 1891, añorando la patria distante. Ya está todo olvidado, y la memoria del emperador produce en los corazones brasileños una emoción intensa.



Estatua de Don Pedro, levantada por suscripción nacional.

Una maravillosa transformación edilicia

TODAS las ciudades brasileñas han seguido el ejemplo de su metrópoli al rivalizar en sus planes de mejoramiento edilicio. San Pablo, Santos, Bahía y demás emporios de la riqueza nacional han realizado verdaderos prodigios, notables adelantos en su fisonomía general.

Ya se conocen las obras de engrandecimiento que Río supo llevar a cabo sin amilanarse ante las masas montañosas que le privaban de aire.



La calle Río Branco, de Curitiba, antiguamente.

Menos conocidas son las que hicieron otras villas de menor importancia.

Un ejemplo de actividad incansable y progresista lo ofrece, entre otras, la ciudad de Curitiba, foco comercial e intelectual del estado de Paraná.

Véanse las dos fotos que ilustran esta nota, representando dos aspectos de un mismo sitio: la calle Barón de Río Branco.

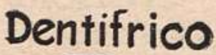
La antigua arteria tenía a principio de siglo toda la apariencia de una construcción provinciana pobre. Puede decirse que era un descampado, con pretensiones de calle.

Pues bien, la segunda foto, tomada actualmente, parece reproducir la vista de una vía digna de las mejores ciudades americanas.

Igual que en Curitiba, lo repetimos, todo el Brasil transforma sus calles y plazas. Este movimiento habla en elogio de la cultura y del poderío de la gran nación, cuyo progreso constante se prodiga en todos los órdenes, y, en especial, en lo que atañe al aspecto edilicio.



La misma arteria, en la actualidad.



Dubarry

— limpia
— desinfecta
— desodora
— perfuma

Regalamos

con cada Tubo Gigante de Dentífrico Dubarry bonitas "bijouteries", distintivos, cepillos, etc.

Elija el Dentífrico Dubarry en la pasta más grata a su paladar, pues ambas poseen las mismas virtudes higienizadoras y profilácticas.

Tubo Gigante (con un regalo), 1.70
Tubo tamaño común, 0.70



BUENOS AIRES, 18 DE MAYO DE 1935
AÑO XXXVIII • NUM. 1911

Caras y Caretas

JOSE S. ALVAREZ, Fundador



Espléndida fotografía nocturna de la gran capital carioca, donde resalta la magnificencia de su hermosura natural.

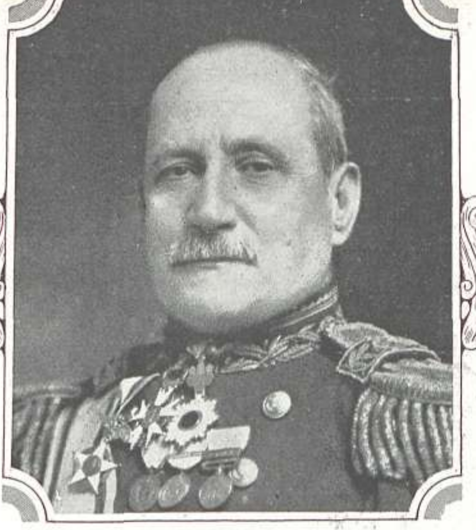


El doctor Getulio Vargas y su señorita hija

El primer mandatario de los Estados Unidos del Brasil es cariñosamente recibido por su gentil hija, a su vuelta de uno de sus frecuentes viajes al norte del país.



General de división Tomás Martínez, presidente del Círculo Militar.

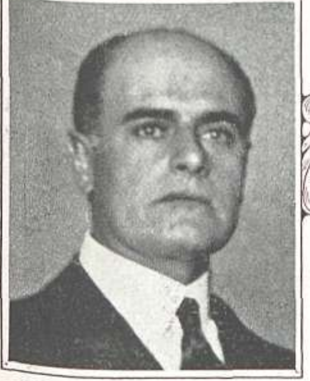


Almirante Manuel Domecq García, presidente de la Comisión de Recepción.



Capitán de navío Francisco Lajous, presidente del Centro Naval.

COMISION DE RECEPCION AL PRESIDENTE DEL BRASIL



Señor Félix de Alzaga Unzué, presidente del Jockey Club.

UNA prestigiosa comisión de caballeros tiene a su cargo la organización de los agasajos en honor del ilustre huésped de la nación hermana. Tarea compleja y delicada que obliga a los caballeros, cuyas fotografías publicamos, a dedicarse por entero a ella, de donde ha de resultar que la labor en parte cumplida será brillante y a todas luces completa. El programa de agasajos comprende una serie de actos sumamente lucidos, merced a los cuales el primer magistrado del Brasil podrá comprobar de cerca cuánto es el cariño y el afecto que él y su patria despiertan en el espíritu argentino de hoy.

Señor Pedro Nazar Anchorena, presidente del Club del Progreso.



Señor Alejandro C. Leloir, vicecomodoro del Yacht Club Argentino.

Señor Augusto de Muro, vicepresidente del Círculo de la Prensa.





Señor Celedonio Pereda (hijo)

El palacio Pereda, donde se alojará



Magnífica rotonda del suntuoso "hall", ostentando rica tapicería flamenca y hermosos gobelinos antiguos.

Señora María Girado de Pereda, que cedió gentilmente su palacio.

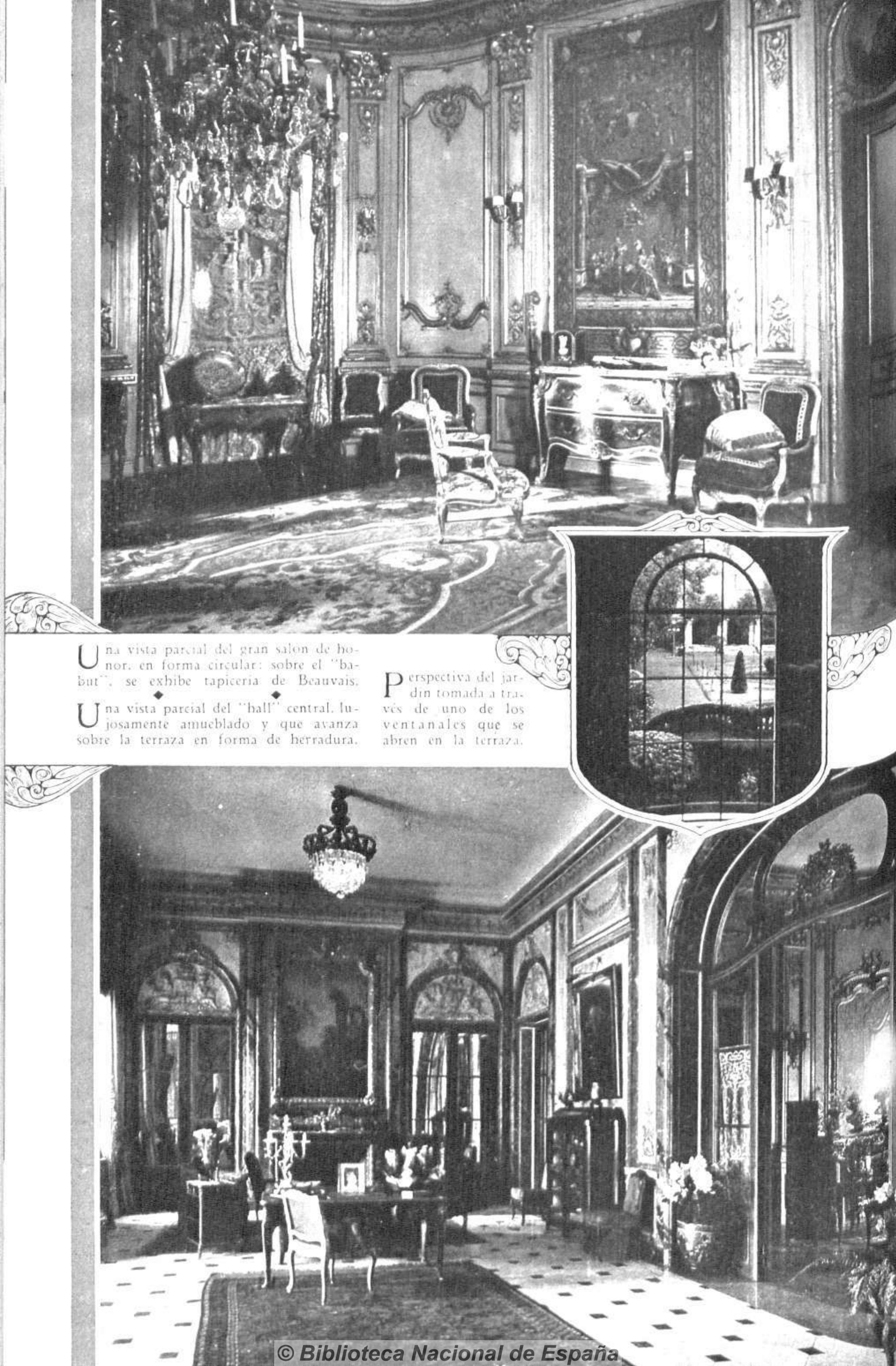
el ilustre presidente del Brasil



Don Celedonio Pereda, propietario del suntuoso palacio.

♥

Rincón del "hall", donde puede verse una vitrina en la que se conservan valiosas piezas de porcelana japonesa.



Una vista parcial del gran salon de honor, en forma circular: sobre el "babut", se exhibe tapiceria de Beauvais.

Una vista parcial del "hall" central, lujosamente amueblado y que avanza sobre la terraza en forma de herradura.

Perspectiva del jardin tomada a través de uno de los ventanales que se abren en la terraza.

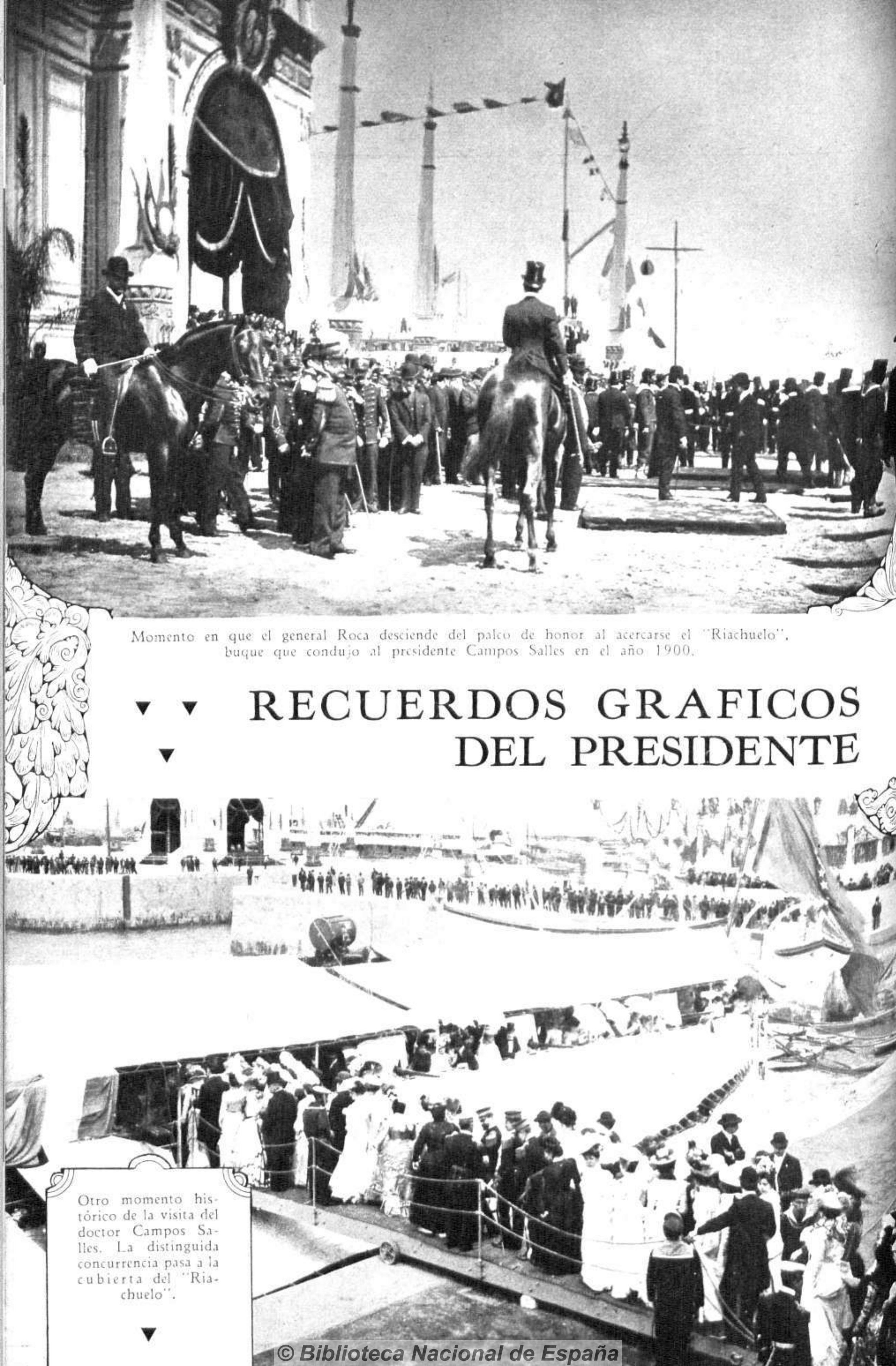


Señora María Adela Ayarragaray de Pereda.

El magnífico comedor, estilo Regencia, revestido enteramente por ricas maderas talladas artísticamente.

◆ ◆

Lujoso salón de música cubierto con ricos tapices de Flandes y adornado con muebles franceses de época.



Momento en que el general Roca desciende del palco de honor al acercarse el "Riachuelo", buque que condujo al presidente Campos Salles en el año 1900.

RECUERDOS GRAFICOS DEL PRESIDENTE

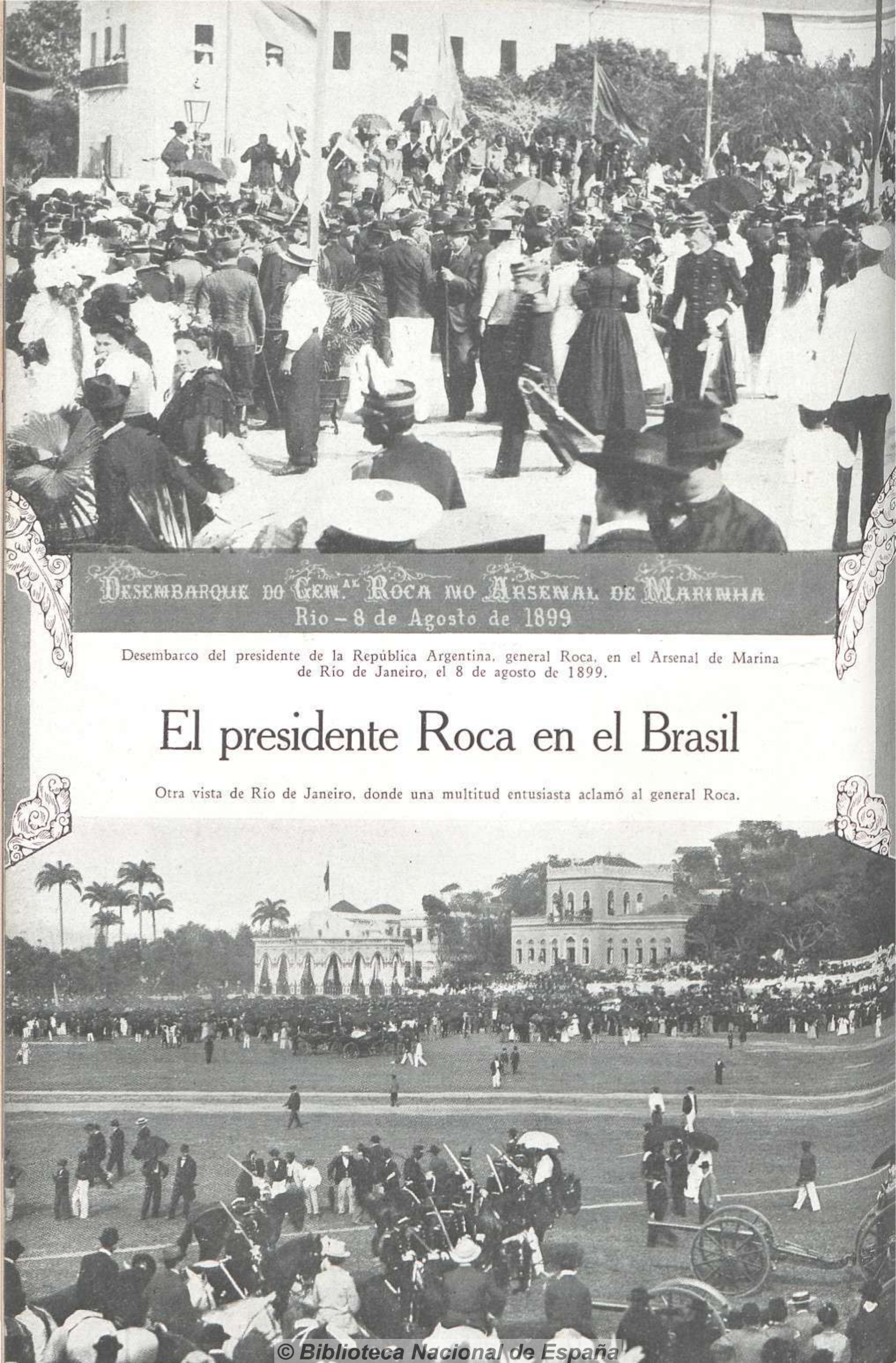
Otro momento histórico de la visita del doctor Campos Salles. La distinguida concurrencia pasa a la cubierta del "Riachuelo".

Aspecto parcial del nutrido público en los palcos construidos ex profeso, esperando la llegada del presidente brasileño.

DE LA HISTORICA VISITA CAMPOS SALLES



Vista general del Hipódromo durante la carrera del Gran Premio Internacional, celebrada brillantemente en aquella memorable ocasión.



Desembarco del presidente de la República Argentina, general Roca, en el Arsenal de Marina de Río de Janeiro, el 8 de agosto de 1899.

El presidente Roca en el Brasil

Otra vista de Río de Janeiro, donde una multitud entusiasta aclamó al general Roca.



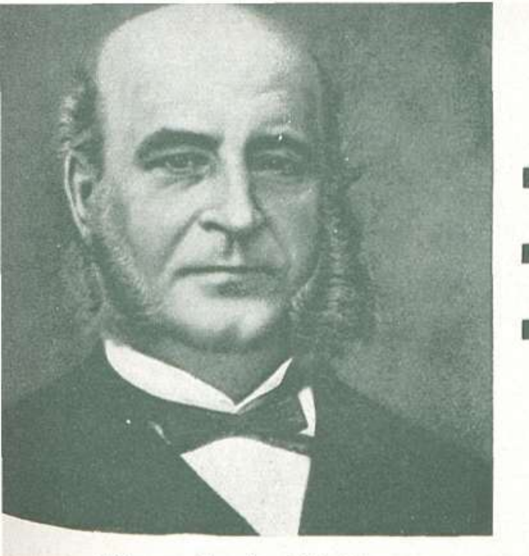
La esposa y los hijos del mandatario brasileño

En esta foto aparecen la señora esposa y los hijos del doctor Getulio Vargas en un acto público donde el Presidente fué ovacionado por la muchedumbre.



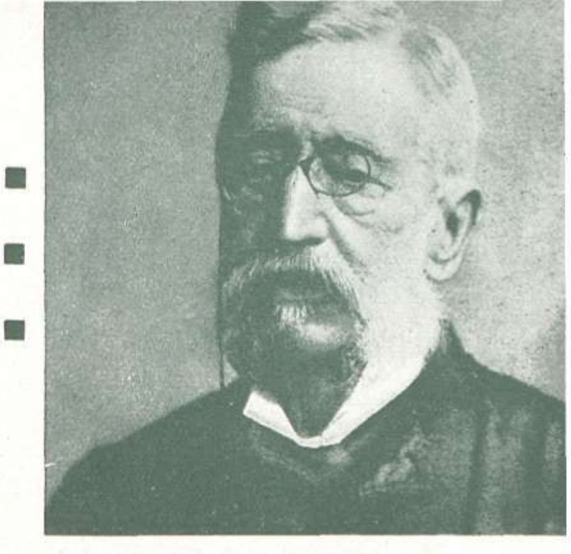
El Presidente del Brasil, a bordo de la "Sarmiento"

El doctor Getulio Vargas es recibido a bordo de la "Sarmiento" con los honores de Presidente, durante uno de los últimos viajes de nuestro buque escuela.



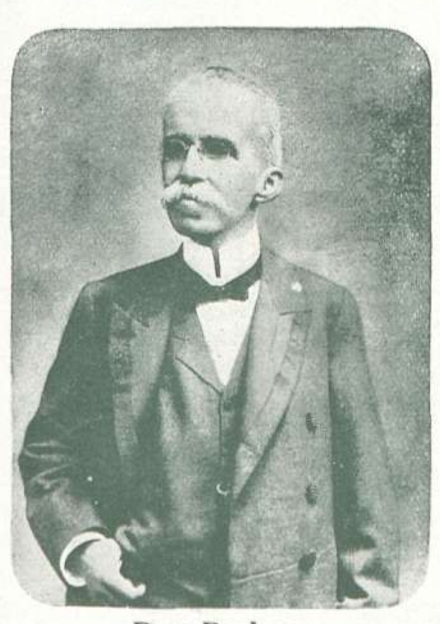
Vizconde de Río Branco

Uno de los más grandes estadistas del Brasil. Su nombre adquirió mayor realce con la ley del 28 de septiembre de 1871. Siempre ejerció notable acción en la vida de su país.



Vizconde de Ouro Preto

Jurisconsulto y hombre de estado, tuvo poderosa influencia sobre la política del imperio. Diputado, senador, ministro y presidente del Consejo. Gran patriota.



Ruy Barbosa

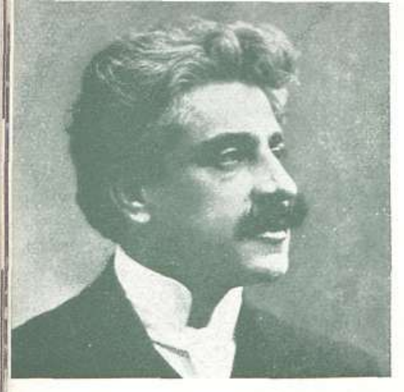
Notable publicista y elocuente orador. Fué ministro de Hacienda del Gobierno Provisional, al proclamarse la república.



Barón de Río Branco

Durante tres períodos presidenciales tuvo a su cargo la cartera de Relaciones Exteriores. Prestigiosa figura política.

Los grandes constructores de la nación brasileña



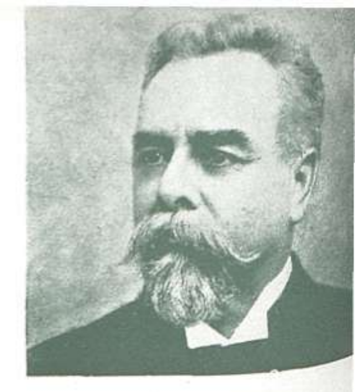
Osvaldo Cruz

Un sabio de inolvidable memoria. Director de la Sanidad Pública, logró extinguir la fiebre amarilla en Río. Fundó el Instituto Maguinhos. Su renombre es mundial.



Deodoro da Fonseca

Merced a sus eminentes condiciones obtuvo los más altos puestos en el ejército nacional. Proclamada la república, fué designado jefe del Gobierno Provisorio. Su nombre es venerado por sus compatriotas.



Campos Salles

Uno de los fundadores de la república. Encargóse del ministerio de Justicia, en el gobierno provisorio. Senador, presidente del estado de San Pablo y luego presidente del Brasil.



Barón de Macahubas

Insigne pedagogo, que fundó en Bahía el Gimnasio Bahiano, y después el Colegio Abilio de Río de Janeiro y de Barbacena. Su memoria es profundamente venerada.



José de Alencar

Novelista y político. Ocupó la senaduría del imperio, representando la provincia de Ceará; luego fué varias veces ministro de estado. Como literato y estadista tiene fama en su patria.



Marqués de Paranaguá

Político austero de la época imperial. Senador, representante de Piauhy, desempeñó cargos ministeriales y la presidencia del Consejo. Siempre estuvo rodeado de alto aprecio y veneración.



Lafayette Rodrigues Pereira

Abogado, estadista y diplomático, que tuvo gran nombradía en esas fases de la vida pública. Diputado, senador, ministro, etc.



Prudente de Moraes

Senador y presidente de San Pablo, llegó a la presidencia de la república, donde realizó un mandato de probidad y justicia. Está conceptuado como un notable estadista.



Francisco Pereira Passos

Ingeniero emprendedor y enérgico, a quien estuvo confiada la dirección de la "Estrada da Ferro do Brasil".



Santos Dumont

Fué el precursor de los dirigibles y de los aeroplanos. Gloria excelsa del Brasil, su nombre y sus hazañas son famosos en todo el mundo. Puso al servicio del ideal perseguido su patriotismo.



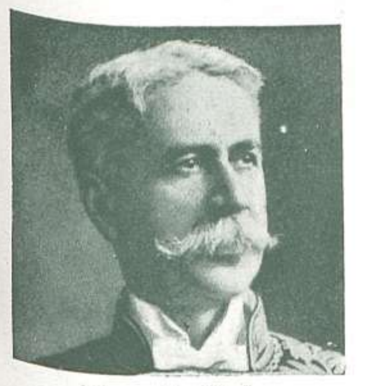
Mariscal H. da Fonseca

Perteneciente a una noble familia de militares, escaló merecidamente los altos puestos del ejército. Tras una gestión distinguida en el ministerio de Guerra, fué elegido presidente de la república.



Lauro Muller

Diputado al Congreso Constituyente de 1891, senador por Santa Catalina, ministro de Comunicaciones y de Relaciones Exteriores. Fué uno de los signatarios del pacto del A. B. C.



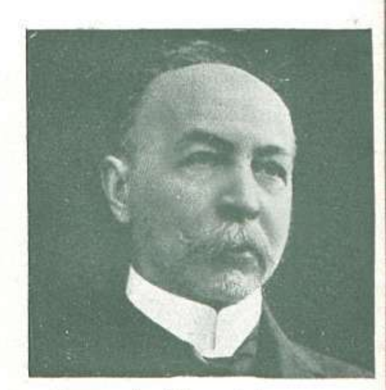
Joaquín Nabuco

Orador de gran elocuencia, paladín de la campaña abolicionista de la esclavitud, literato eminente, el antiguo político de la monarquía representó al nuevo régimen en Wáshington.



Rodrigues Alves

Al advenimiento de la democracia, púsose a su servicio. Había sido un político influyente monárquico. Ministro de la República y presidente de San Pablo, subió a la primera magistratura.



Joaquín Murtinho

Eminente médico y financiero, representó en la alta Cámara al estado de Matto Grosso. El presidente confióle la cartera de Comunicaciones y luego la de Hacienda.



Wenceslao Braz

Diputado nacional, presidente de Minas Geraes y vicepresidente del Brasil, en el período de 1914 - 1918, ha servido a su país con patriotismo y eficaz dedicación.



Alfonso Penna

Diputado y ministro en los tiempos imperiales, la República le confió la presidencia de Minas Geraes y, por último, la de toda la nación. Mereció el respeto de sus conciudadanos.



Nilo Peçanha

Apóstol de la República y diputado al Congreso Constituyente de 1891, fué ministro de Relaciones Exteriores, vicepresidente y presidente de la nación.



ROSALINA COELHO LISBOA

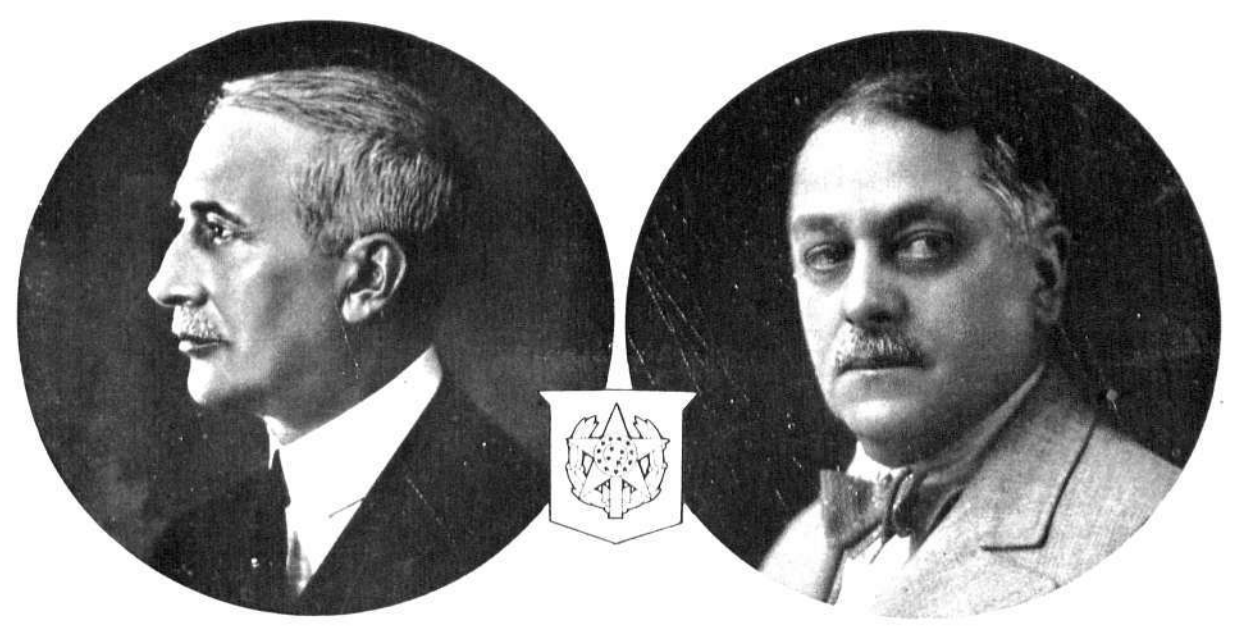
♥

La gran escritora brasileña, en su artículo "El hombre bandera del Brasil moderno", que publicamos en este número, confirma el vigor de su pensamiento y la gallardía de su pluma.

EN vuestra Buenos Aires, argentinos, los paladines de la revolución brasileña encontraron, mil veces, en su destierro, estímulo para soñar y trabajo para vivir. Recibid ahora, en triunfo, al batallador, a cuya victoria contribuisteis indirectamente. Recibidlo con vuestros corazones y vuestras conciencias, porque por su presencia, en verdad, os hablarán los corazones y las conciencias de cuarenta y tres millones de brasileños. Recibidlo como un idealista en cuyo ideal os reconoceréis un poco a ese Presidente del pueblo de cuyo sacrificio voluntario se formó el Brasil "fuerte para ser libre, armado para ser justo y rico para ser generoso".

El acorazado "Sao Paulo"

Una de las naves más poderosas y modernas de la escuadra brasileña, a cuyo bordo viaja S. E. el Presidente del país hermano, doctor Getulio Vargas, con su brillante comitiva.



Dr. Antonio Carlos Ribeiro de Andrada

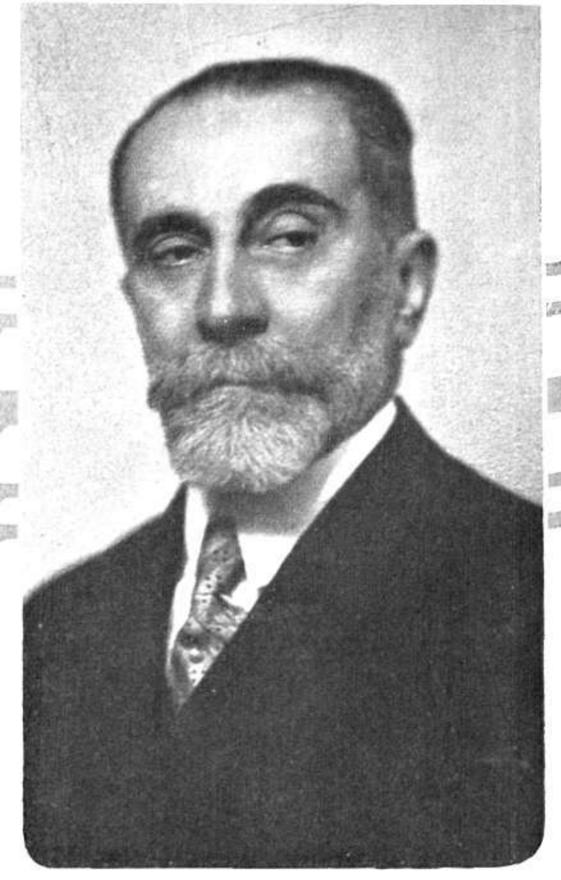
Presidente del estado de Minas Geraes, de la Asamblea Constituyente y de la Cámara de Diputados, y mandatario provisional del Brasil durante la ausencia del doctor Vargas.

Doctor José Carlos Macedo Soares

Ministro de Relaciones Exteriores del Brasil, que acompaña al Presidente, doctor Getulio Vargas. Es uno de los más reputados hombres públicos de la nación hermana.



Señora Corina Lafayette de Andrada e Silva, esposa del representante diplomático.



Doctor José Bonifacio de Andrada e Silva, embajador de los Estados Unidos del Brasil.

La EMBAJADA *del* BRASIL *en la* ARGENTINA





Doctor Protasio Baptista Gonçalves, primer secretario de la Embajada.

Señora Manuela M. Centeno de Gonçalves, esposa del primer secretario.



Olympia Caminha Medeiros do Paço.

Señor Trajano Medeiros do Paço, primer secretario de la Embajada.

Señora Virginia Quartin de Miranda Leitao da Cunha.

Doctor Vasco Tristao Leitao da Cunha, secretario de la Embajada.

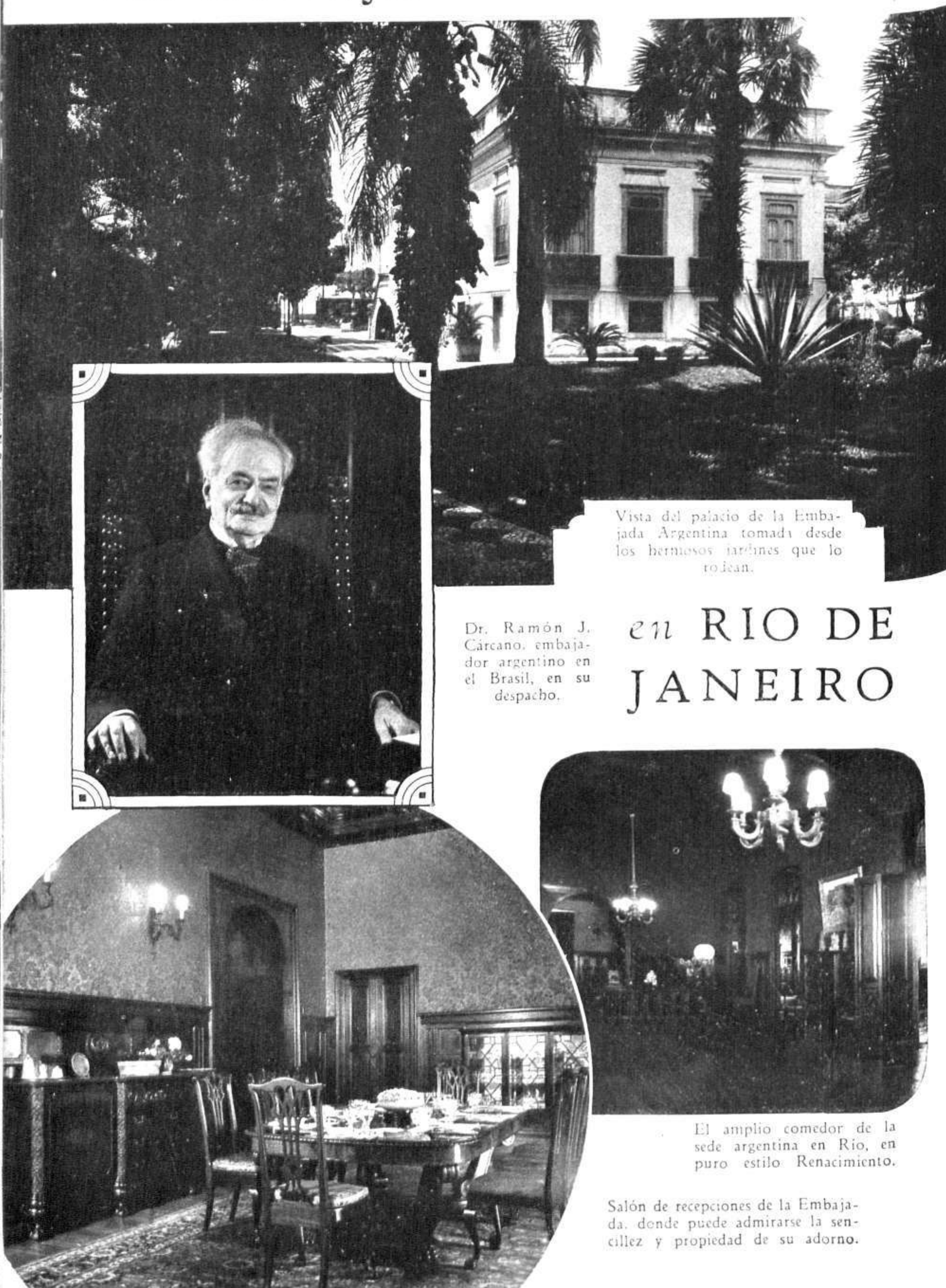


Señora Vera Belford de Leite Ribeiro.



Señor Orlando Leite Ribeiro, secretario de la Embajada.

LA EMBAJADA ARGENTINA



Vista del palacio de la Embajada Argentina tomada desde los hermosos jardines que lo rodean.

Dr. Ramón J. Cárcano, embajador argentino en el Brasil, en su despacho.

en RIO DE JANEIRO

El amplio comedor de la sede argentina en Rio, en puro estilo Renacimiento.

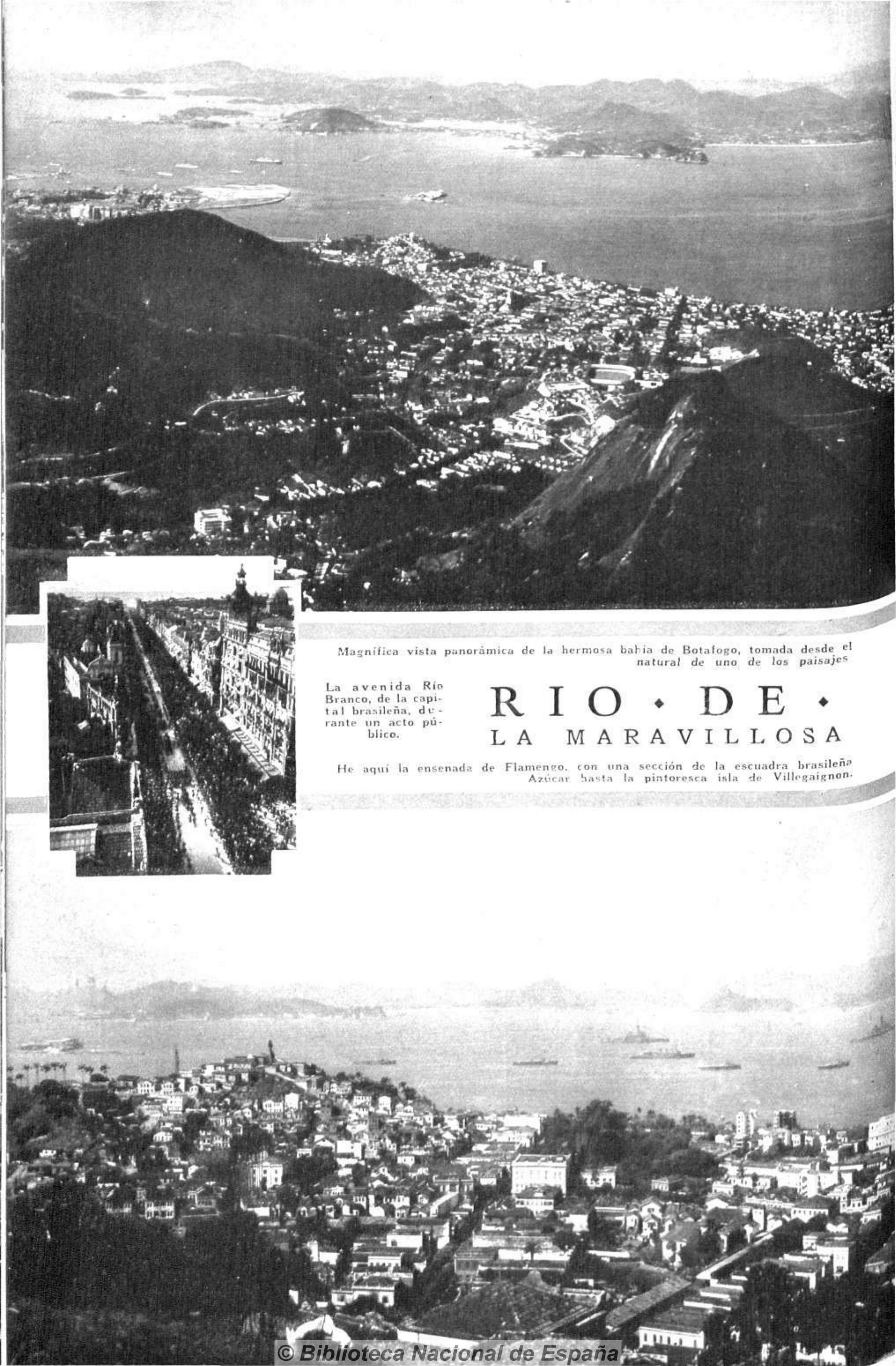
Salón de recepciones de la Embajada, donde puede admirarse la sencillez y propiedad de su adorno.



La señora Carolina Torres Cabrera de Moreno en la época en que su esposo, el doctor Enrique B. Moreno, era ministro de la Argentina en Río de Janeiro. En las páginas de texto publicamos el reportaje hecho a la distinguida dama por Consuelo M. de Dupuy de Lome.

UNA DAMA ARGENTINA QUE CONOCIO AL ULTIMO EMPERADOR DEL BRASIL

La señora de Moreno en la actualidad.



Magnífica vista panorámica de la hermosa bahia de Botafogo, tomada desde el natural de uno de los paisajes

La avenida Río Branco, de la capital brasileña, durante un acto público.

RIO · DE ·
LA MARAVILLOSA

He aquí la ensenada de Flamengo, con una sección de la escuadra brasileña Azúcar hasta la pintoresca isla de Villegaignon.

cerro Corcovado, donde puede admirarse en todo su esplendor la maravilla más encantadores de la tierra.

JANEIRO
CAPITAL BRASILEÑA

fondeada. La famosa bahía, célebre por su belleza, abarca desde el Pan de A la izquierda se levanta el palacio de Cattete.

Perspectiva parcial de uno de los estupendos jardines que bordean la bahía de Río.

Figuras representativas del arte brasileño



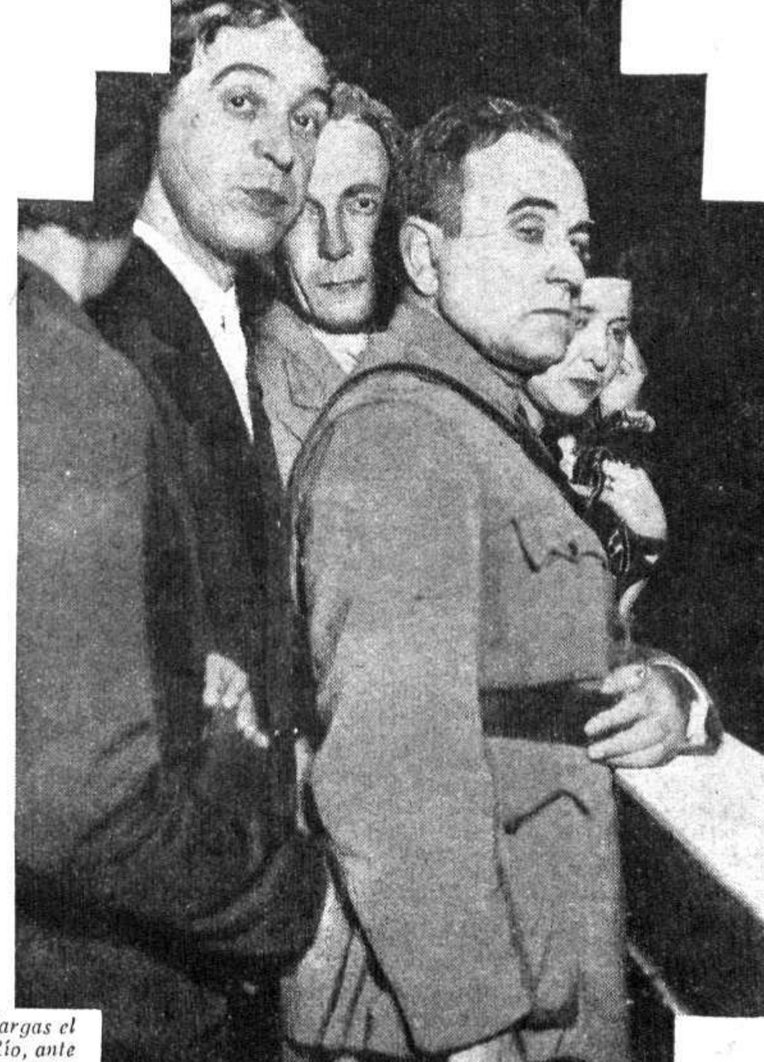
Señora Julieta Telles de Menezes, distinguida cantante brasileña, que ha triunfado en el *arte lírico*, y su señorita hija, Yeda Telles de Menezes, que en 1932 fué consagrada Miss Brasil, en París.

♥

Héctor Villa-Lobos, el eminente músico brasileño, compositor y director de orquesta, que ha dado con éxito brillante un hermoso *concierto en el teatro Colón.*

SU personalidad escapa a toda suposición, aun a la de quienes alguna vez lo vieron. — No es un hombre político en el sentido corriente del vocablo. — Tiene un culto curioso: la extremada sencillez. — Posee un concepto muy personal de la democracia, y tras su apariencia permanente de hombre dulce, está en toda su potencia la garra del caudillo. — Trabaja en el histórico palacio de Cattete como si estuviera en la casa más humilde de Río.

▽ ▽



El doctor Getulio Vargas el día de la caída de Río, ante la muchedumbre, triunfante.

Cómo es el presidente del Brasil, doctor Getulio Vargas

Por J. M. ESPIGARES MORENO

▽ ▽



Yo no había visto nunca al doctor Getulio Vargas. Solamente tenía de él la noción de lo que representaba como presidente provisional del Brasil, y sobre todo, la impresión poderosa y conmovedora de lo que hizo como revolucionario en las jornadas convulsas que precedieron a la caída de Wáshington Luis.

Sólo el hombre más recio, de capacidad más múltiple de su generación y de su país podía haber realizado la obra temeraria, casi inverosímil, de sacudir íntegramente a un pueblo de cuarenta millones de habitantes, de desgarrar la entraña nacionalista haciéndole aventar el tradicionalismo político, de conmover a cada uno de los habitantes que pueblan la fantástica ex-



Durante la campaña revolucionaria a su paso por una estación.

tensión de los ocho millones de kilómetros de su territorio, de conciliar, en una aspiración común, los sentimientos diversos y opuestos de los nativos del mar, de la montaña, de la selva, de la llanura, de esa geografía tan exuberante, tan exótica, tan multiforme que parece un parto cósmico de belleza bravía. Resabios hondos del viejo imperio, pasiones bajas de las razas aborígenes, inquietudes incisivas de las generaciones nuevas candentes al rojo vivo en un crisol bullente de espíritus atávicos, de sensualismos tropicales, de ambiciones torturantes, todo eso formaba la latencia prerrevolucionaria del Brasil cuando en el vasto escenario de la lucha sostenida y sangrienta, ora como las antiguas montoneras, ora como las vanguardias de las guerras ultramodernas, se yergue la figura del doctor Getulio Vargas, el único hombre entre los cuarenta millones de sus conciudadanos que puede aspirar a transformar la visión política de su patria y el único hombre en quien todos los brasileños confían.

Forzosamente debía tener el doctor Vargas, para quien no lo había visto jamás, prestancia de héroe de leyenda, aureola bizarra de paladín invencible, hasta el tipo físico que la imaginación concede por su alcurnia de bravura y de heroísmo a todos los hombres que han resumido en sí mismos la herencia de gloria de su tierra.

Con la sensación de estos acontecimientos estaba yo en presencia del momento en que iba a verlo por primera vez.

Era una mañana plácida de la campiña carioca. Esperábamos en Dos Affonsos la llegada del "Graf Zeppelin", en el cual viajaba de regreso de su largo viaje por el norte. Generales y figuras ilustres de la revolución aguardaban con visible ansiedad el arribo de la gloriosa aeronave alemana.

El presidente provisional del Brasil te-tenía allí ambiente de verdadera apoteosis.

Cuando la barquilla del dirigible estaba casi a flor de tierra, estalló un clamoreo escalofriante. La multitud tenía, en su exaltación, movimiento de vuelo. De pronto se hizo un silencio que



En el Cattete, el día del triunfo de la revolución.

parecía angustioso por lo rápidamente contenido, y apareció en la planchada un hombrecito pequeño, con un simple traje de brin blanco, sonriendo dulcemente.

Era el hombre más grande del Brasil: ¡Getulio Vargas!

Las sensaciones que percibirá Buenos Aires

La visita de un hombre de Estado a un país extraño, sobre todo si es el jefe del gobierno de un pueblo, tiene siempre proyecciones de acontecimiento histórico, de suceso sensacional. La masa del público no sabe definir sus impresiones, pero se siente arrastrada por la popularidad del visitante; lo arrebata la grandeza de la figura; lo conmueve hasta los tuétanos la majestuosidad del personaje.

Ese personaje representa no sólo a un pueblo, a una nación, a un estado, sino que, además, se representa a sí mimo con la imponencia de su continente, con la gallardía de su porte o con el sentimiento de veneración o de respeto que inspira. Buenos Aires no sentirá ninguna de esas sensaciones cuando nos visite Getulio Vargas.

Lo conmoverá un sentimiento mucho más hondo y más diverso y más importante que todos aquellos: sentirá una profunda simpatía efectiva, auténtica, el despertar de un cariño perfecto y fácil por la figura del presidente constitucional del Brasil, el cual deja en el corazón del pueblo dos impresiones fuertes, inolvidables, fascinadoras: su extremada sencillez y su candorosa sonrisa.

La mitad de la personalidad de este hombre está iluminada y descripta con su sonrisa.

Cuando el pueblo argentino vea sonreír juntos a los dos presidentes en las calles de Buenos Aires como yo los vi en las de Río, se enorgullecerá de la sonrisa filosófica del general Justo y se encantará con la sonrisa casi infantil del doctor Vargas.

Por lo visto, con diversos estados de alma y por distintos caminos se puede llegar al mismo sitio. Pero a condición de ser el elegido por el destino.

Getulio Vargas, figura democrática, trabaja en un palacio imperial

El doctor Getulio Vargas ha podido realizar la transformación política de su país, empresa de por sí harto ardua, de complejidad abrumadora, cuyos resultados, lentos pero seguros, pueden ser el mejor índice de su voluntad y de su acción.

Pero no ha podido transformar algo que es la esencia misma del pasado con la cual tiene que convivir a pesar de su modalidad totalmente diferente.

Tiene su despacho oficial en el palacio Cattete, y la tradición le señala y le obliga a tener su domicilio de presidente constitucional de los Estados Unidos del Brasil en el palacio Guanabara.

Pero nadie, sino quienes han podido pasear su asombro bajo los severos artesonados, puede tener noción de lo que es en el suelo sencillo de una democracia la opulencia de estas mansiones suntuosas. Son, como dijo felizmente nuestro canciller, el doctor Saavedra Lamas, consecuencia preciosa de las repúblicas que antes han sido imperios.

He ahí entonces cómo un hombre que jugó la vida de una nación en aras de sus sentimientos limpiamente democráticos y que ha exhibido siempre, ante propios y extraños, la ultra sencillez de su vida y de su temperamento, tiene que avenirse con la opulencia de un pasado imperial que no morirá nunca en la obra permanente del arte y en la sugestión poderosa de su existencia.

El contraste lo sentí yo, fuertemente, la tarde que me recibió en el histórico palacio del despacho presidencial.

Tiene temperatura de imperio. Para ver a Getulio Vargas hay que pasar antes por entre la doble guardia de dragones de la Independencia, unos coraceros imponentes cuyas corazas despiden resplandores de sus pechos, como si fueran estatuas de Marte.

Allí en el interior fresco y sombrío del palacio está el espíritu ya inmortal del barón de Cattete.

Y está también el de Getulio Vargas. Sólo que uno se advierte — parece advertirse, — se siente en la existencia real y palpable de los muros, de las decoraciones, de los tapices, de los muebles, de la arquitectura, de eso misterioso e irreal que sentimos vagar en el ambiente cuyo aire respiramos.



Y el otro está en la sonrisa, en la mano ancha y cordial, en la mirada con que sale a recibirnos el presidente.

El parece querer expresar con esa sonrisa a veces descriptiva:

— Todo esto, la magnificencia, la majestuosidad que ustedes ven aquí, es nuestro pasado naturalmente glorioso. No se preocupen. Esto no cuenta para nuestras luchas democráticas actuales.

Porque el presidente Vargas se pasea bajo las bóvedas imponentes que vieron tantas ceremonias reales, en traje de "Palm Beach".

Y no deja por eso de venerar al barón de Cattete.

Tiene el doctor Vargas una sencillez realmente extremada

Es un hombre tan simplemente sencillo que, algunas veces, ofrece contrastes que parecen violentos.

Una tarde, excepcional para su tarea, pude comprobarlo.

La ciudad estaba tocada por esa influencia contagiosa del ceremonial oficial con motivo de la visita del general Justo. Una hora después debían firmarse los tratados en el palacio Ytamaraty, a cuya ceremonia debía asistir también el doctor Vargas. Se trataba nada menos que de una de las ceremonias más trascendentales y más impresionantes de las celebradas en los últimos tiempos en el continente.

Tarea difícil y también para muchos imposible era ver en aquellas circunstancias al presidente brasileño.

El ceremonial del palacio Cattete se había duplicado con ese motivo. Las guardias palaciegas lucían sus uniformes tradicionales de gala. Las fuerzas de la custodia, de rigurosa gala también, complementaban la rígida solemnidad del conjunto.

Adentro, ahogando los pasos cuidadosos de los severos funcionarios, las espesas alfombras de tonos obscuros, de esos matices en que el color toma jerarquía de aristocracia, eran como un reflejo de las joyas de los techos y de los muros.

Los edecanes de la casa civil y militar, dejaban al pasar, apresurados y ceremoniosos, un perfume y una impresión sugeridora de grandeza pasada y presente.

Sólo el presidente de la Nación, el jefe vencedor de la revolución, apareció de otra manera.

Los antiguos arquitectos reales idearon, dentro del tono general de la arquitectura, una gran puerta que da a un "hall" de honor, capaz de superar la concepción de las más ricas filigranas. ¿Cómo podía ser más perfecta la sensación de realidad al contemplarla? ¿Pensando que es real o pintada? Soñada, acaso.

En el instante singular de estas impresiones, en medio de aquel escenario de sobria fastuosidad, por aquella puerta sale el doctor Getulio Vargas, con un traje claro de calle, como el traje de cualquier buen ciudadano carioca, andando despacio, ufano, mostrando detrás del suave gesto sonriente la doble fila perlificada de dientes perfectos.

Y me saluda con natural afabilidad, sin ceremonia, con llaneza que yo calificaría de criolla, como si estuviera a muchos siglos de distancia del acto trascendente de aquel día y a muchas leguas del palacio, a una eternidad de ausencia de la presidencia de la Nación.

Sin embargo, en aquel preciso momento, su país estaba pendiente de él, y los ojos del continente se volvían también para contemplarlo...

Cómo deseaba realizar su anunciado viaje a Buenos Aires

PERO su apariencia es perfectamente contraria a su fuero interno. Ofrece el milagro de estar presente aparentando estar distante. Su facultad de percepción, de sensibilidad, de comprensión obran en él con matemática docilidad. Conoce y siente la política de su país y su vida y sus aspiraciones y sus problemas y sus panoramas morales como nadie puede sospecharlo.

Tiene todas las condiciones del estadista con las virtudes del caudillo.

Ultimamente lo dominaba una obsesión, no por ambición, sino por pudor. Un día yo le pregunté en tono puramente confidencial, haciéndole completa exclusión de mi voracidad de periodista, qué cosa se oponía a que él fijara la fecha de su visita a Buenos Aires. Y entonces él me contestó con toda claridad y toda sencillez:

— Yo, personalmente, no sé cuándo iré a Buenos Aires; puede ser quizá en cualquier momento. No sé tampoco quién retribuirá la visita del presidente Justo en su condición de presidente del Brasil. Lo único que sé es que el presidente del Brasil cumplirá con ese grato deber. Yo desearía ese honor para mí, pero para eso es necesario que yo sea presidente constitucional del Brasil.

Quería venir a Buenos Aires en las mismas condiciones constitucionales en que fué Justo a Río.

No deseaba que el pueblo de Buenos Aires lo aplauda como a un revolucionario vencedor, sino que lo reciba como a un presidente americano.

Getulio Vargas no es un caudillo político

GETULIO Vargas, gaucho de origen, hijo acendrado del pueblito fronterizo de Itaquí, no es político. La política no le interesó nunca; no le seduce ahora. No está afiliado a ningún partido; no es ni radical, ni conservador, ni socialista, ni fascista, ni comunista. Es por sobre todas las cosas un brasileño fervoroso. Un brasileño muy a su manera; un brasileño como lo exigen los tiempos revolucionarios de ahora, con esta necesidad cada vez más creciente de la renovación total de valores, con la imposición de ideales nuevos, con la aplicación de energías que en otro tiempo habrían parecido aventuradas.

El mismo me lo explicó con afanosa claridad en circunstancias en que aparecía tal como es:

— Muchas veces — me decía — no somos responsables los hombres de la necesidad inminente de transformar, de desgarrar, de ahondar en la entraña misma de la antigua sociedad política para levantar después la obra y la era de concordia y de pacifismo que necesitan los pueblos para vivir y desarrollarse.

Cuando el presidente Vargas habla de la revolución de su patria, no toma ninguna actitud distinta a la que emplea para hablar de cosas superficiales.

Y le place decir, afirmar, que esa revolución, con sus mayores o menores responsabilidades no puede ser atribuída a determinadas personas ni a uno o a otro Estado. Dice que ella proviene de causas y resultantes más hondas, que algunas veces actúan fuera del alcance de la voluntad humana.

Nos conoce muy bien a través de todo lo nuestro

VARGAS conoce la Argentina casi tan bien como nosotros. Ninguna cosa nuestra — de nuestras costumbres, de nuestra tradición, de nuestra modalidad — le es desconocida.

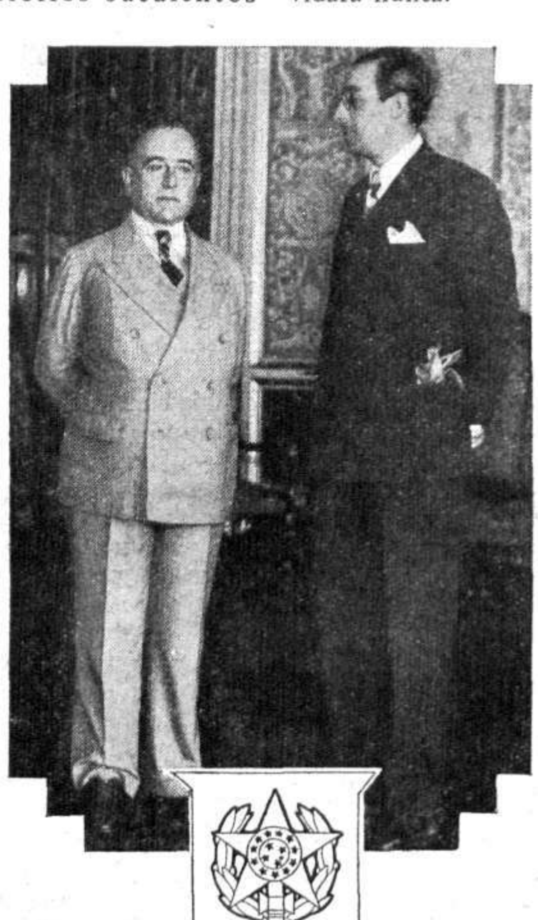
Habla español bastante correctamente, sólo que a veces, para acertar con la exactitud de un calificativo o para hacer una definición con rapidez, apela instintivamente a su idioma. Cuando le ocurre esto hablando español con alguien, sonríe más infantilmente que nunca. Conversando de nuestras cosas criollas, me dijo un día:

— Yo he andado mucho por allá; he vivido algún tiempo vecino al gran río de ustedes, en el litoral; tengo recuerdos imborrables de la camaradería argentina y he compartido con muchos criollos suculentos asados que no he de olvidar fácilmente.

El presidente tiene verdadera adoración por su familia. No hace mucho realizó un viaje en avión para ir a San Borja, en donde vive su padre, el día que cumplía 90 años. El padre, erguido y firme, sintió seguramente la vieja emoción de la raza cuando salió a recibir a su hijo, el presidente de los Estados Unidos del Brasil, al campo de aviación, en medio de los intensos aplausos del pueblo, que lo acompañó en masa.

Y Getulio Vargas, presidente constitucional del Brasil, revolucionario vencedor, no habrá sentido nunca una emoción tan íntima ni una alegría tan grande como la que le transmitió el abrazo de su padre casi centenario.

He ahí el alma sencilla del "gaucho" que Buenos Aires aplaudirá a su paso y cuya expresión dulce no olvidará nunca.



Con el señor J. M. Espigares Moreno, en el palacio de Cattete.

J. M. Espigares Moreno

Cincuentenario de la "Estrada de Ferro do Paraná"



El estado de Paraná, uno de los focos de la potencialidad brasileña, celebró el día 5 de febrero el cincuentenario de la gran obra ferrocarrilera que pone en comunicación las principales ciudades del vasto territorio.

La "Estrada de Ferro do Paraná", actualmente en camino de perfeccionamiento incesante, equivalía a un esfuerzo de proporciones gigantescas.

Vino a substituir en inmensa parte a la red caminera antigua, producto del esfuerzo tenaz de los paranaenses. Algunos de estos caminos, como el de Peabirú, eran precolombianos.

Mayores méritos agrega a la valiosa conquista, que supone el trazado de una vía destinada a abrirse paso por entre montes y selvas, la fecha de la realización. En 1885 no se contaba con los actuales medios de ingeniería.

Por fin, en la mañana del 2 de febrero, el tren inaugural partió de Paranaguá, en medio de las aclamaciones del público. Eran las 10; a las 2 de la tarde llegaba a Cadeado, y a las 7 de la noche, a Curitiba.



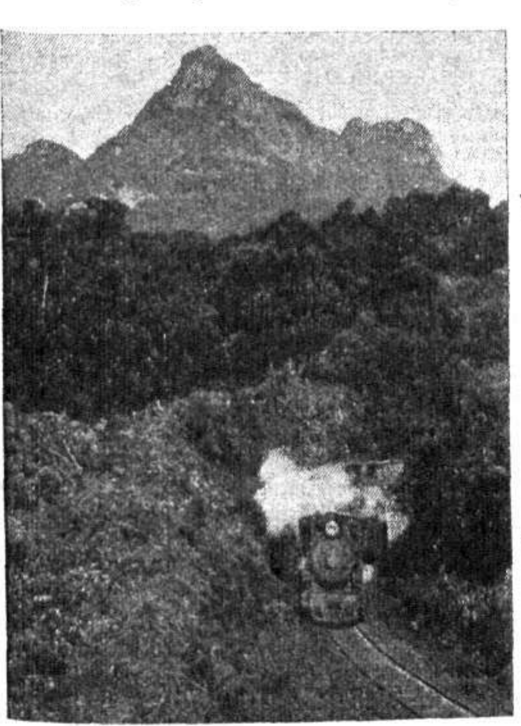
Viaducto del Taquaral, visto de Ingeniero Lange.

La concesión de las obras había sido encargada a los señores José Gonçalves Pecego Junior y José María da Silva Lemos, en 1879. La línea tenía 932 kilómetros de extensión, estando dividida en tres secciones.

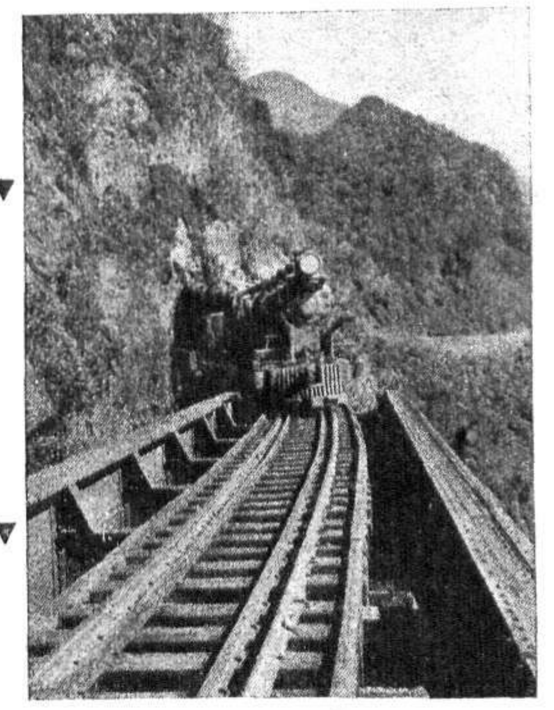
Comenzaba a 5 metros del nivel del mar, llegando a una altura máxima de 955.

La vastísima región, rica en cafetales, bosques de mate y otros productos de incalculable importancia quedaba abierta al tráfico intenso.

Actualmente, el gobierno se dedica a completar la gigantesca obra, mediante la construcción de numerosos ramales. Lográndose facilitar comunicación a importantes zonas, cuyos productos consiguen así llegar a los mercados brasileños y mundiales.



Boca del túnel número 3.



Víaducto Carvalho.

Una dama argentina que conoció al último emperador del Brasil △△

Hablando con la señora Carolina Torres Cabrera de Moreno, esposa del que fué ministro de la República Argentina en el Brasil, desde el año 1885.

▽▽



Doctor Enrique B. Moreno.

En el retiro de su hogar, dedicada por entero al afecto de los suyos, que ven en ella una verdadera reliquia, respetada prodigiosamente por el tiempo, vive de sus recuerdos la señora Carolina Torres Cabrera de Moreno, la esposa del que fué destacado diplomático argentino, doctor Enrique B. Moreno, cuyo nombre se halla vinculado a hechos trascendentales de la vida nacional en cincuenta años de actuación pública, desde la guerra del Paraguay, donde actuó con tanta valentía, hasta las representaciones diplomáticas en las que alcanzó para nuestro país victorias más efectivas que las del campo de batalla. La señora de Moreno, la fiel compañera que conmemoró hasta las bodas de oro con su esposo, fué en su juventud una dama de extraordinaria belleza, cuyos rasgos, velados solamente por los años, conservan todavía su diáfano encanto, suavizado por la luz de sus cabellos blancos, en una serena y bella ancianidad.

Conoció esta gran dama en sus años juveniles, el último emperador del Brasil, y le fué dado tener una situación brillante en aquella corte que conservaba el fausto de épocas pasadas, y en la que se hacía gala de la grandiosidad legendaria de las tierras de Portugal, cuyos hidalgos y grandes señores fueron los que dieron vida y dinastía a esa gran parte del inmenso territorio sudamericano.

Puede decirse que la única dama argentina que actuó destacadamente en el Brasil desde que en 1885 fuera nombrado representante de su país el doctor Moreno, fué la señora Carolina Torres Cabrera, descendiente de noble familia hispana, cuyo fundador fuera Mosén Ponce de Cabrera y Castro, cuarto nieto del primer vizconde de Cabrera y de Gerona, que murió en 1256.

Participó de los días memorables de 1888, cuando la abolición de la esclavitud constituyó uno de los episodios más trascendentales de la vida institucional de aquel país. A su persona, animada de juvenil hermosura, fué dedicado en gran parte del vibrante entusiasmo que animó colosalmente el país amigo, que marcara en aquel entonces la más completa comunión de ideales con la República Argentina, ideales que sellaron, no sólo pactos políticos sino otros, los del afecto, más hondos y mas firmes que todos los tratados, pactos que hoy reviven y vibran de nuevo, al calor de la visita del presidente Vargas, representante genuino de toda una tradición de hidalguía y de talento.

Conserva la señora de Moreno un recuerdo gratísimo de aquel entonces; evoca la figura del Emperador, de cuya personalidad emanaba una serenidad augusta, inolvidable... y cuando la dolencia que alejó a Don Pedro II de su actuación de gobernante, colocó en la Regencia del trono a la princesa Isabel de Braganza, su hija, esposa del Conde d'Eu, tuvo también ocasión la señora de Moreno, de apreciar las extraordinarias dotes de simpatía y especial atractivo de aquella noble dama, figura llena de distinción y de femenina delicadeza.

Refiere la señora de Moreno que, pasadas las festividades que enardecieron al Brasil entero, con motivo de la abolición de la esclavitud, solicitó de la condesa D'Eu una audiencia privada, que le fué concedida de inmediato, cuando todavía vibraba en los espíritus el entusiasmo de las horas pasadas, y de las manifestaciones unánimes de afecto, que acababan de estrechar aún más, los vínculos de amistad entre los dos países hermanos. Fué aquel día, memorable para los recuerdos de la gran dama argentina, que supo acrecentar, con su encanto personal, esos mismos vínculos de afecto internacionales. Recibió la condesa D'Eu a la esposa del diplomático Moreno en sus departamentos privados, y departieron ambas en un ambiente de grata intimidad, que ha dejado recuerdos imperecederos en el espíritu de nuestra compatriota. Y al terminar aquella entrevista, e inclinarse la señora de Moreno ante la soberana, para besarle la mano, como lo exige el protocolo, aquélla, en un movimiento espontáneo, lleno de gracia y afecto, la levantó suavemente, y atrayéndola hacia ella, imprimió en su frente un beso cariñoso. Recuerda la señora de Moreno este hecho, y se agolpan a sus ojos las lágrimas, al mismo tiempo que vuelve a su memoria la figura, llena de señorío, de aquella emperatirz regente, que selló con sus labios una alianza, cuyo eco, suavísimo, ha de repercutir hoy, en los corazones de todas las mujeres de la Argentina.

Y añade la señora de Moreno embargada todavía por la emoción del recuerdo, que a través de los años de actuación diplomática, en su trato con soberanas de tan extraordinario encanto como lo fueran la reina Margarita de Italia, la reina Guillermina de Holanda, y la esposa del rey Alberto de Bélgica, evocó siempre, con igual sentimiento de tierno afecto, a la regente del Imperio del Brasil, que tuvo para con ella aquel gesto; tan femenino, ¡que iba por entero dedicado al alma de las mujeres de nuestro país!

CONSUELO M. DE DUPUY DE LOME

Vai-se a primeira pomba despertada,
Vai-se outra mais; mais outra... Enfim, dezenas
De pombas vão-se dos pombais, apenas
Raia, sanguinea e fresca, a madrugada.

E á tarde, quando a rigida nortada
Sopra, de novo, ellas, serenas,
Ruflando as azas, sacudindo as pennas,
Voltam todas em bando e em revoada.

Assim, dos corações onde abotoam
Os sonhos, um por um, celeres, voam
Como voam as pombas dos pombaes;
No azul da adolescencia as azas soltam...
Fogem! Mas aos pombaes as pombas voltam
E elles aos corações não voltam mais.

Raymundo Corrêa

Un soneto de Raymundo Correa,

traducido por el ministro don Martín García Merou

El eminente político y literato argentino realizó una versión muy justa de un magnífico soneto del célebre poeta brasileño.

Reproducimos ahora, como cosa digna de ser recordada, el autógrafo, que dice así:

Va la primer paloma despertada
Va la otra... otra más... al fin, decenas
Mueven sus alas ágiles, apenas,
Sanguínea y fresca, asoma la alborada.

Luego, al caer la tarde, desolada,
Con su manto glacial, se ven, serenas,
Del palomar buscando las almenas,
Volver todas, en rápida bandada.

Así, de la esperanza en el anhelo,
Los sueños del amor o la fortuna
De nuestras almas, trémulos se alejan,

Y en el espacio azul tienden el vuelo...
Mas las palomas vuelven, una a una,
¡Y ellos no tornan más, cuando nos dejan!

Vá la primer paloma despertada....
Vá otra mas.... otra mas... al fin decenas
Mueven sus alas ágiles apenas
Sanguínea y fresca, asoma la alborada!

Luego, al caer la tarde desolada
Con su manto glacial, se ven serenas.
Del palomar buscando las almenas
Volver todas en rápida bandada.

Así, de la esperanza en el anhelo,
Los sueños del amor ó la fortuna
De nuestras almas trémulos se alejan
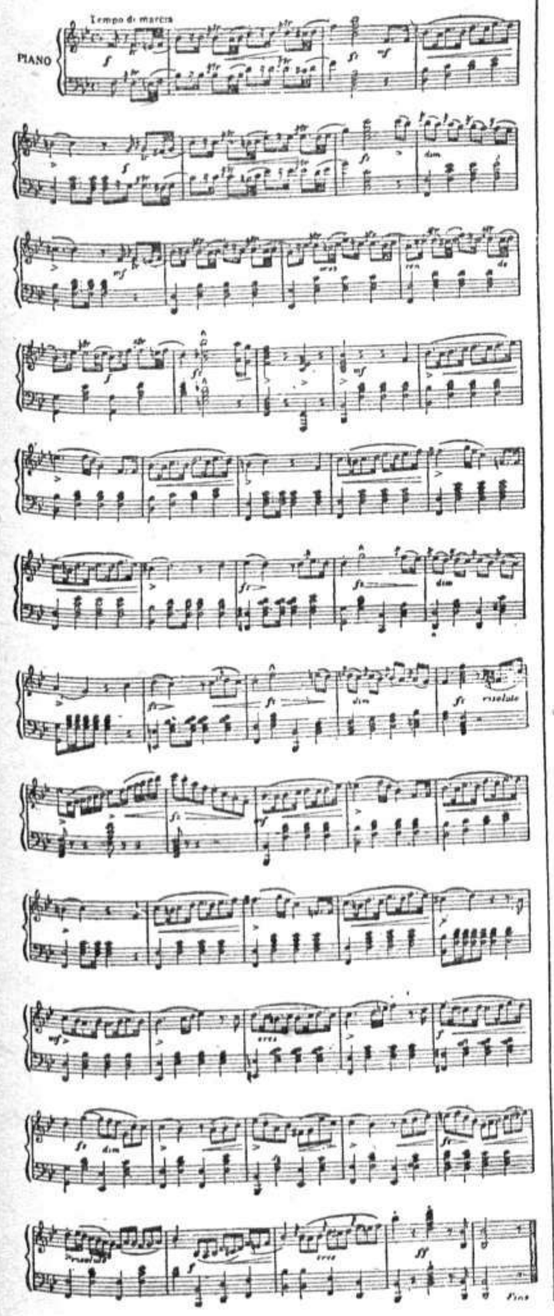
Y en el espacio azul tienden el vuelo....
Mas las palomas vuelven una á una
Y ellos no tornan mas cuando nos dejan!..

M. García Merou

El Himno Nacional Brasileño

MAJESTUOSAMENTE melódico, compendia el amor ardiente de un pueblo que sabe de grandezas y de sacrificios. Sus estrofas, plenas de entusiasmo, tienen la virtud de mantener encendida la llama de una pasión común por la libertad y las dignidades del pueblo del Brasil. Es un sagrado juramento, un canto de honor.

♥ ♥



CARAS Y

CARETAS



Pequeño elogio del pocillo de café

ESTE buen hombre de la calle, con andar cansino, ha llegado hasta el café. Su mano temblorosa casi no ha tenido fuerzas para empujar la puerta. A un paso de la entrada, con timidez, ha echado una mirada en torno. Diríase que una íntima angustia roe su espíritu. Lo atestiguan sus ojos; lo denota su boca sobre la que cae el descolorido y achaparrado bigote. Mira aquí y allá. En eso su rostro parece iluminarse débilmente. En efecto. Allí, muy próxima al ventanal, por el cual el sol callejero penetra a raudales, ha descubierto el ínfimo cuadrado blanco de una mesita que acaba de quedar libre.

Ya está ante su mesa. Ni siquiera ha tenido necesidad de pronunciar una palabra. El mozo, conocedor de la parroquia más que de los parroquianos, a los pocos instantes ha acudido con la bandeja. Llénanla tantos objetos que cualquiera supondría que se trata de los manjares de un festín. Hay en ella alegre brillo de cristales, fulgores metálicos. Pero, no. No es para tanto. De todo aquello, sólo interesará al hombre una cosa, esencial, la única que después de todo equivale a algo entre los inútiles utensilios: el pocillo de café...

La garrafa de grueso cristal sólo tiene agua; el vaso, ordinario y de verdosas luces, es una cosa inútil. El platillo para los dos terroncitos de azúcar es otra minucia sin objeto. De tantas cosas, nada más que la pequeña taza humeante hacia la cual van los temblorosos dedos del hombre.

Tiene cabrilleos metálicos el parvo y aromático contenido de la tacita. Cuando la mano del hombre la alza hacia sus trémulos labios, parece que se fuera a derramar. Pero no. Se ve que él también es diestro en esta postrera habilidad. Y lentamente, bajando los párpados, casi reconcentrándose, con humilde fruición, apura el contenido del pocillo. Cuando ha dado fin a las cuatro gotas que en realidad son, lo vuelve al plato y ya es otra cosa. Su mirada no parece tan triste, del entrecejo borra las tortuosas huellas. Tiene ánimo hasta para contemplar la calle desde el interior de ese asilo, de ese reducto que de todas maneras siempre es el café. Y si, maquinalmente, está a punto de echar un poco de agua a su vaso, se detiene, casi alarmado, porque con ello hubiera borrado de su boca el amargo e insubstituíble sabor de aquellas confortadoras gotas de café.

Y en la dilatada llanura tostada por el sol tropical, continuarán trajinando los hombres de curtidos rostros al pie de los arbustos que dejan caer los coloreados granos. Seguirán llenándose los sacos y los sacos. Habrá dolor, injusticia, rapiña y especulación. Sufrirán unos hombres; resolverán o no complicados problemas económicos otros; oscilarán con ritmo de catástrofe las cotizaciones de los mercados del mundo; subirán hasta los cielos las columnas de humo de las piras enormes formadas con cientos y cientos de toneladas de grano; caerán hasta el fondo del mar cosechas enteras. Pero, así y todo, este simple deleite del pocillo de café, aromático, reconfortante, será algo para el hombre de la calle de todas las ciudades del mundo, desde luego, al precio de una ínfima moneda con la cual quedará todo satisfecho, hasta la obsequiosa sonrisa del que lo sirva, indiferente, a grandes y pequeños, a pobres y ricos, a preocupados intelectuales y beocios transeúntes.

E. M. S. Danero

CARAS Y CARETAS

Un poco de estadística

CALCULADA oficialmente, la superficie del Brasil llega a 8.511.189 kilómetros cuadrados. Empero, esta cantidad no se precisará hasta que las fronteras del enorme territorio no queden definitivamente establecidas, tarea en la que se hallan numerosas comisiones.

* Según el censo de 1931, la población alcanzó a 41.079.000 habitantes. El aumento, desde 1920 a esta fecha fué de 10.000.000. Los nativos alcanzan a 29.045.227. Sigue luego la población de origen italiano, que es de 558.405, y la portuguesa con 433.577.

* Brasil es la nación más extensa de Sud América. Sobre la costa atlántica tiene una longitud de 6.606 kilómetros.

* El río Amazonas es el más largo del mundo, nace en la región andina del Perú, y en sus 6.200 kilómetros de recorrido riega una zona que supera a los cinco millones de kilómetros cuadrados.

* Con todos sus ríos, el Brasil cuenta con 65.000 kilómetros de vías fluviales navegables.

* Los ferrocarriles brasileños tienen un recorrido aproximado de 33.000 kilómetros. El más importante de todos es el Central Brasil, propiedad del Estado.

* La marina mercante con bandera brasileña está constituída por 267 vapores con 437.000 toneladas brutas; 29 motonaves con 55.000, y cierto número de veleros.



SUELO TAN FERTIL COMO DILATADO Y DE CARACTERISTICAS VARIADAS, EL DEL BRASIL ES APTO PARA TODOS LOS CULTIVOS, LABORES Y EXPLOTACIONES. HE AQUI, EN NUMEROS, EXPRESADA SU FERTILIDAD Y LA LABORIOSIDAD DE SUS POBLADORES.



* El movimiento portuario, según las más recientes estadísticas, alcanzó a los cincuenta millones de toneladas, con un movimiento aproximado de 35.000 embarcaciones.

* En 1932 existían 2.925.000.000 de plantas de café (el 60 % de la producción mundial), las cuales ocupan dos millones y medio de hectáreas en los estados de San Pablo, Río de Janeiro, Paraná, Espíritu Santo y Minas Geraes. La exportación, en 1931, llegó a 17.850.872 sacos de 60 kilogramos cada uno, con un valor de 34.103.507 libras esterlinas.

* La deuda federal externa consolidada alcanzaba en en 1931 a 97.165.746 libras esterlinas, 96.181.500 francos oro, 228.989.500 francos papel y dólares 144.615.000.

* La deuda interna ascendió en el mismo período a 2.533.916 contos papel y los bonos incontrovertibles en circulación a 2.543.370 contos papel.

* Las importaciones fueron de 131.256.000 dólares y las exportaciones de 238.895.000.

* Para 1932, las importaciones de la Argentina alcanzaron a 5.6 %, con 21.448.243, y las exportaciones, con el 1.6 %, ascendieron a 9.081.973 $ oro.



La bahía de esmeralda, descrita por Arago



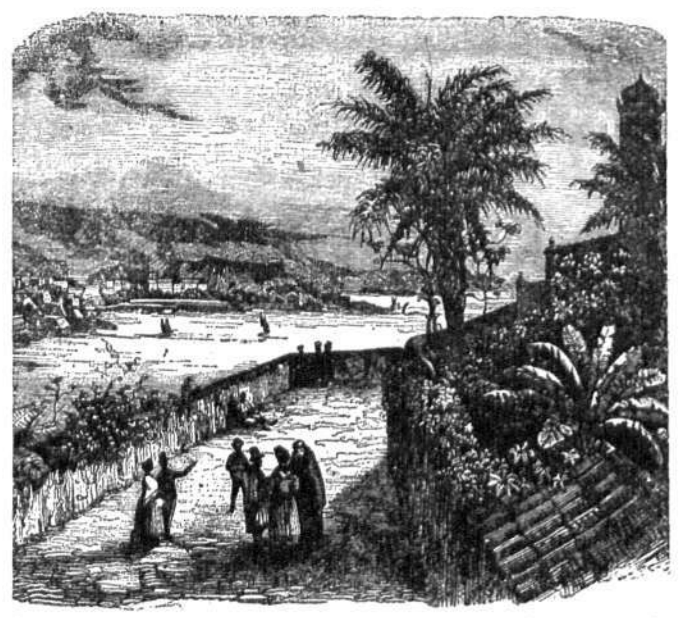
(De "Viaje alrededor del mundo")

No obstante el presagio de un cielo protector hemos virado de bordo por la noche; y al levar el áncora, pusimos la proa a Río de Janeiro, ciudad real, adonde por segunda vez la dejaremos caer.

Dibujo la costa; su riqueza por todas partes es asombrosa, y me afano con un celo casi religioso para reproducir sus contornos caprichosos y variados con toda la fidelidad posible. La entrada nos es señalada por dos pequeñas islas; una de ellas se llama isla Redonda, sin duda porque es cuadrada; entre estas dos islas todo buque puede atrevidamente tomar paso. He aquí el Pan de Azúcar, agudo, rápido, sin verdor; es el pie de un gigante que debe servir de punto de vista a los navegantes. La cabeza está allá bajo al oeste de la rada; cabeza bien dibujada, con su frente descubierta; su cabellera parece un bosque frondoso, su ojo una gruta húmeda, su nariz un pico huesoso, y su barba es deprimida: luego sigue el cuello que es figurado por un ancho valle, después los pectorales dominando una roca tallada en forma de espalda y de brazos, luego el abdómen, el muslo, la rodilla, la pierna, y por último el pan de azúcar que dibuja el pie; es un verdadero gigante echado de espaldas, más o menos largo, según la posición del buque, pero siempre tallado como si lo hubiera hecho un escultor. No sabré recomendar demasiado a los capitanes de embarcaciones la vista tan feliz y singular de esa cadena de montañas, para que no puedan equivocar la entrada de la inmensa rada, que el pie del gigante indica de un modo más exacto y preciso que pudiera hacerlo un faro.

La alegría está pintada en todos los semblantes, la avidez en todas las miradas; todo el mundo está en pie, curioso, atento, menos Petit y Marchais que están sentados al pie del palo mayor, encogiéndose de hombros de la lástima que les causa nuestra admiración y nuestra impaciencia. Nubes de mariposas de mil colores juegan entre las jarcias; rivalizan entre ellas por la variedad y coquetería, resisten a la brisa de mar que las rechaza y penetran con nosotros en el golfo donde han nacido. Estos nuevos huéspedes son respetados como las hermosas aves de la víspera, y saludamos por último, bordo contra bordo, esa tierra del Brasil, en la que el Atlántico se ha franqueado un paso como para dar asilo a los buques que acaba de atormentar.

La entrada queda pronto salvada; penetramos en la rada: ¡qué espectáculo tan arrebatador! Ni la soberbia Génova, con sus palacios de mármol y sus jardines aéreos; ni la risueña Nápoles con sus limpias aguas, su Vesubio y sus villas tan lozanas; ni la rica Venecia con su arquitectura morisca y sus cúpulas cinceladas; ni aun el Bósforo con sus eminentes cúpulas, sus quioscos y sus minaretes hasta las nubes, no ofrecen a la vista asombrada un panorama más magnífico. A la derecha, a la izquierda, a nuestro frente, a nuestras espaldas, una naturaleza poderosa ostenta sus coquetas riquezas de todo el año; árboles de una sorprendente altura, islas alegres, sembradas por decirlo así en toda la extensión de ese charco de agua cristalina, sobre el que pasan y repasan millares de mariposas viajeras, grises, amarillas, encarnadas, abigarradas: un cielo más elevado, poblado de papagayos chillones y de elegantes cotorras, de "goëlands" y de enjambres numerosos de tímidos pájaros moscas que se tomarían por abejas si no fuesen vendidos por el oro, las esmeraldas y los rubíes de su plumaje; y después embocaduras dominadas por iglesias de caprichosa arquitectura; deliciosas habitaciones esparcidas acá y acullá, medio ocultas en cierto modo por los plantíos de palmeras y de anchos parasoles de plátanos, y además millares de piraguas que van de una "praya" a otra lanzadas por la corta "pagaya" del negro esclavo, que aúlla su canto nacional para animar su valor y pujanza: también veis aquí un inmenso bosque de palos y pabellones de todas las naciones del mundo, una ciudad grande y hermosa, un soberbio acueducto que la domina y alimenta; en lontananza se ven, como si fuera una barrera poderosa puesta para contrarrestar las invasiones del Atlántico, se ven, decimos, las "montañas desorgues" con sus agujas tan puntiagudas y tan regulares que se podría decir que es obra de los hombres. ¡Oh! todo esto es magnífico, imponente, encantador, todo esto no puede describirse, bastante es poderlo admirar.



Una vista de Río, que sirve de contraste a la grandiosa metrópoli de nuestros tiempos.

Monteiro Lobato



MONTEIRO Lobato se inició en la literatura en una forma curiosa. El mismo la ha relatado muchas veces. Ocurrió en 1914, en los primeros meses de la guerra mundial. Monteiro Lobato se hallaba en Sierra de Mantequeira dedicado a las faenas del campo. La vida era ruda y los caudillos políticos la hacían imposible. Lobato escribió una larga carta protesta a un diario de San Pablo. La carta se publicó con todos los honores y además la dirección del diario solicitó la colaboración permanente del autor. Y así, el que después sería famoso novelista, se inició en las letras. Para escribir sus cuentos se limitaba a relatar lo que había vivido: los tipos, el ambiente, los problemas no eran imaginativos. Monteiro Lobato iba acumulando material para futuras producciones. Así nació a la literatura un escritor vigoroso, dotado de un penetrante espíritu de observación y de una amplia cultura. Monteiro Lobato nació en el estado de San Pablo el 18 de abril de 1882.

LUZ y SOMBRA

Durante la histórica visita del presidente Campos Salles "Caras y Caretas" cumplió sus deberes periodísticos, como de costumbre. Entre las notas literarias de entonces destacábase ésta, exquisito comentario del gran humorista.



Y USTÉ cré, doña Basilia, bendito sea Dios, qu'esos festejos de antes son como los de aura...? Si esto no se ha visto jamás...! ¡Si esto es una cosa bárbara!... Esa plaza Victoria y esa Avenida, están que son una brasa e fuego y usté no ve sino llamiar y un hervidero e gente que anda como al sol... Vea... Eso que salí e las fiestas y enderesé pa ca, ya se m'empezó a ñublar la vista y comencé a los trompezones...

—¿Ves?... Eso es lo que a mí me da rabia, che... y por eso me dejé de fiestas y les dije a las muchachas que fueran si querían y me les quedé... Yo soy criolla, che, d'esas que al pan le llaman pan y seré pobre y todo lo que querás, pero nunca he sido farsanta ni cómica, ni jamás me ha gustao pasar por lo que no soy... ¿sabés?... ¡Mirá!... Cuando tuavía era muchachita e dos confesiones apenas, me dentró a perseguir un inglesito qu'era dependiente e la botica e Monserrate... Y sabés por qué no l'hice caso y lo largué con cajas destempladas?... Porque quería que yo, la hija e mi madre, cargara sombrero y anduviera e seda desde el levantarme, como las ricas: ¡Mirá quién, yo pa semejantes comiquerías...!

—¡Bueno!... Todo eso será así, ¿sabe?... pero es música di otro compás, doña Basilia... Aura tocamos en otro tono y hay que seguir al acompañamiento... Yo lo que le digo es que nunca se ha visto aquí cosa como la de aura y que si los brasileros no se lamben de gusto se pueden ir a frair miñuelos a su tierra...

—Si no es eso, che... lo que a mí me da rabia, sino ese afán de mostrar cosas como en el tiatro... Pá que hacer todo ese alumbrao de la plaza y de L'avenida y dejar el resto e la ciudá como una boca e lobos... Si el gobierno no sabe ni lo que hace... Mariao lo que recibe visitas y pa osequiarlos, les mete luces hasta por las narices, mientras los pobres vecinos nos rompemos la crisma en la oscuridad o tenemos que alumbrarnos con kerosén como en este barrio... No tenés a una e mis muchachas, sin ir más lejos, que anduvo de iluminación y casi se quebró una pierna cuando venía... Yo los quisiera poner a los brasileros en este barrio, pa que vieran la verdá...

—En eso tiene razón... ¿ve?... tiene razón... En L'avenida —¿sabe? — en un paredón del Cabildo, han hecho una casa de cartón y en la calle e Callao una fortaleza pintada y le han metido un foco que alumbra hasta el diablo... Yo estaba parao mirando el lucerío p'al lao de la casa e Gobierno y un redepente siento un bochinche atras y oigo que gritaban ¡los brasileros! ¡los brasileros! y doy vuelta y me quedé encandilao...

—Bueno... ¿ve?... Eso es lo que yo critico... Tanto gasto pa mostrarse ante las visitas como uno no es y pa seguir la farsa... Y después ¡qué idea la que han tenido de festejar con luces...! ¡Ni que creyeran al vecindario como a esas mangas de cascarudos que se amontonan ande ven más claridá!... Pa mí ¿sabés? todo esto no es más que parada y no puede acabar en cosa buena...

—¿Pero usté cré que también en el Brasil no les jugarían falluto a los que fueron de aquí?... ¡Si en todas partes hay vidrios, doña Basilia!

—Así será, che, no digo que no..., pero lo que es en mi casa no has de hallar sino verdades y lo mismo has de tener un vislumbre en la cocina que en la sala... Si te rompés el bautismo será por andar en lo oscuro pero no porque te engañen...

—Vea, ¿sabe? a mí me gustan las fiestas, ni aunque me rompa l'alma cuando vuelvo pa casa, porque ¡qué diablos! Buenos Aires está lindo ¡y hay un lujo!...

—Vos no pasás de un caido'el nido, m'hijito y te has de morir de sonso... Muchas luces y muchos brasileros y... la barriga chiflando... Si siquiera convidaran pa banquetes... Pero mirá quién, Roca... Ese larga luces, pero ¿a que no larga la cuchara?

FRAY MOCHO

MENTIRAS DE FOGON

PINTURA CRIOLLA



Por Pedro L. Padilla



REVOLEANDO el talero de la helada, la fría noche de junio viene arreando su tropa de un solo pelo: "escuro", y el pesado silencio que rodea la blanquecina mole del casco de la estancia "Las Bandurrias" sólo es rasgado de tarde en tarde por el agorero chiflido de alguna lechuza que en su agitado vuelo parece querer "asentarse" sobre la reluciente guarda-aguas de la techumbre, "pa luego cambiar de intento" y perderse en la obscuridad de la noche en busca del blanquecino "playón" de un vizcacheral donde se asienta ceremoniosamente.

En la vieja cocina de la estancia la peonada matea silenciosamente en espera del: Vamos... "pa largar la carrera del asao", que despaciosamente va cambiando de pelo: "colorao sangre e toro" a "doradiyo", mientras que en las brasitas más apagadas, separadas de intento "pa tender", las gotitas de grasa encienden pequeñas llamaradas que al "ovillarse" como en un corcovo se aplastan, deshilachándose luego en largas hebras de humo.

—Echese una mentira, don Lisandro — dice de pronto uno de los peones al viejo "trenzador", y éste, enderezándose un poco sobre el asiento de gruesa astilla en que se encuentra sentado, contesta:

—¿Mentira, decís?... ¿Y cuándo me has oído mentir, vos?...

—No mosquee, don Lisandro, que no jué pa tanto el chirlo — responde el interpelado; — quería decir que se cuente alguna d'esas historias que sabe contar a veces...

—Qué va a mentir don Lisandro — asegura intencionalmente otro, — si es más siguro que tera culeca pa cantar la verdad del nido. Todo lo que él cuenta es cierto... ¿no es verdad, don Lisandro?...

—Así es, Pantaleón — responde complacido el viejo. — Total... ¿pa qué vamos a contar mentiras si en la vida hay tantas verdades pa contar?...

—Güeno... mándese una de ese precio — baraja otro de los peones.

Y don Lisandro, ante el auditorio que ha estrechado el cerco para escucharle mejor, echa hacia la nuca su chambergo de anchas alas; deja caer el peso del cuerpo sobre el codo izquierdo que ha acomodado sobre el muslo del mismo lado; apoya la mano derecha sobre la otra pierna, y mientras se distrae un momento en "emparejar" la tierra del suelo con la punta agujereada de su alpargata, hace una pausa "largota", como queriendo entablar la tropilla de su memoria y comienza diciendo:

—El asunto me ocurrió a mí mesmo, ayá pal año... güeno... no lo ricuerdo bien... yo era entoavía muchacho...

—Entonces sería pal tiempo en que se levantaban las bombachas *con "rondanas"* — chucea el más bromista de los oyentes, mientras los compañeros celebraban la ocurrencia con guarangas risotadas.

—Sos de lay poyo giro — retruca don Lisandro sin inmutarse; — esta vez me distes cara güelta y me cortaste a luz... Güeno, como les decía, pa ese tiempo yo boyeriaba en la estancia e mi padrino don Agamenón Contreras, que alguno de ustedes recordará...

—Mozo lindo y no jué a casa pa entretener a las mozas — afirma el más viejo de los peones. — Vaya si lo ricuerdo; era un viejo tan cambao que por entre las piernas podían pasar dos perros peliando, y más malo que una manquera e menudiyo.

—El mesmo — asegura don Lisandro; — parece que lo hubieras retratao. Güeno, nos estábamos preparando pa la arada; en una rinconada del campo había una puntita e yeguas más bravas que un trompezón pa un mamao... si hasta sabían encarar a lo toro cuando alguien se les acercaba... Güeno, pues se le ocurrió al padrino que echara esa yeguada al corral pa amansarla pal arao.

"—Ni aunque las traiga arriando el diablo las dentra al corral, padrino — le asiguré... — Esas yeguas son piores que tigres...

"—Usté haga lo que le mando, muchacho e porra — y me sacó a dos laos pal corral, cruzandomé el costiyar de un lazazo.

—Le habría visto cara e güeno pa los mandaos el padrino — chucea otro de los peones.

—Sí, pues — continúa don Lisandro como no haciendo caso del "puaso", — y aura viene la parte más importante e la historia. Medio arqueando el lomo monté a cabayo y enderecé pa la rinconada; en cuanto me vido medio se arremolineó la yeguada hasta que la encaré a los gritos y salieron esas madres, amigos, como a buscar una medecina al pueblo... Ganaron en todita la juria un monte de cina-cina y ayá enderecé yo también. Medio se arrimaron a las casas pero en cuantito vieron los perros que salieron pa toriarlas, pegaron la güelta y volvieron a encarar pal monte de cina-cina en toda la juria, y yo atrás no más... El caso jué que después de correr todo el día atrás de las yeguas me volví pa las casas, esperando la paliza que me tendría preparada mi padrino. En cuanto llegué él me salió al encuentro; le conté lo que me había pasao con las yeguas; me miró un rato, fijo, y un repente me preguntó a boca e jarro:

"—¿Y el *ojo* que te falta, Lisandro?...

"—¿Cuálo? — dije yo, y me toqué los ojos.

"Efetivamente, me faltaba uno...

"—No sé — le dije; — hoy cuando salí a buscar las yeguas tenía los dos... pero... aguardesé, padrino... debe de haber quedao en el monte de cina-cina...

"Monté, enderecé pal montecito, y créanme lo que les digo: en una rama, agarrao a una espina estaba el ojo mirandomé. Lo descolgué... me lo coloqué en su sitio y volví otra vez pa las casas..."

Las risotadas de la peonada parecen querer levantar el techo de la cocina.

—¿No decía yo que don Lisandro nunca cuenta mentiras? — afirma uno de los de la rueda.

—Pero es claro, amigo — asegura el viejo; — ¿pa qué vamos a contar mentiras habiendo tantas cosas ciertas pa contar?...



DIBUJO DE ALVAREZ



RELIQUIAS

SONETOS · ¡A la manera de Góngora!

Higo chumbo

Arenas al viajero relumbrosas,
Ríspidas pencas, si la ruta pierde
Y artera sed las fauces le recuerde
Frutas proponen, frutas misteriosas.

Janas aguardan, janas maliciosas
Y a la boca que ansía carne verde
Muerden, al labio y al diente que muerde,
Horas desengañando deliciosas.

Así por dentro soy, así de bueno:
Pulpa paradojal, fondo gozoso,
Duro y dicaz al dedo que me toca,

Con un poco de azul y otro de cieno,
Blando y violento, dulce y tormentoso.
Higo chumbo: eso soy. Mordedme: boca.

♥ ♥ ♥ ♥ ♥ ♥

A un escritorzuelo necio y vanidoso.

León sin pelo, pollo, sí, pollino,
Los rebuznos al viento lanzas, vano
Tus discursos te glorian por insano
Y por bufón te gloria el desatino.

Aguachirles romances tu destino
Te dió a *escribir* y no diré con mano.
E hiciste del hablar, napolitano,
Lodo del castellano cristalino.

Vuelve a la alberca, pato, con tu pluma.
A las musas no graznes, al talento.
Zabulle y deja por cabeza el rabo,

Pura esterilidad y pura espuma.
Y no ayudes la glosa ni el comento
Con tu solemne fatuidad de pavo.

♥ ♥ ♥ ♥ ♥ ♥

A una dama blanquísima que canta

A Vos os digo, Brígida canora,
Que calla el ave, que con Vos no canta,
Cuando a la vuestra opone su garganta,
Cuanto la vuestra la espineta dora.

¿Cuándo la vuestra en la espineta llora?
Decidme, Vos, marfil sonriente, tanta
Lumbre vivaz, ¿de dónde os viene? Cuanta
Dicha gentil ¿por qué en Vos se demora?

¿Por qué canta en Vos sola, rosa y nieve?
¿Por qué ríe en Vos sola, nieve y rosa,
Rubia, perfecta, luminosa, estable?

¿Cuál feliz ambición con Vos se atreve?
¿Cuál llama en Vos se vence y se reposa?
...Y nos enciendes, mármol implacable.

♥ ♥ ♥ ♥ ♥ ♥

Marcos Victoria

PEOR QUE LA MUERTE

por B. González Arrili



En el hospital averiguó El Garrero una parte de la historia de doña Rica. El enfermero picado de viruelas la conocía desde hacía tiempo. Cuando él supo que había venido a visitarlo comenzó a mirarlo con un poquito de simpatía, cambiando unas cuantas palabras.

—¿Conque es amigo de la Rica? Seguro de que hace usted la misma vida que ella...

—Sí, la misma... es decir, no... Vivimos en el mismo barrio y de ahí nos conocemos...

—¡Ya!... Por los terrenos esos que están llenando de basuras. Sí. ¡Qué Ricarda!... Siempre fué una mujer muy independiente...

—¡Oh, y muy buena!...

—También... Así fué siempre... Cuando yo la conocí estaba mejor que ahora... Ahora es un desastre, la pobre... Es que no sabe guardar un centavo... En cuanto lo toma lo da... Y mire usted que ha ha ganado sus buenos pesos...

—¡Oh, sí!... ¿Trabajando?...

—Estuvo en casas muy buenas. Cuando la conocí, va para diez años, estaba de sirvienta en una casa del centro, donde yo era portero. Ganaba lo que quería... Venían, cada mes, unas sobrinas que no debían de hacer una vida muy clara, sino media turbia, y la pelaban. La dejaban sin un peso, créame usted... ¡Y ella, lo más contenta!... Es así ella; una mano abierta... Después, un hijo del patrón, cuando levantaron los señores la casa, me hizo entrar aquí de enfermero y quería llevársela a ella para la estancia, pero no quiso ir... Se salió no más, y desde entonces hace lo que hace...

—¡Oh! ¿y qué hace?...

—¿No lo sabe usted?... ¡Hombre... pues no lo sé yo tampoco de una manera clara!... Una vez me dijo que, como estaba vieja, sólo trabajaba medio día de sirvienta en una casa así, de medio pelo... Otra vez, me habló de lo bien que le iba vendiendo no sé qué en las ferias... Y el día que estuvo acá a verlo a usted, yo estaba en la puerta cuando salió, y me pareció... no vi bien... me pareció, que andaba pidiendo monedas a la gente que esperaba el tranvía...

—¡Oh!... ¡pidiendo monedas!... ¡Pero qué doña Rica!... Por allá, ella sola nos ayuda a todos un poquito... Todos creemos que tiene más que nosotros...

—No tendrá mucho, porque esa manía de dar cuanto tiene no se la quita nadie... Y por eso mismo parará en pordiosera...

Poco más sacó en limpio el Garrero de los informes suministrados por el de las viruelas, pero lo sabido le bastaba para admirar más de lo que ya admiraba a la simpática señora de sus amores.

Al segundo día de recuperar su libertad, pasada la noche en su cubil de chapas de cinc y bolsas vacías, despertólo doña Rica antes de marcharse a sus menesteres. Después de saludarlo desde afuera, díjole que le dejaba qué comer hasta la tarde que ella volvería y si no se sentía con muchas fuerzas, siguiera descansando, que al fin, no había ningún apuro en dejar libre aquel rincón de "su casa".

El Garrero se dejó estar entre sus bolsas hasta media mañana. Salió a tomar el sol, comió de lo que le dejara la vieja, volvió a meterse entre las oscuras "sábanas" y cuando terminaba su siesta, ya estaba la Rica de regreso.

—¿Qué tal? ¿Cómo se siente?

—Mejor... ¡Oh! mucho mejor...

—Me alegro... Los pobres no podemos darnos el lujo de estar enfermos, ¿no es cierto?

Abrió su pieza, cazoleó como siempre, hizo café en un periquete, fué hasta lo de la Minga con una botella grande llena de leche y una más chica amediada de grapa y volvió.

A la luz del crepúsculo, sentada ella en una silla de paja a la que habíanle serruchado las patas hasta dejarle apenas señales de ellas; en el suelo, con las piernas en forma de equis el Garrero, comieron tajadas de fiambre, pan y dulce de membrillo, bebiéndose luego, para empujar, buenos jarros de café.

Con todo aquello pareció alegrarse muchísimo el ánimo del convaleciente y le acometieron grandes ganas de hablar.

—¡Oh! señora... Ya sé yo cuánto le cuesta darse este regalo de comer limpio y caliente, y todavía ayudarnos a los pobres!...

—Pues no sabe gran cosa, porque en esta vida, está claro, el que no trabaja no come...

—¡Oh!... eso digo yo, pero hay muchas maneras de trabajar. Yo también trabajo, cuando puedo, pero no me da nada el trabajo...

—¿Qué le va a dar esas basuras que revuelve?... ¿Es que usted es un poquito haragán, no?...

—¡Oh!, ¡hay otros más haraganes!...

—¡Claro, hijo, claro! Otros peores, pero eso no quiere decir que usted, si quisiera...

—¡Oh! quiero y no quiero... Si hay que trabajar mandando los capataces...

—¡Al diablo todos los capataces! Pero, cuántas cosas se pueden hacer sin capataces...

—¡Oh! A ver... diga...

—Digo... Mil cosas pueden hacerse, puede hacer un hombre si quiere, sin necesidá de que nadie lo mande...

—¡Oh!, ¿y sin tratar con ninguno?... Porque a mí me revienta el tener que tratar con los demás... encontrarme con atorrantes como yo, pero porque andan bien vestidos y tienen diez pesos...

—¿Sin tratar con ninguno... con ninguno?... no sé yo qué se puede hacer... Unos estamos atados a los otros, a la fuerza...

—¿Vió? ¿Vió?... Yo conozco mundo, yo tengo hechas muchísimas cosas que algún día le contaré, pero ninguna me gusta tanto como ésta de las basuras por eso, por eso de poder estar solo, sin tratar con otros...

—¡Pues es raro!... Mire que a mí me gusta la libertá... Por tener libertá vivo así como vivo...

—Sí, ya sé, ya sé...

—¿Cómo lo sabe?...

El tuerto sonrió y luego, pausadamente, desembuchó cuanto le contó el enfermero...

—¡Ese Calisto es muy charlatán!... ¿Y qué más le contó?...

—Nada más, nada más que eso...

—¡Hum!... ¡Quién sabe qué otros cuentos le metió para que los desparrame!...

—Por Dios, ¡oh!, nada más...

—¡Vaya, vaya!... ¡Que también son amigos de chismes los hombres!... ¡Ese Calisto me va a oír el día que lo encuentre!...

—¡Oh!, no se enoje por eso. Si yo sé, no le digo nada... Pero en fin, ¿qué tiene de malo que se sepa que usté, para hacer lo que hace, todo el bien que nos hace, tiene que trabajar mucho?...

—Nada... eso sí... ¡Claro! Nada... Pero el cuento de que yo pido monedas, eso es mentira, ¡"calunia" de ese sonso!...

—¡Oh!, ya me parecía a mí y se lo dije a él mismo...

—¿Qué? ¿Eso de que yo no pido monedas a nadie?

—Eso... Cómo va a andar pidiendo monedas doña Rica? Eso, ¡oh!, eso yo se lo dije...

—Y él ¿qué contestó?

—No sé. Nada... ¿Qué iba a decir? ¡Oh!, nada... Además de que la quiere mucho, habló de usté con respeto, y si no, yo ¡oh!, yo, no le hubiera dejado hablar mal...

—Gracias... Es usté muy, pero muy fino... aunque no lo parece... Ya, ya me oirá Calisto...

—Pero si no es nada... Si dijo que la quiere mucho...

—Puede que me quiera... claro... yo nunca le hice nada malo, pero, ¿para qué se pondrá a charlar de cosas que no le importan? ¡Vamos a ver!...

El tuerto vaciló un instante, luego, queriendo arreglar el asunto terminó de empastelarlo.

—Pero, la culpa fué mía... Cuando yo supe

que la conocía a usté, ¡oh!, como me interesa tanto todo lo de usté... fuí yo el que le pregunté...

—¡Vaya una gracia! ¿Y a usté qué le importa, para andar averiguando lo que yo hice, lo que yo hago?... ¿Para qué quiere meterse? ¿O se cré que mi vida también es un montón de basura?...

Como, terminadas de pronunciar esas palabras, la Rica se levantó de su asiento y se metió en su pieza con silla y todo, quedó el Garrero muy apesadumbrado, aumentados los picotazos parasitarios de su cuerpo, por lo que, mientras se regañaba a sí mismo por charlatán daba y daba restregones con ambas manos a diversas partes de su maltratada persona.

Rica no era mujer capaz de mantenerse enojada mucho rato. Salió poco después con un puñado de nueces. Tiróle tres o cuatro desde regular distancia al tuerto conversador y púsose a buscar dos piedras con qué machucar las que para sí se reservaba.

Esto dió ocasión para que el Garrero volviera con sus disculpas.

—¡Oh!... no se me enoje... cuantimás que entre nosotros no debe de haber secretos... Para que vea le voy a contar cosas mías...

—No hace falta... Se guarda sus secretos, porque a mí no me importan las vidas ajenas, ¿sabe?

—No, si no es más que para que vea que lo suyo es el sol comparado con lo mío... ¡Oh!... se cré que tiene algo de malo lo que me han dicho, y no tiene nada, no...

—No es por eso. ¡Qué me importa a mí! Lo que me fastidia es que los hombres también hagan lo que algunas mujeres que se pasan la vida charlando, ocupándose de los demás...

—¡Oh!... *eso no lo quitaremos nosotros...* Así, desde que el mundo rueda hasta que se rompa y acabe...

—Sí, se va a romper...

Sobre un medio ladrillo puso una nuez la Rica. Con el mango de una sartén le dió unos golpes hasta quebrar la cáscara y el ladrillo.

—Ve... como ese ladrillo se romperá el mundo...

—¡No diga pavadas!... Este es un ladrillo viejo... tierra mal cocida.

—Ve... Tierra vieja y mala es el mundo... Créame... Así mismo, peor que eso, porque no habrá necesidá de que nadie le pegue, se hará pedazos y se irá todo al diablo...

—¡Qué sabe usté!...

El filósofo de las pulgas enmudeció para contemplar atentamente sus nueces intactas.

La Rica, mordiendo con sus encías la pulpa de la que acababa de partir, cayó en hondas meditaciones.

—¡Caray con este tuerto, las cosas que dice!...

Ya estaba la noche encima. La "calle" les ocultaba una parte del ocaso. A lo mejor veíase, en el cielo, el resplandor lechoso de las luces de la ciudad. Al aumentar, con las sombras, el silencio, el ladrido de los perros fué haciéndose más sonoro. Eran cientos de perros ladrando.

—Bueno... nos iremos a la cama... esperaremos allí que el mundo se parta...

El Garrero sonrió, mientras se incorporaba, con mucho trabajo.

—¡Oh!, señora... puede que nos marchemos antes nosotros, sin ver el prodigio... Pero, de que este endemoniado mundo ha de hundirse, no cabe duda... Cuantimás que es la única manera de remediarlo...

—Bonito remedio... ¡Bonito remedio!... —respondió la Rica arreglando unos trastos.

—Como cuando el diluvio... ¿Sabe?... Ya una vez el mundo se acabó por el agua... La historia lo dice... Sólo que aquella vez no se acabó el mundo porque las cosas estuvieron mal hechas... Quedó ese señor Noé y su cajón... Pero otra vez no podrá racerse esto... ¡Oh!, en lugar de llover todas las aguas del cielo y levantarse todas las aguas de mares y ríos para ahogarnos, vendrá una cosa mejor y más rápida. Como lo dije... ¡Zas!... Se parte en pedazos el globo y comenzamos a caer, a caer... *sin que quede rastro...* Así se acabará el sueño este que vivimos...

—¡Vaya por Dios! ¡Los pensamientos que se le ocurren de tanto buscar güesos!...

—¡Oh!, para pensar en esto y en lo que al fin somos, no hay nada mejor que revolver tanto montón de basuras como yo he revuelto en mi perrísima vida...

—Bueno... Bueno... Ahora, a dormir... Tápese bien que me parece que va a llover... Aquellas nubes no me gustan nada...

—Doña Rica, descanse, descanse... hasta mañana...

—Si Dios quiere...

—Bueno, sí... si Dios quiere, o el Diablo, que abramos los ojos otra vez...

—¿Los ojos? — preguntó, pícara, la vieja.

El comprendió, y rióse.

—¡Oh!, los ojos usté... yo el que tengo, y a veces sobra...

Metióse la mujer en su cuarto. El tuerto se echó entre sus bolsas sin desvestirse.

Media hora después comenzó la lluvia su armonioso redoble sobre las latas. Con los oídos llenos de aquella música encantadora se quedaron dormidos.

Para *procurar conquistarle la confianza*, y también, un poquito por necesidad de confesión, a la otra noche buscó el Garrero oportunidad de contarle a la Rica algunos episodios de su vida. Tomando mate en un jarrito enlozado lo escuchó ella, al parecer con atención que se desviaba y perdía con abundante frecuencia. Por eso, seguramente, no reparó en tiquismiquis de cronología ni caso hizo de parrafadas sueltas que, vinieran o no a pelo, mechaba el tuerto en su conversación.

Del palabrerío salpicado de exclamaciones, las más de ellas inmotivadas, pudo sacar la Rica en consecuencia, que aquel malafacha refugiado por caridad en un rincón de su casa, tuvo algunos principios de educación en su niñez, llevó una regalada juventud y se hizo maduro hasta comenzar la vejez en que estaba, en un formidable cuerpo a cuerpo con la suerte, que lo tenía vencido ya a discreción.

De dónde venía aquel vencido, ni lo dijo claramente ni quien lo escuchaba se molestó en preguntárselo. Olvidados en confusión muy espesa, los días buenos o medianamente felices, la historia parecía comenzar con el siglo, treinta años atrás, ya iniciada la batalla inclemente.

Se plantó solo, en Buenos Aires, dispuesto a ganar mucho dinero. Compró un coche de ocasión y tres caballejos. Un año después tenía por capital, además de aquella fortuna rodante, mil pesitos. Como si en una esquina se le atravesara un tranvía y le destrozara el vehículo y matara los "mancarrones", igual se le atravesó una china lavandera. En dos meses de relaciones con aquella simpática chinita quedóse sin dinero, sin caballos y sin coche. Se lo llevó todo la trampa, y vuelta a empezar...

Amaneció un día en el Rosario. Se empleó de cochero en una empresa de "Pompas fúnebres".

Aprendiendo cosas espeluznantes se le fué un año. Una noche, con dos copas de más, para olvidar a la lavandera y a los difuntos acarreados aquella jornada, se trenzó en una discusión sin principio ni fin, con un compañero de pescante. El otro, que era muy bruto y no quería comprender el por qué terminaría el mundo, encontró argumentos en el mismo vaso en que bebía su vino. Se lo estrelló en la cara; un pedazo de vidrio se le clavó en un ojo. Quedó así tuerto. Cuando salió del hospital, desacostumbrado a mirar con un solo ojo, caminaba como un pollo de riña. Buscó al del vaso. Lo encontró y le dió pasaporte para el otro mundo sin esperar el final de éste, de una buena cuchillada. El consiguió con aquello, alojamiento gratuito en la cárcel. Una fastidiosa cadena de años se le fué allí dentro. Cuando salió, se le había borrado el deseo de trabajar y hacerse rico. Reemplazaba aquel deseo un principio de cansancio y el horror al que manda. Ya no podía soportar órdenes. En cien trabajos que ensayó fracasó por no querer obedecer. De esa manera rodó por media república, haciendo de todo un poco, en realidad, no haciendo nada. Vuelto a Buenos Aires creyó mejorar. Había descubierta el negocio de los "manises". A puro crédito se agenció una maquinita de ferrocarril con pito y todo. Despachaba, los días buenos, diez kilos de "maní caliente" y ganaba lo suficiente para vivir y para ahorrar. Las mañanas y las tardes, allá por el puerto. Al obscurecer se venía, calle Chile arriba, hasta Entre Ríos, esquina en que "cerraba el boliche" y se marchaba a dormir. Tenía una pieza "a medias" en un conventillo cercano, Solís al ochocientos. En el conventillo había "sinfín de mujerío". Allí, entre ellas, si no perdió el ojo que le quedaba, fué porque Dios no quiso. Se enamoró "como un sonso" de la mujer de un verdulero. ¿Quería doña Rica saber la historia de la mujer del verdulero? ¿No?... Era interesante. La dejaría para otra ocasión... Lo importante era saber que por aquella mujer se quedó sin la máquina y volvió a la cárcel por tres añitos... ¡Dichosas mujeres y famoso verdulero!...

El tuerto sonreía en mitad de su pesadumbre al acordarse de aquel hombre, rival legalizado de sus amores de conventillo...

Recuperada nuevamente la libertad, se vino a revolver basuras, cada vez más fuerte el deseo de no obedecer, y cada vez más débil la gana de trabajar. Por amor desorbitado a la libertad se había hecho el propósito de no tener nada. Y no tenía nada, en efecto, a no ser unas cuantas ideas, más o menos prácticas, tendientes a resolver el dificilísimo problema de las prisiones, más las explicaciones que él se daba para justificar sus impulsos hacia la libertad absoluta.

Divagando alrededor de aquellos temas, él manifestábase desconforme con su manera de proceder. Estaba como un tren sobre una línea muerta, pero no muerta por carecer de continuación hacia un solo lado, sino hacia los dos lados o puntas, o dicho de otro modo, sobre un fragmento de vías cortadas en las dos cabeceras, aislado completamente. Su situación era ilógica. Entrado en razón hubiera sido que, después de dos largas visitas a las cárceles inventadas por los hombres antiguos, saliera de ellas convertido en un canalla perfecto, enemigo irreconciliable de los hombres, sus semejantes. Pero no era así. Comprendiendo perfectamente que el hombre se encanallaba y envilecía por vivir en sociedad, a ello le achacaba toda la culpa. Si el hombre pudiera vivir solo, aislado, no sería malo. Morirían dentro de él todos los instintos perversos, se ahogaría la fiera y podría surgir limpio y puro, el hombre, el hombre sin maldad alguna.

El había conocido en las prisiones hombres extraordinariamente malos, horror de los horrores, que tomados a solas le resultaron bondadosos y cordiales. Vió más de una vez, llorar perdidas esperanzas a criminales condenados a cadena perpetua por haber considerado los jueces que su libertad era un peligro constanste. Y a esos mismos criminales, media hora después, con otros presos, disputar la posesión de un cigarrillo con un enfurecimiento de fieras en celo, dispuestos a destrozarle la cara a mordiscos al semejante enemigo, al otro pobre diablo que purgaba sus delitos, como todos, dentro de la disciplina carcelaria.

El Garrero se confundía. No comprendía nada. Al obscurecérsele de tal manera las ideas, salía por un atajo: el del rompimiento del mundo en varios pedazos echados a rodar por los espacios infinitos con su carga terrible y apestosa de humanos pervertidos por vivir en comunidad.

No hallaba otro remedio. Después de haber descubierto tantísima miseria de alma, toda miseria material o externa parecíale insignificante, y para terminar con todo higiénicamente pronosticaba la llegada del último día, del instante final, en que, roto el maravilloso equilibrio del Universo se hiciera trizas bajo el puñetazo formidable de un dios o de un gran demonio que, como un chiquilín con rabieta, quebrara el globo de cristal que ya le fastidiaba ver delante suyo...

La Rica, que comenzó escuchándole con indiferencia, terminó mirándole con asombro. Aunque ella se había confeccionado para su uso personal y exclusivo una "manera de ver" al mundo y sus cosas, quedaba demasiado lejos de aquellas extravagancias del Garrero. Sin decírselo, pensó que estaba mucho más cerca de los locos que de los cuerdos...

Entre sonriente y enseriada afirmó, mientras movía la yerba de su mate con un lento girar de la bombilla:

—La mejor manera de ir a parar al hospicio, es ésa...

—¡Oh!... ¡al hospicio!...

—Lo peor de lo peor, ya lo ve...

—Claro que sí... ¿Loco?... ¡Peor que la cárcel!

—Bueno, eso, según... porque siquiera el loco tiene de bueno que no se da cuenta de su situación, mientras que el preso...

—¡El loco no se da cuenta!... Pero es que todos los locos se dan cuenta de que están encerrados allí, en algún momento... y entonces...

—Si llegan a darse cuenta...

—¡Peor que la muerte!...

—¡Ya lo creo!... Pero, ¿es que también ha tenido usted que ver con los locos?

—Sí... Sí... con locos. Mi padre murió loco... Un hermano... lo encerramos... no sé nada de él, pero lo encerramos por loco...

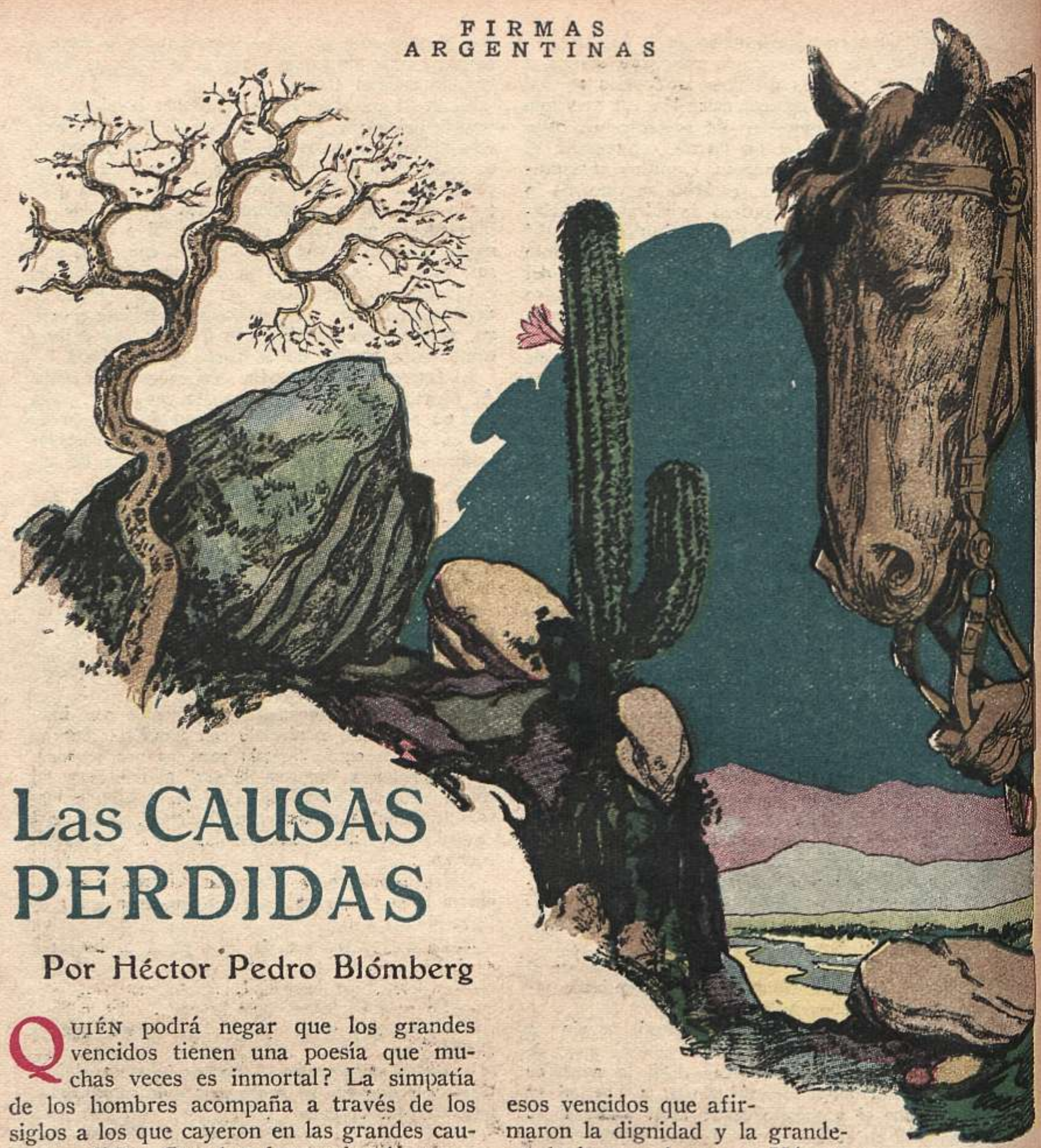
—¡Ave María!... ¡Dos locos en la familia!...

—Más... Un tío de mi padre enloqueció... Una hija de ese tío, le dió un ataque tan fuerte que mató a un chiquilín y se tiró, después, de un puente...

—¡Pero, por Dios, hombre!... No me hable más de esas cosas que me mete miedo y esta noche no duermo...

El Garrero no respondió, ni en todo lo demás de la noche gastó nuevas palabras. Sumergido en un pozo de recuerdos hurgaba en él, rascándolos, como se rascaba, filosóficamente, sus pulgas...

Blousaberanil.
DIBUJO DE BATLLE



Las CAUSAS PERDIDAS

Por Héctor Pedro Blómberg

QUIÉN podrá negar que los grandes vencidos tienen una poesía que muchas veces es inmortal? La simpatía de los hombres acompaña a través de los siglos a los que cayeron en las grandes causas perdidas. Son los fracasados inmortales. Desde Abel hasta el último rey destronado. Dice Winston Churchill que esto se debe a que la humanidad es más sentimental que otra cosa. Las causas perdidas pasan a la santidad de la tumba, libres de todo reproche para siempre, mientras que las causas victoriosas están cargadas con las responsabilidades del porvenir.

La historia está llena de ejemplos de los éxitos fracasados, y muchas veces, continúa diciendo el agudo inglés, bajo los esplendores fugaces de la victoria y la dominación se han reconcentrado fuerzas que a la larga determinaron el éxito del fracaso.

Es el verso de Lucano: *"Victrix causa Diis placet, sed victa Catoni"*, "los dioses están con los vencedores, pero Catón con los vencidos". Y la historia está poblada de esos vencidos que afirmaron la dignidad y la grandeza de la raza humana: Héctor, Demóstenes, Aníbal, Mitrídates, Yugurta, Cicerón, Espartaco, el emperador Juliano, el Cid Campeador, Carlos el Temerario, Carlos V, María Tudor, Carlos I, Constantino, Paleólogo, Jorge III, María Antonieta, Napoleón, Guatemozin, Atahualpa...

Y después del verso del viejo latino, el del clásico español: "Pues mientras viva el vencido — venciendo está el vencedor"...

Una fascinación misteriosa sigue a esos grandes caídos de la historia. Sus nombres perduran a lo largo del tiempo, tanto, o a veces más que los de sus vencedores. La piedad dolorosa de las generaciones los inmortaliza, y la posteridad ciñe sus frentes heladas con la corona de los mártires.

Nosotros también los tuvimos en nuestra corta y dramática historia. Más arriba he nombrado a los dos monarcas indígenas que regaron con su sangre las tumbas del imperio azteca y el imperio del Sol. No nos olvidemos de Caupolicán, el "toqui" de Arauco, en los días tremendos de la conquista. Ni del último rebelde de América, el descuartizado del Cuzco, José Gabriel Tupac Amarú. Sus nombres y su martirio partenecen ya, más que a la historia, a la leyenda y a la poesía.



Santiago de Liniers y Bremond es el primero de los grandes fracasados en la historia argentina. Y por una ironía trágica fué llamado "el virrey de la victoria". También se le decía, en su tiempo, "el virrey de las indecisiones". El conde de Buenos Aires, junto a su hora de gloria, cuando la turba porteña aclamaba al defensor de Buenos Aires, al vencedor de los ingleses, debió sentir trágicos desfallecimientos.

El obscuro gobernador de las Misiones sentía que el bastón de virrey pesaba demasiado. Y cuando se retira al silencio rural de la aldea cordobesa, trocada la espada de 1807 por el arado de 1810, toda la gloria del ayer cercano le debió haber parecido un sueño. Antes que un marino francés, había sido un soldado y un servidor de España. Así se lo dijo al enviado de Napoleón, al marqués de Sassenay, en 1808. Y hasta el último día de su extraña y dramática existencia, sirvió a la causa de aquella España que hiciera conde y virrey al obscuro militar de las Misiones.

La servía aun cuando los fusiles de Castelli lo derribaron, a él y a los realistas de Córdoba, sobre el trebolar ensangrentado de Cruz Alta. Allí estaba "el virrey de la Victoria", caído sobre las hierbas enrojecidas, sellando con la sangre de sus venas la causa perdida de la contrarrevolución. Dejémosle allí, bajo la cruz del "Clamor", con su Dios, y con los dioses de Lucano.

Dos años más tarde surge ante nuestros ojos, en las calles coloniales de Buenos Aires, palpitantes de ensueños grandiosos, la figura violenta y viril de aquel alcalde español a quien los panfletistas de la revolución llamaban burlonamente "Martín I". Es Martín de Alzaga, ricohome en cuyo soberbio corazón hierve el mismo imposible ensueño que abrió la tumba del "virrey de la Victoria". El famoso alcalde siente arder en torno suyo el fuego de la libertad. La sombra de la dominación española se ha desvanecido en el curso de dos años, aunque muchos labios pronuncien todavía el sagrado nombre de Fernando VII.

Martín de Alzaga siente que el virreinato del Río de la Plata se pierde para siempre. Y las gentes que lo ven pasar por las calles, de día y de noche, envuelto en su capa, le oyen repetir con su rudo acento vizcaíno: "¡Oh, Fernando, oh mi rey!" Y él también se entrega, con ira, con saña, a la causa perdida, hasta que su conspiración es descubierta y ve alzarse los patíbulos frente al Cabildo. Es el segundo fracasado de nuestra historia, de nuestra historia que acaba de nacer. Los dioses de Lucano sean con él.

Pasan los años, muchos años. Allá, en el Callao lejano, Rodil es el último de los jefes de España que se sostiene en América por su rey. Y Rodil también cae. Es uno de los vencidos sublimes.

Pero volvamos a nuestra patria.

El general Francisco Ramírez, "el Supremo Entrerriano", el vencedor del "Protector de los Pueblos Libres", grande, valeroso y enérgico, apasionado y grandioso, sueña con vastas dominaciones. Quiere corregir el error de Belgrano y reincorporar el Paraguay. Su ensueño político y militar se extiende sobre las selvas de las Misiones, más allá de los grandes ríos. Desde su cuchilla natal, él logrará la unidad de las provincias desorganizadas y sangrientas. El sueño es tan grandioso que lo aturde. Y va a morir en la punta de una lanza santafecina, obscuramente, románticamente, como un caballero andante de la tierra criolla.

Pero es Lavalle, veinte años después, quien cumple la encarnación perfecta de la causa perdida. Es el paladín errante y sin ventura de la tiranía. Diríase que los dioses vengativos y malignos escucharon el juramento de Martín García, y se propusieron malograr los sueños y los designios del héroe del Perú y de Ituzaingó.

Es así como le vemos errar de tierra en tierra, de pago en pago, de ribera en ribera, sin que la bandera libertadora de los proscriptos sintiera una brisa de libertad y de victoria en su largo y trágico andar. Sus ejércitos-pueblos se dispersan, casi sin combatir. Las poblaciones que piensa sublevar contra el tirano omnipotente le vuelven la espalda. Las osamentas de sus caballadas blanquean en todos los caminos de la patria. Sus invasiones se epilogan en retiradas inexplicables y melancólicas. Su corazón y su alma empiezan a llenarse de sombra. La estrella misteriosa y terrible de su destino lo empuja hacia el norte, siempre hacia el norte, donde le aguarda la muerte. Es otro gran vencido de la historia.

Pero Juan Lavalle no queda solo en la agonía de la causa perdida. Allí están los conjurados y los mártires de 1839. La cabeza de Castelli gotea sobre la plaza de Dolores, entre los escombros de la revolución del sur, y los cadáveres de los dos Maza se enfrían ante la ira de Rosas y el espanto unitario.

La causa se ha perdido otra vez. Debía volver a perderse con Florencio Varela, una tarde tormentosa de 1848. El alba no llegó hasta 1852.

Hay otros grandes fracasados en la lista histórica. Pero estos que hemos recordado son los más representativos. Dejemos que todos duerman su largo sueño, porque, en medio de sus pasiones y de sus sueños — y algunos de sus errores — supieron luchar y morir por un ideal.

Héctor Pedro Blomberg

DIBUJO DE VALDIVIA

EL PEQUEÑO GEDEON

POR BENJAMIN GIBBS



Al cumplir los trece años, el pequeño Gedeón Trabuco dió por terminados sus estudios. Ya no le quedaba nada por aprender... lo sabía todo. Cuando por fin hubo concluído con todos los periodistas y representantes de la prensa local y extranjera que lo asediaban con sus reportajes, cuando hubo posado para todos los fotógrafos y firmado en todos los álbumes, el pequeño Gedeón se sintió algo fatigado. Le hacía falta un descanso, una vacación. ¿Cómo hacer? Caló los anteojos y consultó su libreta de compromisos. Por casualidad tenía libre el día siguiente...

Siguiendo el plan que se había trazado, a la mañana siguiente el pequeño Gedeón probó por primera vez la inefable dicha de levantarse tarde de la cama. Recién a las cinco y media de la mañana abandonó el lecho. Luego mandó llamar a todos sus secretarios, al valet, al chofer, a los lacayos, mayordomos, pinches, jardineros y subjardineros y otros servidores de cuyas ocupaciones no estaba bien enterado. Haciéndolos alinear frente a su escritorio de caoba incrustada, les fué dando a cada uno un cheque de mil pesos, como gratificación suplementaria, para chucherías, y les comunicó que les daba el día entero de licencia, que se fueran, que quería estar solo.

Y se fueron no más. El gran caserón de los Trabuco quedó solo, triste, oscuro. En su despacho particular, Gedeón se había acodado contra su escritorio de maderas preciosas, mordiendo distraídamente un cortapapeles de jade incrustado con oro, mientras se iba sumiendo en las profundidades del pensamiento. Analizaba el pasado, escudriñaba el porvenir, mientras el péndulo del reloj iba y venía inexorablemente. Gedeón pensaba. Este era un momento crítico de su vida. Por fin había terminado todos sus estudios, ¡después de tanta demora! Amargamente se reprochaba su haraganería. ¡Ya había cumplido los trece años! ¿Qué haría ahora? Tendría que decidirse por alguna carrera, remunerativa para sí y provechosa para la humanidad en general. Pero las carreras que se le ocurrían estaban llenas de graves inconvenientes...

¡tardaban tanto en aprenderse! La medicina, por ejemplo, le interesaba, porque a él todo le interesaba; pero le llevaría por lo menos un año íntegro para aprender eso de píldoras y jarabes y recibirse de médico, unos tres meses más para consolidar su clientela y hacerse famoso, y no menos de un año para hacer fortuna. En total una pérdida de dos años y tres meses... No. No podía derrochar tanto tiempo. ¿Y qué otras carreras quedaban? Pues la abogacía, la ingeniería, la arquitectura, las bellas artes, las armas, la Iglesia...

El pequeño Gedeón quedó pensando largo rato, y por fin dió con el puño sobre el escritorio. ¡Las ciencias económicas! ¿Cómo no se le había ocurrido eso antes? Con gesto impaciente abrió la guía del teléfono, encuadernada en cuero de Rusia con filigranas, encontró el número que buscaba, y llamó a la Facultad de Ciencias Económicas...

Sí — le contestaron; — el examen se rendía al día siguiente a las diez de la mañana. ¿Que inscribieran a Gedeón Trabuco? Muy bien, gracias. Gedeón pidió otro número. ¿Con la Librería Universitaria? Habla Gedeón Trabuco... que le manden inmediatamente la serie completa de libros sobre Ciencias Económicas, edición de lujo. Gracias. Gedeón colgó el tubo y se puso a esperar.

Exactamente a la hora bajó Gedeón a la puerta cancel, abrió la puerta de calle, de fierro dorado, y recibió de manos del mensajero los libros de texto. En el salón de estudios, donde había pizarrones, enciclopedias, mapas y demás artículos pertinentes, Gedeón deshizo el paquete, abrió el primero de los doce gruesos volúmenes y comenzó a leer.

"Las Ciencias Económicas", decía el prólogo, "son ciencias que se relacionan con lo económico..." pero Gedeón salteó eso, pues su mente dilucidadora ya había adivinado que así debía ser. Además tenía poco tiempo y quería ir derecho al grano. Los cuatro primeros capítulos, aunque de una profundidad parecida a la del prólogo, Gedeón también salteó, pues ya sabía su contenido. Una tras otra volaban las páginas ante su vista de lince, y nada le escapaba.

Pero, a las seis y media de la tarde, Gedeón se apercibió que ya no entraba mucha luz por las ventanas. Iba cayendo la noche. Pero aquí se presentaba un grave problema para Gedeón. La servidumbre se había ido de paseo. ¿Quién, pues, iba a encender la luz? Gedeón jamás había tenido que encender las luces, y, por tan sencillo motivo, no sabía cómo hacerlo. Serio contratiempo... las horas eran preciosas. Ya Gedeón sabía todo lo referente a la Contaduría Pública, al Peritaje Mercantil, pero aun le faltaba compenetrarse del contenido de seis gruesos tomos para poder rendir examen a la mañana siguiente.

¿Qué hacer sin luz? se preguntaba Gedeón lleno de alarma ante la perspectiva del examen fracasado. Pero su mente gigantesca no tardó en concebir un plan digno del mismo Napoleón. Recordaba haber visto en el salón de fumar una caja de fósforos, dejada allí sin duda por el mayordomo. La idea de los fósforos fué la precursora del plan, pues le hizo recordar que un día, cuando era muy pequeño, había leído en un libro de cuentos una descripción de esta delicada operación de encender el fuego. Gedeón jamás olvidaba detalle que leyera. Fregó, pues, la parte roja del fósforo contra la parte áspera de la cajita, y todo salió a pedir de boca; aplicó cuidadosamente la llama a los papeles y virutas en la estufa, y vió triunfante que las llamas se multiplicaban entre los leños.

Gedeón se sentía poderoso. Había creado la luz, ni más ni menos. Se aproximó al fuego con sus libros, y a la luz de las llamas siguió digeriendo todo lo concerniente a las abstractas ciencias comerciales. Cuando menguaba el fuego, lo que acaecía a menudo, Gedeón echaba más leña, como decía en el libro, y el resultado era satisfactorio en alto grado... lo cual prueba que no todo es mentira en los libros de cuentos. Mas en las horas de la madrugada se terminó la leña... la habitación se iba poniendo obscura. ¿Qué hacer, oh mente gigantesca? Todo era cuestión de lógica, pensándolo bien. La leña era de madera. Madera, pues... ¿de dónde sacarla?

Quedaba el recurso infalible del experimento. Gedeón echó al fuego una caja de palo santo primorosamente esculpida, y notó con satisfacción que, no obstante los firuletes, aquello ardía como la leña de más precio. Afortunadamente no escaseaban los artículos de madera en la habitación; al contrario, los había a patadas. El difunto don Apuleyo Trabuco, padre de Gedeón, había sido gran coleccionista de curiosidades y antiguallas. Al alcance de la mano había, por consiguiente, leña por varios millones de pesos. Y qué gente previsora, esos Trabucos... fijáos que hasta habían colgado en la pared un hacha de la época de las Cruzadas, que era precisamente lo que más necesitaba Gedeón en este crítico momento. Al fuego fueron cayendo patas y respaldares de sillas y sillones, doseles, cofres y antiguallas de todas clases. Y ante los ojos ávidos de Gedeón seguían volando las páginas de los gruesos volúmenes, hasta que por fin, cuando hubo salido el sol y ya no había más necesidad de alimentar el fuego, Gedeón ya se había posesionado de todos los conocimientos requeridos.

Sucedió lo que tenía que suceder. A las diez en punto Gedeón se presentaba ante los examinadores y rendía examen. Para recibirse se necesitaba obtener por lo menos setenta puntos de los cien. Pero a Gedeón le acordaron ciento uno, por haber corregido un error cometido por uno de los profesores.

Ya Gedeón había dejado de ser el "pequeño Gedeón". Ahora tenía catorce años encima, y una arruga profunda surcábale la frente. En su despacho particular, sentado ante un escritorio de ébano tallado, regalo de unos príncipes a quienes la firma de Trabuco Limitada había hecho cierto pequeño favor, Gedeón estaba ocupado en leer cartas de felicitación por su cumpleaños. La carta que ahora tenía entre manos, y que llevaba ni más ni menos que la firma de los Importadores Unidos de Bananas, rogaba a Gedeón que aceptase el modesto obsequio de un yate a vapor con cabinas para cincuenta pasajeros, y se excusaba por lo mísero del regalo alegando que el año había sido desastroso para las bananas. La carta estuvo en un tris de parar al canasto, pero por fin Gedeón la puso a un lado. Un yate es siempre un yate, mirándolo bien.

Y así por el estilo, con cada carta venía una ofrenda de mayor o menor cuantía. Pero Gedeón leía distraídamente, como quien cumple con un deber desagradable. Lo que realmente anhelaba era descansar, ocuparse un poco de su propia vida. La firma Trabuco Limitada era exigente. ¿Cómo hacer? Uno de los diez secretarios particulares consultó con

los otros e informó a Gedeón que podía disponer de diez minutos antes de la llegada del primer ministro. Asombrado ante vacación tan inesperada, Gedeón se acodó contra su pupitre y se dejó arrastrar por la corriente de sus pensamientos.

¡Ya tenía catorce años! Qué cosa terrible, cómo se iba el tiempo... En estos últimos doce meses, desde que se recibiera de científico económico, no había hecho casi nada. El resultado total de su labor durante el año apenas alcanzaba a unos míseros diez millones en efectivo y unos treinta o cuarenta en estancias, ferrocarriles, bancos, minas, uno que otro rascacielos y otras chucherías.

No, Gedeón no estaba satisfecho con su vida. Al fin y al cabo, pensaba, alguna ambición había que tener en este mundo. No era posible quedar atrancado así eternamente. Algo había que hacer. Tal vez ahora, con la visita del primer ministro, resultase algo de provecho. Pues el primer ministro venía a pedir a Gedeón que por favor lo sacase al país de la miseria. Y a Gedeón le habría sido facilísimo hacerlo, pero aun no estaba bien seguro que eso le conviniese ni al país ni a Trabuco Limitada. Además, le saldría algo caro el asunto... Es claro que no lo haría de puro patriota; en el vocabulario comercial, como en la mayoría de los vocabularios en uso común, esa palabra no figura para nada. Pero, si se decidiese por sacarlo al país de la miseria en que lo habían dejado sumir, tendrían que darle...

"Su Excelencia el Primer Ministro", anunció el portero vestido de almirante.

Ya iba madurando Gedeón. Ahora tenía quince años. Vémoslo en las nuevas oficinas de Trabuco "Ilimitada", local de ciento cuarenta y dos pisos, sin contar la buhardilla. Por la ventana se veía un panorama inmenso, desprovisto totalmente de casas. Para espiar las andanzas de los vecinos había que mirar hacia abajo, y usar lentes de gran aumento.

Gedeón se ha acodado ante su escritorio de marfil esculpido con incrustaciones de oro y piedras preciosas, regalo del primer ministro. Nuevamente lo vemos leyendo cartas de felicitación; pero éstas ya no le ofrecen regalos. Pues, ¿quién habría tenido el tupé de ir a ofrecer regalos a Gedeón Trabuco? Habría sido tan ridículo como hacerle ofrenda de un fósforo al Sol.

Aquella primera arruga en la frente de Gedeón ya se había procurado compañera. Una que otra cana asomaba entre sus cabellos. Gedeón contemplaba el pasado. Gedeón no era feliz. Con terror había descubierto que en este mundo cruel ciertas ambiciones son completamente irrealizables, aun para aquellos que tienen una inmensidad de dinero, y a veces tanto más irrealizables cuanto más el dinero. Y Gedeón, confesémoslo sin más ambages, había caído en las garras de una ambición tremenda, desenfrenada, que no sabía cómo satisfacer. Dudaba Gedeón que jamás pudiese llevar a cabo su ambición devoradora. Y eso le hacía la vida amarga. No podía extirpar de su pecho esa ambición. A veces la había podido dominar por largas temporadas, pero luego, cuando ya la creía muerta, volvía a renacer con ansias terribles. Así pues que no quedaba otro remedio que ver realizada esta ambición, o perecer en la tentativa.

El estado morboso de Gedeón tenía preocupadísimas a sus amistades y al personal de la firma. Lo veían taciturno, desganado, hasta haragán, puesto que ahora apenas trabajaba dieciocho horas diarias. Secretamente se reunió el personal superior de la firma Trabuco Ilimitada para decidir qué hacer al respecto. La discusión duró horas y por fin se resolvió que, puesto que nadie sabía cuál era el mal que lo estaba royendo a Gedeón, se nombraría una delegación de los más ancianos y más sabios (y esto sin ironía ninguna), para que se apersonase al jefe y le rogase que cuidara de su salud; ¡que si él llegase a faltar, algún día!...

Llenos de dudas sobre la clase de recibimientos que les prodigaría el jefe supremo en su recinto sagrado, al cual jamás habían sido admitidos aun, los ancianos, veinte en número y todos ellos de la más grande probidad (puesto que aun no se había probado lo contrario), se encaminaron hacia el despacho de Gedeón. Uno de ellos, el más animoso, se aventuró a golpear a la puerta dorada.

Nada.

Otra vez golpeó el anciano, con el Jesús en la boca.

Nada.

Probaron el pestillo y la puerta cedió. Entraron los veinte ancianos y quedaron alelados de estupor. Pues el despacho del jefe estaba vacío...

La firma Trabuco Ilimitada se iba irremisiblemente al tacho. ¿Y cómo podía ser de otra manera estando vacío el sillón del jefe supremo? Ya hacía dos meses que Gedeón había desaparecido como tragado por la tierra. ¿Se trataría acaso de un rapto? Pero entonces ya habrían recibido la carta de los malhechores pidiendo el fabuloso rescate. ¿Habría muerto? Pero habíase dragado el lago del Rosedal, el río, las costas del mar, sin resultado. Las pistas de los pesquisantes eran originalísimas, pero no conducían a nada.

Los teléfonos y telégrafos del mundo vibraban sin tregua, pidiéndose noticias mutuamente. Los diarios (aquellos de los países más civilizados, entiéndase bien) habían aprovechado bien el acontecimiento, y haciendo uso de cordura y sentido común consiguieron triplicar su circulación. Todo lo cual prueba que también los secuestros y los asesinatos tienen su lado provechoso. Ayudan a hacer circular la moneda, mucha gente gana dinero honestamente, con el que se edifican casas, compran yates, se van a Mar del Plata. Casi es de lamentar la escasez de esta clase de sucesos en nuestra vida cotidiana.

A todo esto, diariamente había en las oficinas de Trabuco Ilimitada reuniones de gerentes y directores. Las cosas iban de mal en peor, hasta que por fin un día hubo que quitarle la primera letra a la palabra "Ilimitada". Ese día hubo rumores en las bolsas del mundo, en muchos grandes bancos hubo pánico, varias grandes compañías se declararon en quiebra, un transatlántico se hundió en el mar. Dicen, por cierto, que lo del transatlántico nada tiene que ver con lo otro, pero a mí no me las pegan... La cuestión es que ya todo el mundo sabía que Trabuco Limitada (como se volvía a llamar) andaba de muy mala pata, y de seguir así... La ansiedad hacía que se redoblase la búsqueda de Gedeón. Pero nada, nada, y nada...

Llegó un día en que los transeúntes iban y venían con prismáticos en la mano, y miraban hacia arriba. Y allá, por las nubes, en la misma punta del augusto edificio de Trabuco Li-

mitada, orgullo de la ciudad, flotaba algo rojo... ¡una bandera de remate! Era el acabóse.

En el piso más alto del edificio se habían reunido los más ancianos directores de la firma. Estaban en el sagrado despacho de Gedeón, y miraban con las lágrimas en los ojos el sillón vacío... Era la despedida, pues dentro de poco vendrían los rematadores a pegar las etiquetas sobre los muebles. Reinaba un silencio profundo, angustiado, interrumpido de cuando en cuando por un trágico hipo o uno que otro suave soplido de narices. Tan religioso era el silencio que, cuando de pronto se abrió la puerta con un chirrido de bisagras sin aceitar, (lo cual demuestra a claras a qué punto habían llegado las cosas) los ancianos se volvieron indignados, con amargos reproches en los labios.

Entró un muchachito de unos doce años, sucio, pecoso, sonriente. Sin decir una palabra tendió un trozo de papel muy manoseado, y sin dejar de sonreír giró sobre sus talones y desapareció. ¿Qué decía en el papel? Sólo estas pocas palabras: "La Calle de los Gatos Muertos, Número 13. Ir en seguida".

No había pasado media hora de este extraño episodio, que los ancianos se apeaban de un taxímetro y se escurrían por un callejón espeluznante. Habían perecido allí muchos gatos; no cabía duda, ésta era la dirección. La casa número trece de un aspecto lóbrego y ruinoso; a la puerta golpearon los ancianos, y como nadie contestaba entraron y, como guiados por un instinto, bajaron a un subsuelo húmedo y obscuro.

Había allí mucha gente, tanto que la atmósfera estaba sofocante. Con estupor los ancianos, que ya se daban por perdidos y degollados, notaron que la concurrencia estaba compuesta por muchachos de todas las layas. Los había bien vestidos, los había en harapos, los había blancos y negros, altos y bajos, flacos y gordos. A cierta distancia, sobre una ruda plataforma de madera había un grupo de estos muchachos, en posturas extrañas, inclinados o de rodillas, como quien está absorto en ritos misteriosos. Todas las miradas convergían sobre ese punto del recinto. Los ancianos miraban también, pero sin darse cuenta de nada.

¿Qué sería todo esto?, se preguntaban los ancianos. De cuando en cuando se levantaban los cultores de esta extraña religión, gritaban algo en voces roncas e insultantes, y luego volvían a sus ocupaciones cabalísticas a raz del suelo. De pronto se armó una algarabía terrible. Los ancianos se persignaron o hicieron cuernos, según las creencias de cada cual, creyéndose ya muertos. Volaban las trompadas entre la concurrencia, se achataban los sombreros como por encanto, cruzaban la atmósfera las papas y las cebollas y uno que otro huevo meteórico. Varios de los ancianos perdieron sus dentaduras postizas. Por fin, cuando quedó restablecida la calma en el recinto, un grupo de fornidos muchachotes levantaba en andas a un compañero y lo paseaba triunfalmente, con un acompañamiento infernal de vivas, mueras y silbatinas. Y el héroe a quien aclamaban de manera tan estrepitosa era ni más ni menos que Gedeón.

Al poco rato los ancianos volvían a subir en el taxímetro, que aun los esperaba en la esquina del callejón. Llevaban con ellos a un muchacho gordo, robusto, sucio, desarrapado y contento. Los ancianos lloraban de enternecimiento. Por fin lo tenían a Gedeón consigo. Después de muchos ruegos habíanle convencido de que se volviese con ellos. Ahora le iban contando las penurias que habían atravesado debido a su ausencia. Gedeón escuchaba aburrido. Dentro de un rato, proseguían los ancianos mientras lloraban a mares, iban a rematar la firma de Trabuco Limitada...

Gedeón pegó un respingo. ¿Cómo? ¿Se había fundido la firma? ¡Ah, viejos imbéciles, ya verían de qué pasta estaban hechos los Trabucos! ¡A toda velocidad, chofer!

Cuando ya vacilaba el martillo del rematador, entró Gedeón en el recinto, y el martillo nunca bajó. Sin cambiarse de ropa, Gedeón se hizo cargo de los asuntos. Durante cuarenta y ocho horas trabajó sin parar, sin comer ni dormir ni lavarse la cara. Al cabo de ese tiempo hubo que telefonear a la policía que por favor mandasen en seguida un refuerzo de agentes, pues la multitud se abalanzaba contra los portales de la firma Trabuco "Ilimitada", (le habían vuelto a poner la "I") con la firme intención de no aflojar hasta haber colocado allí todos sus ahorros en depósito.

Por fin ya no quedaba ni el más remoto peligro de recaída. Todo andaba de rechupete. Gedeón estaba radiante, nuevamente trabajaba sus veinte horas diarias, y estaba gordo y rozagante. Las arrugas de su frente se habían mudado de domicilio. De cuando en cuando Gedeón hacía escapadas misteriosas. Los ancianos lo notaban y meneaban la cabeza de puro enternecidos. Varias veces Gedeón regresó de sus andanzas con un ojo en compota, o la nariz machucada. El jefe debía de estar cortejando, se decían los ancianos directores, mientras se les caía la baba; pues ellos también habían hecho escapadas misteriosas, ellos también habían regresado con magullones, en su juventud, por extraño que parezca. Un día, viendo que Gedeón estaba aun más risueño que de costumbre, uno de los ancianos, el más animoso, se animó a preguntarle:

—¿Se casaba el jefe... si no era mucha indiscreción?

Gedeón estalló en carcajadas de una grosería indecible, cosa que jamás había hecho antes. ¿Casarse él? ¡No! Cualquier día... ¿Acaso le preguntaban eso al verlo tan contento?

—Este... sí, jefe.

Pues estaba contento por muy buenos motivos. En confidencia les iba a contar. Los ancianos acercaron sus cabezas, plateadas o peladas, según el caso, mientras Gedeón, entre orgulloso y avergonzado, les iba contando. Había realizado la ambición más grande de su vida. Había llegado a ser aquello que siempre había soñado, aun de niño. Había escalado las cumbres más elevadas de la ambición, y podía estar bien satisfecho de sí mismo. Había ganado...

—¿Cuánto, eh... eh? — preguntaron los ancianos, débiles de felicidad.

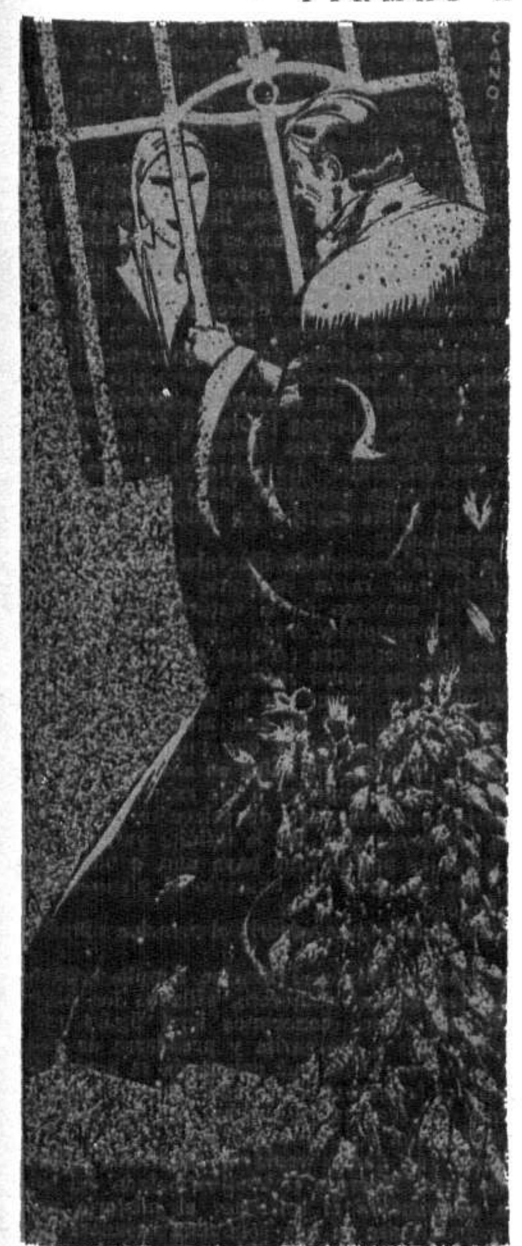
—Había ganado — prosiguió Gedeón, haciendo inútiles esfuerzos para dominar la emoción que lo embargaba — el campeonato...

—¿Al tenis?... ¿Al golf?...

—No — repuso Gedeón, con desdén... — ¡a la bolita!

BENJAMIN GIBBS

DIBUJO DE CABALLE



ASPECTOS DEL VALLE DE TULUN

Por Juan Rómulo Fernández

I

EL MITO DEL RIO SAN JUAN

Y bien, ¿qué es un río? Un río es siempre mensaje de la altura. Allá en la cima de las montañas, mientras los cíclopes levantan pirámides y arrojan peñascos, sus hijos, tremendos cachorros, entretiénense en un juego muy simple: demoler la nieve con sus manos. Empieza el líquido a correr por distintos vericuetos hasta reunirse en un cauce. Ya está, pues, formado el río. El río es el mensaje que la montaña envía al mar: mensaje al que el mar responderá en agua también, en agua hecha vapor, vale decir, en nube.

Pero el hombre, bien que no tenga la ruda fuerza de los titanes, posee en cambio la luz interna del pensamiento. Aprovecha el mensaje: lo intercepta, a veces. Se bebe el agua y riega su predio. Lo descuaja de su lecho de tosca para vestir la tierra de pinares y de pámpanos. Esto ocurre precisamente aquí en el valle de Tulún: esto de tomarse el agua, a veces toda, de modo que sólo en épocas de abundancia una parte llega hasta las lagunas de Guanacache y hasta el río Colorado, que es el rumbo al mar. Es por eso que el río se embravece en ocasiones y toma su desquite, arrasando con todo a sus orillas y a veces atropellando a la ciudad misma.

Un río tiene además su guardián. Así el viejo Tíber, de ancho pecho y luenga barba, cubierto con un ligero cendal verdoso y ceñido el cabello de espadañas, levantándose del fondo de sus serenas aguas salió al encuentro a Eneas, el fugitivo de Troya, y le habló así: "¡Oh, hijo del linaje de los dioses, que nos restituyes la ciudad troyana salvada de manos de sus enemigos, y conservas el eterno Pérgamo!, ¡oh, tú, esperado en el suelo del Lacio y en los campos latinos!, aquí tienes segura morada y seguros penates... El guardián de nuestro río le abrió sus brazos un día al esforzado capitán Jufré, que venía de lejos, soñador, sobre los mares y las cordilleras, portador de un mensaje de rey. "Funda, le dijo, y yo proveeré a todo". Y, en efecto, dar agua es aquí dar vida, vida generosa y rotunda.

Por eso esta agua no tiene la claridad de la linfa somnolienta. Es turbia con el limo fecundante de los montes y baja bramando como un potro que buscase al domador. El domador es el hombre, que se guía por su luz interior y se adiestra en el trabajo diario.

Hoy se llama río San Juan, en honor del mensajero real, al que los hados intentan convertir en mito para enaltecer la personalidad del pueblo que de sus aguas se nutre.

II

EL VISTEADOR

Todos los rivales habían terminado por acatar la supremacía de Juan de Dios. A mano limpia, con palo o con cuchillo, su destreza hallábase fuera de discusión. Realmente, aquella su vista era una luz. Por causa del nombre, algunos incrédulos negaban, haciéndose cruces, la posibilidad de que el sujeto tuviese tratos con el diablo. Y cuando aparecía en un boliche, todos lo convidaban con una copa.

Pero un día circuló en el pago una alarma. Había llegado de lejos un campeón del cuchillo. ¿Quién era éste? Un paisano de Lobos. De Lobos era, y las mentas lo pintaban más guapo que al auténtico Moreira (don Juan).

—Aquí he veníu a poner una cuestión en su punto.

En efecto; el lobeño, en conocimiento de que por aquí existía Juan de Dios, famoso en estos valles, se había partido, con caballo de tiro, rumbo al oeste. Dos semanas, andando sobre todo de noche, había durado la marcha. Ya estaba aquí, y lo demás "¡déjenmelo por mi cuenta!", decía.

El encuentro se produjo en un reñidero de gallos. Cuando el forastero apareció, la gente del círculo ofrecía un impresionante contraste: unos palmoteaban y largaban al aire, junto con

exclamaciones que parecían alaridos, sus sombreros panza de burro, y los que no hacían esto tenían la cara más larga que zapallo angola. Un gallo quedaba tirado en medio de la cancha, mientras el otro, el ganador, era levantado en vilo por su dueño. Efectuadas las pagas de las apuestas y hechos los arreglos consiguientes, el lobeño se encaró con Juan de Dios.

—Aquí estoy porque he venío. Sé que usté es de lo güeno de este pago. Ahura tenemos que medirnos en el visteo.

—No diga, ñor; io ia no estoy pa esos trotes.

—¿Cómo que no?

—Si estoy dejao de la mano del Señor. Cosas de endenante no quedan bien agora. Lo envito a tomar la copa.

—Dejesé de compadriar. Yo no he venio aquí al ñudo. Ahi tiene... defiendasé.

Junto con el "ahi tiene" había arrojado a los pies de Juan de Dios un duplicado de cuchillo sin punta. Al mismo tiempo el lobeño, cada vez más insistente en su voraceo, montaba su guardia enrollándose la manta en el brazo izquierdo. El agredido hacía el papel de un pacato que no atinaba más que con disculpas. La barra asistía silenciosa al desafío, acaso no rehecha de la impresión producida por la riña en que los galleros habían jugado hasta el tirador. Ese mismo silencio debía estimular al agresor, cuyos ojos relampagueaban tanto como la hoja del cuchillo.

—¡A ver, maula!...

—Pero si es el cuete, ñor... io no peleió ia.

En eso sonó un planazo sobre la cabeza del cuyano.

—¡Ah!... ¡Ah! — se oyó.

—Esto parece miedo — dijo alguien.

—Cayate, potoco... ¿A qué te metís?

—Véyanlo al fillito cómo está de ñervioso.

—Dos en uno — dijo el ñato Cantalicio, topándose la parada desde un entrevero.

Y ahí mismo, al hilo, el lobeño se le fué al humo a Juan de Dios, como a sacudirle un golpe más recio.

Por fin pareció que al cuyano se le estiraban las tabas. Rápido cual el pensamiento Juan de Dios paró el segundo golpe con el brazo izquierdo, echó la pierna derecha hacia atrás y con la mano derecha fué como a recoger el cuchillo del suelo. Pero en lugar del cuchillo arañó un puñado de tierra y se lo arrojó al lobeño a los ojos.

Con una risotada general el público dió sanción al acto: una agachada de paisano.

III

FLOR DEL VALLE

Su madre murió al darle vida. Su abuela había muerto al nacer la madre. Se habla de una maldición. Es triste destino, por cierto. Nada tiene que ver la presente historia con aquel rey de "Las mil y una noches" que en cada amanecer mataba a una nueva esposa; ni, tampoco, con el caso más auténtico de la Quintrala, terrible mujer chilena que en tiempos en que los cuyanos éramos chilenos sacrificaba sucesivamente a sus esposos: a sus valientes o cegados esposos, sino, más bien, con la pita, planta que vive quince años, da su flor y luego perece. Muy triste destino en verdad. Pero Margarita era una belleza radiante.

En algún libro de estampas he visto la de una estatua que se parece a Margarita. Si la estatua hablase y al hablar animase con leve carmín su rostro, diría que es ella. Si Margarita hubiese podido permanecer inmóvil, pensaría que es la estatua aquella.

Veintidós años. Magnífico el continente. Irreprochable el óvalo del rostro. El cabello, renegrido y ondeado; la boca, llena de gracia, los ojos, aterciopelados y como en punto de dormirse.

Nadie pasaba frente a su majestad sin volverse para mejor mirarla y admirarla. Ella parecía indiferente a todo. Flores y cantares y manifestaciones de diversa índole fueron infructuosamente ensayados por los galantes. El demonio de la tentación se le presentó en mil fases seductoras, sin conseguir siquiera ser notado por ella. Algunos hablaban de un orgullo olímpico "porque tiene fortuna"; otros decían que "no era mujer". Lo cierto es que en Margarita parecían quebrarse las leyes según las cuales no existe espíritu sin amor, ni amor sin materialismo.

La gente despechada ignoraba que la beldad prefería, por razón orgánica, respirar libremente al contacto de la naturaleza virgen, a la que contemplaba desde una altura inundada de esa luz fuerte que refracta el sol en las eminencias de los cerros vecinos.

Yo llegué a pensar que la belleza, la virtud y el ensimismamiento de esta mujer pertenecían al género de las cosas que imponen respeto. Pensaba también que había en ella una exquisita sensibilidad, superior a las exigencias de la materia; que era vaso de selección reservado para algún ser afín. En la infinita variedad de los seres es posible que haya uno, o unos pocos, que alcanzan sin buscarlo el plano de la sublimidad.

¿Por cuál camino vendría el príncipe soñado?

Vino, en efecto, el príncipe. Amplia la capa, terciado el sombrero, afilados los bigotes: nunca conocimos aquí figura más apuesta. Ver a Margarita y prendarse de ella, fué todo uno. ¡Con qué galantería se acercó al balcón el forastero! Verlo ella, tratarlo luego y perder en seguida la cabeza, fué también la simplificación de dos momentos.

Pero, ¿de dónde venía el caballero? Nadie sabía nada. Dijérase el hombre bajado del sol. Era ciertamente el misterio: el misterio que subyuga. Acaso ni una sola niña casadera habría permanecido impasible ante tal hombre que hacía tan bien el amor.

Margarita perdió la cabeza, irremediablemente. La voz del buen consejo decía que no; pero ella, que había deshojado una flor, replicaba que sí. No hubo nada que hacer; más bien dicho, cuando ella quiso acordar, todo estaba hecho. El hombre buen mozo la sedujo, la raptó, y todo. ¡Todo! Y después de todo la abandonó.

Ayer conocí el desenlace. Margarita fué madre de una niña; pero tras el alumbramiento Margarita expiró. Del caballero nada se sabe.

Yo hubiera escrito una estrofa para la tumba de Margarita. Pero he visto la tumba cubierta de flores frescas. Tanto mejor, diría ella. Así diría ella, que fué flor del valle, y, yo me quedo con la estrofa en el tintero.

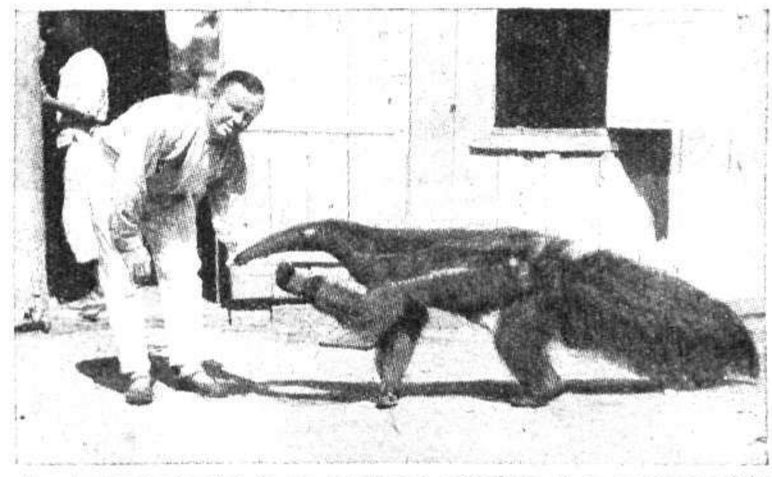
Juan Rómulo Fernández

DIBUJO DE CANO

De la fauna del Brasil •

• El oso hormiguero

▼▼



Un gigantesco ejemplar de oso hormiguero, procedente de la región amazónica y que demuestra raras condiciones de domesticidad.

EN las regiones selváticas del Brasil abundan los ejemplares zoológicos más extraordinarios. Entre ellos hay que incluir a estos grandes mirmecofaginos u osos hormigueros, cuyos ejemplares más notables se han cazado en la zona amazónica. Pertenecen a la familia de los desdentados y, pese a sus lentos movimientos, son impenitentes vagabundos. Tienen el cuerpo cubierto de pelos. El hocico prolongado, carente de dientes, en forma de tubo, guarda una lengua viscosa, que puede estirarse hasta alcanzar una longitud de más de medio metro, con la cual recoge las hormigas cuyos nidos ha puesto previamente al descubierto con la ayuda de sus patas delanteras. De tamaño que puede ser superior al de un perro, tiene una cola tan larga que, cuando se echa a dormir, llega a cubrirlo como si fuera una manta. El oso hormiguero anda siempre por tierra, apoyándose sobre los nudillos, con las garras dobladas hacia adentro para que no le molesten al marchar. Suele utilizar las garras delanteras para defenderse. — *D.*

Próceres de la Independencia del Brasil



Fray Francisco de Santa Teresa de Jesús Sampaio

(1778 - 1830)

Una de las grandes figuras de la Iglesia y de la Independencia brasileña.



Januario da Cunha Barbosa

(1780 - 1846)

Figura prominente de la Iglesia, gran orador y fogoso periodista y literato al servicio de la Independencia.



José Clemente Pereira

(1787 - 1854)

Que no obstante no ser hijo del Brasil, pues había nacido en Portugal, luchó por la Independencia de su patria adoptiva.

Próceres de la Independencia del Brasil



José da Silva Lisboa Visconde Cayru

(1756 - 1835)

Todos los biógrafos le reconocen una gran integridad de carácter puesta al servicio de la gran causa nacional.



Francisco de Paula Souza y Mello

(1791 - 1851)

Una de las figuras más nobles del parlamentarismo en el gran periodo de la Independencia es, sin duda, uno de los grandes próceres del Brasil.



Antonio Pereira Reboucas

(1798 - 1880)

De su amor a la patria hablan bien alto los sacrificios que por ella hizo llegando ciego al final de su vida.







THOMAS DERRICK
Woodcut from *Everyman* (Dent)

Desde la época colonial, el Brasil brindó al hombre, oro, diamantes y piedras preciosas

El descubrimiento del oro en el Brasil, acaecido en las postrimerías del siglo XVI, ejerció un extraordinario atractivo en el mundo entero. Llegaron hombres de trabajo, aventureros y especuladores de todos los pueblos y razas. Desde las costas hacia el interior del todavía no conquistado territorio, avanzaban las caravanas. El suelo de América comenzaba a entregar sus tesoros...

En el siglo XVI, los paulistas fundaron un establecimiento en el estado de Minas, que vino a ser el primer centro de explotación aurífera y también el más rico. Muy pronto cundió el ejemplo y aparecieron otros en Serra do Mar, en los estados de Río, Espíritu Santo, Bahía, Paraná, Río Grande do Sul, San Pablo, Goyaz, Matto Grosso, Maranhao. Cada uno de los arroyos que se desprendían de la larga cordillera costanera llevaba en sus aguas buena cantidad de arenas auríferas. La fiebre de oro tenía con qué saciarse.

Pero la explotación rudimentaria no dió el resultado apetecido hasta que no se utilizaron maquinarias modernas para las extracciones. En el presente, para la exportación, se ha llegado a la cantidad de cuatro toneladas en el año 1931.

En los terrenos de aluvión el oro se encuentra en pepitas y aun en trozos de metal puro, por ejemplo, se ha comprobado en los montes que dan origen a los afluentes del Ribeira. Ultimamente, en el estado de Paraná se descubrió un filón al cual los estudios y sondajes han declarado inagotable.

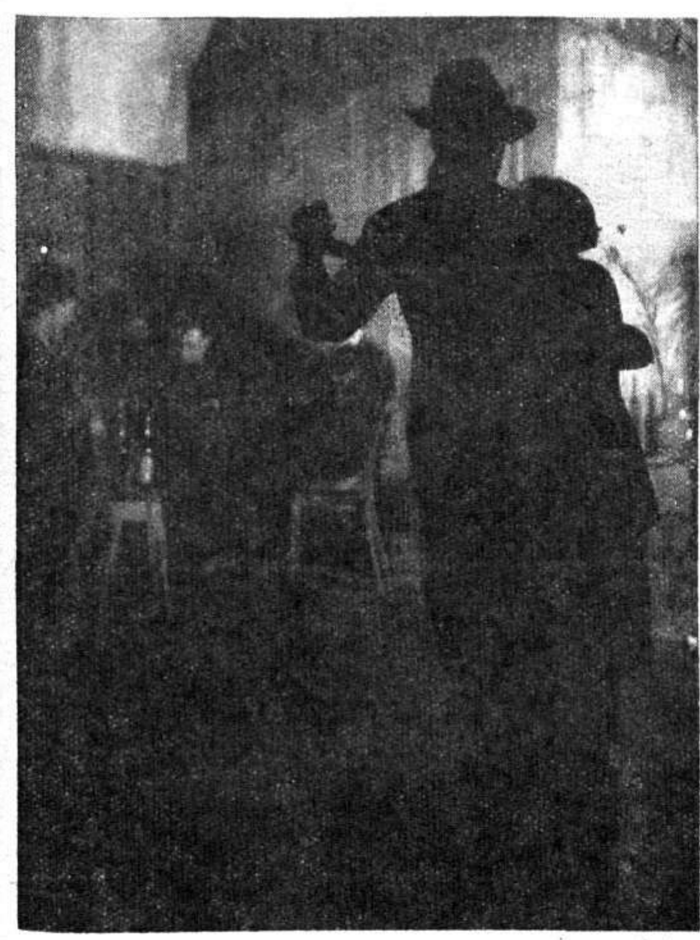
Yacimientos de diamantes se hallan en el estado de Minas, distrito de Diamantina, explotados desde el siglo XVIII y de los que proceden las piezas más famosas que han salido al mercado mundial. También existen yacimientos en el Río Verde, estado de San Pablo, y en Tibugy, en el de Paraná. Los campeones de estos yacimientos, comparados con los procedentes del Africa Austral, a la que han hecho los brasileños formal competencia, resultan superiores por la pureza de las aguas, el mayor brillo y friabilidad. El Brasil exportó en 1931 la fabulosa cantidad de 11.048 kilogramos de diamantes.

Algunos campeones presentan colores especiales, azules, rosados, verdes, negros y amarillento, llamado "cognac", sin que por ello pierdan el valor ni la pureza.

Yacimientos de topacios los hay en los estados de Bahía, Paraná y Goyaz. Igualmente el rubí, el zafiro, la esmeralda, la amatista y todas las piedras preciosas figuran en la abundante producción del suelo brasileño. En Minas se extraen hermosas aguamarinas.

En el ya citado año, la exportación de minerales del Brasil alcanzó a 127.378 toneladas. — *D.*





La machicha y el tango

Cada diccionario enciclopédico tiene sus sorpresas.

Al rebuscar en uno de ellos datos sobre la machicha, se nos presentó una sorprendente noticia. Así se define la graciosa danza: "Baile de origen español, cuya música transformada por un autor argentino, gozó de notable fama en París, extendiéndose después por el resto de Europa".

¿...? Habría que averiguar, empresa reservada a los eruditos brasileños, cuyo amor propio nacional debe sufrir hondamente con esa noticia.

A nosotros, sólo nos atañe querer a la machicha al par del tango. Hasta nueva orden, la consideramos tan brasileña como el Pan de Azúcar.

La machicha y el tango tienen de común esa popularidad unánime de que gozan aquí. Ambos han fraternizado; ambos supieron conquistar voluntades universales, y éste es otro rasgo que los acerca, aparte de la intimidad física que ambas danzas procuran.

La machicha y el tango nacieron en las reuniones coreográficas del pueblo. La primera ascendió pronto a danza teatral. El segundo fué al escenario, más bien como melodía cantable, carácter que supo adquirir al reflejar las penas y las vis cómica de la gente del arrabal porteño. La machicha continúa con su ritmo vivaz, alegre. El tango se empapó de tristeza y de lágrimas. El oído de los extranjeros no puede percibir la semejanza de los tangos primitivos y de los ya refinados de otras épocas. Entre "Cara sucia" y "Mi noche triste" hay un abismo para el que no sea perito en tangos.

La machicha y el tango reproducen elementos psicológicos de dos vulgos.

Allá, cerca del Ecuador, bajo el sol enervante, logra satisfacer un ansia de vivacidad chacotona. Y es también canción, pero desprovista comúnmente de lamentos musicales. Tonifica.

Acá equivale a un sedante, contrastando con la bulliciosa actividad, más o menos útil, del buen pueblo argentino.

La machicha y el tango diéronse en numerosas ocasiones testimonios de mutuo cariño de confraternidad sudamericana.



Las minas de hierro de San Pablo



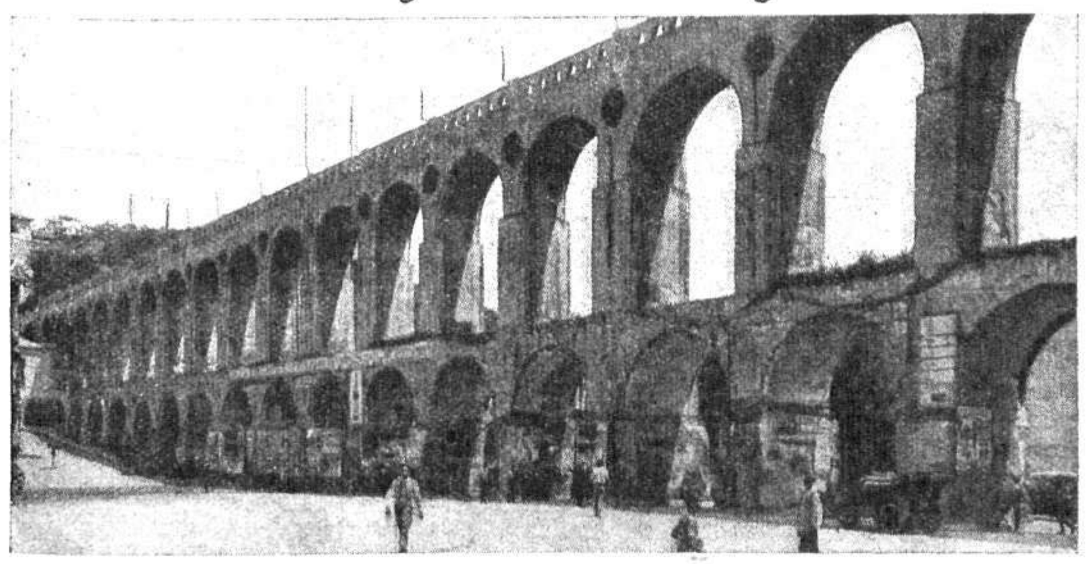
Un aspecto del trayecto ferroviario entre San Pablo y el puerto de Santos. La línea asciende hasta unos dos mil quinientos pies y atraviesa incontables túneles y atrevidos puentes.

En los alrededores de San Pablo, a principios del siglo pasado, se levantó la real fundición de Ipanema, donde se trabajaba el mineral extraído de las montañas vecinas, las que en forma de anfiteatro rodean las riberas del río del mismo nombre, el cual se echa inmediatamente en un pequeño lago. Estos yacimientos de hierro permanecieron durante largos años enterrados y desconocidos en las montañas vecinas. Fué en 1810 que el emprendedor ministro, conde de Linares, condujo a dichos lugares una compañía de mineros suecos los cuales construyeron los primeros hornos de la región. Muy pronto, según D'Orbigny, la producción alcanzó a cuatro mil arrobas anuales.

La montaña está cubierta por frondosa vejetación y, cuando a ellas treparon los primeros exploradores, encontraron bloques gigantescos de una clase de hierro magnético. Muchos llegaban a tener hasta cuarenta pies de altura, y muy pronto fueron aprovechadas en las improvisadas fundiciones que bien podemos considerar como las primeras que funcionaron en esta parte del continente sudamericano.

En el presente, la capacidad metalúrgica del Brasil se calcula en unas cien mil toneladas de hierro y cuarenta mil de acero. — *D.*

De la vieja Río de Janeiro



El tiempo ha respetado hasta no ha mucho, sin que perdiera su elegancia no exenta de reciedumbre, al característico acueducto de Santa Teresa.

Desde el año 1673 la población se proveía de agua mediante el canal construído desde Silvestre, teniendo por depósitos los de Madre del Agua, que sirvieron casi hasta finales del pasado siglo.

El acueducto fué construído por obreros esclavos, en 1750, para conducir las aguas potables procedentes de las alturas de Santa Teresa hasta las de San Antonio. Así, muchos años.

Pero en 1896 quedó descartado su funcionamiento y desde entonces, y por mucho tiempo, tuvo muy variado destino. Por el viejo conducto corrió una línea de tranvías y entre sus amplias arcadas guareciéronse infinidad de pequeñas tiendas.

Con todo, las piedras del acueducto resistieron estos ultrajes del tiempo y del progreso que también estuvieron expresados por los millares de policromos cartelones y anuncios que cubrieron sus sólidos basamentos. — *D.*



A. Santos Dumont

Alberto Santos Dumont, figura de fama mundial en los círculos aeronáuticos, nació en Santa Luzía do Río das Velhas el 20 de julio de 1873. Desde muy jovencito demostró su inclinación hacia los estudios aeronáuticos y en cuanto estuvo en condiciones de hacerlo partió rumbo a París, donde hizo construir su primer globo con motor, al que denominó "Brasil", verificando su primer ensayo el 4 de julio de 1898. Desde entonces la vida del ilustre brasileño estuvo por entero a la aviación. Expuso valientemente su vida en temerarios ensayos con débiles máquinas de su invención, siendo el primero que ideó la forma de cigarro para sus transportes aéreos. En 1906 realizó un vuelo que fué considerado notable para la época: en Arcachón, con un aeroplano construído por él consiguió volar por espacio de 220 metros a una altura de 8 metros. Este ciudadano universal, cargado de gloria y honores, murió en el mes de julio de 1932.

25 DE MAYO

1810-1935

El 22 de mayo, el número especial de "CARAS Y CARETAS"

será para el pueblo de toda la República una nueva expresión de su modernidad periodística,

Y SUS PAGINAS EN COLORES, Y SUS PAGINAS EN NEGRO, todas ellas ilustradas con un escogido material artístico, literario y gráfico, constituirán un motivo de intensa satisfacción para todos los lectores del país.

NOVILLO QUIROGA, en "Una cuadrera de hacha y tiza"; JULIO MAESTRE WILKINSON, en "Estampas sanjuaninas"; BOY, en "La madrina de mi amigo"; ENRIQUE RICHARD LAVALLE, en un trabajo póstumo titulado "Honra no es pitanza"; EUGENIO JULIO IGLESIAS, en "Canción a la que soñó el hijo"; ISMAEL MOYA, en "Romance de la flor del ceibo"; LUIS GRAU, en "El galán del ojo de vidrio"; LUIS CANE, en "Las primeras mujeres de Buenos Aires"; MARTIN GIL, en "Sobre algunas armonías", y MARTA BRUNET, en "Ojo feroz":

suman a las notas periodísticas, a los estudios históricos, a las anécdotas y a los temas ciudadanos y campesinos la expresión de sus distintas personalidades,

en el número especial que "Caras y Caretas" pondrá en venta la próxima semana

Con ilustraciones de: ALVAREZ, VALDIVIA, BATLLE, CABALLE, RECHAIN, BERNABO y LOPEZ NAGUIL.



"*Cabeza clásica*", *quebracho de Stephan Erzia.*

Noticia acerca de la vida y arte del gran artista ruso

Por

SIXTO C. MARTELLI



El escultor solitario refleja en su cara la fatiga del trabajo.

STEPHAN ERZIA, EL ESCULTOR SOLITARIO

Hijo de campesinos

A las orillas del Volga, en Mordva-Erziania, el año 1878 nace un niño en una humilde choza de pastores. Se llama Stephan Neffedoff. Desde muy temprano le inician sus padres, campesinos pobres, en las labores del campo. Entra en contacto con la tierra bajo el mismo signo de fatalidad casi secular de sus ascendientes,y ella le exige hombría a la edad en que otros niños, más felices que él, tienen maestros y libros seguros.

Un horizonte de bosques nativos son los límites del mundo para ese niño que no conoce hasta los quince años ciudad alguna. La naturaleza tiene delante de él abierto su gran libro, henchido de arcanos y de revelaciones estupendas. Es su primer maestro, su nodriza de sueños, su tutora de siempre. En los bosques encuentra esparcimientos, halagos, mimos fuertes para su infancia y la sorpresa — para él y los demás — de sus instintos artísticos primarios. Con un cuchillo por toda herramienta hace juguetes de madera, figuras, caprichosas formas, y con el hacha inaugura en los troncos su arte directo de la talla. Vale decir que el campesino niño, que se pierde por días enteros, como en un refugio, en el laberinto doselado del bosque es nada menos que un verdadero intuitivo, agraciado de inteli-

gencia reconcentrada, de aptitudes y temperamento dignos de cuidado cultivo y estímulos. Alguien habló de la necesidad de llevar "el caso" a recoger la opinión de la Academia... Pero el campesinito, espíritu despierto y aventurero, deja las orillas lacias del anciano, pacífico Volga, y se va, lleno de coraje, a conocer Rusia, a conocer el ganarse la vida como un hombre, distanciado de sus querencias, de su terruño y cada vez más cerca de su destino.



Vista de la bahía Botafogo, y del Pan de Azúcar, según el proyecto de Erzia.

Pintor, vagabundo gorkiano

Stephan Neffedoff llega a Kazán en 1893. La necesidad estrena sus más finos látigos. Consigue, no sin dificultad, su ingreso a un taller de dorador y trabaja luego en las iglesias. Restaura vitrales. Pinta conos. La pintura le atrae, le retiene más largamente; de oficio, de medio de subsistencia obligado, necesario, se convierte en medio expresivo y de expansión de su temperamento plástico. El artista que vive dentro de aquella alma prístina, tenaz, voluntariosa de campesino, se improvisa en la pintura "al fresco" un idioma, una manera provisional de comunicación y enlace con el mundo externo, en la que, por sobre toda contingencia de tradicionalidad y de forma, habrá que ver más bien cómo sedimentan las levaduras del artista que vendrá. Las imágenes surgen bajo sus pinceles fieles a la anécdota religiosa exigida, de modo impersonal, con una fácil artesanía, referidas al solo objeto de su representación, sin llegar a creaciones ideales, mas no desprovistas de cierto subjetivismo y sostenida categoría estética. Y así dieciocho iglesias rusas son el extenso campo para los primeros empeños serios de arte de esta voluntad joven bien plantada en su ambición.



Boceto de cómo se verá el león que mira hacia el océano Atlántico.

Durante siete años duros, Stephan Neffedoff conoce, sin embargo, veinte oficios diversos para vivir, alternos con el vagabundaje más gorkiano, pintoresco y dramático. Su nomadismo sobrelleva ya muchas máscaras tempranas tatuadas por la vida. Nada lo quiebra, nada lo tumba. Fiel siempre a la vocación secreta, incontenible de su espíritu, su existencia es un perpetuo desplazarse. Aventurero ensimismado, extraño disconforme, esquiva los puertos próximos encharcados de comodidad y afina la visión contra los horizontes lejanos en un lujo de potencia. Todas las vicisitudes le dilatan su anhelo de "ser", lo estimulan antes que diluirlo, le templan el carácter y robustecen su tenacidad.

Sus pensamientos planean cada vez más cerca de su vocación; la reconocen limitada, sin caminos técnicos. Tiene ya descubierto el color, imagina el repertorio de sus posibilidades, percibe el sentido de la belleza y de la armonía en el mundo que le rodea; pero para expresarlos singularmente, de manera personal, le faltan disciplinas premiosas, urgentes. Y tras la autoconfesión, la búsqueda. Llega en 1901 a Moscú, donde ingresa a la Escuela Stroganoff de Artes y Oficios. En 1902 se inscribe ya en la Academia de Bellas Artes de la misma ciudad y allí adquiere un conocimiento ordenado de la pintura y de la escultura. La Academia nada quita a la particular visión del joven artista a su unidad íntima: sólo le dota de los medios de hacerlas triunfar más eficaz y universalmente. Y así le hallamos en la primera exposición de sus obras, realizada en Moscú el año 1905, luego de egresar de la Academia. El talento áspero y fuerte de Stephan Neffedoff se denuncia por el vigor de sus propios perfiles; es presente, reconocido, y la gente le empuja con voces de aliento, esperanzadas, fuera de su país.

El Volga desemboca en el Mediterráneo

CEDE a los ajenos estímulos y a la viva espuela de su propio deseo. Se va el hombre detrás de un sueño largamente acariciado, en que el amable cielo latino y los blancos mármoles de una bella nación mediterránea tienen decidido papel protagónico. Y visita Italia. Transcurre el año 1906. Vive en el Lago Maggiore. Vive con grandes privaciones. Lucha por hacerse sitio y lucha con su manquera del idioma. Aunque doblado un poco sobre sí mismo, trabaja con advertidas energías nuevas en el clásico y severo país del arte. Ofrece al fin una muestra de sus esculturas en Milán el año 1907, y en 1909 ya es invitado a concurrir a la Exposición Internacional de Venecia...

¿Pero qué hace ese hombre de extraordinario? ¿Cómo obtiene tal distinción entre los demás artistas nacionales y extranjeros el campesino recién llegado del Volga? Una sola respuesta cabe: tiene una personalidad diferenciada, independiente, con algo de naturaleza avasalladora que se impone por propia gravitación. Ella unifica el sagrado fervor de sus creaciones artísticas con la visión íntima, emocionada del terruño nativo y los suyos y los hombres de la gleba, sufridos, lejanos, pero actuales en su corazón. De entonces, de su estada en Italia data la firma de batalla adoptada para siempre como un homenaje a la tierra en que vió la luz del mundo y se bautiza a sí mismo Stephan Erzia. Así están sus esculturas, así se le conocerá en los centros artísticos europeos, y con ese nombre llega hasta nosotros.

Los tiempos cambian

DESPUÉS de los triunfos de Venecia y Milán, la carrera del escultor se asegura. Concurre a las exposiciones internacionales de Niza y Munich, en 1910, y por vez primera al Salón de Otoño de París, donde sus obras llaman la atención del público y la crítica más exigente justamente por el poderío de su verdad plástica y su fuerte acento personal. En la Exposición Internacional de Roma del año 1911, obtiene un verdadero suceso. Hugo Nebbia desde la revista "Emporium", Ojetti Picca y otros calificados críticos le dedican sendos estudios que lo traen a los primeros planos de la actualidad. Llegan los encargos. Trabaja en monumentos. A pesar de la manquera del idioma, el artista es comprendido por sus imágenes de bronce...

A los dos años decide efectuar una muestra personal en París, en la galería de Georges Petit. Afronta allí el juicio de la crítica con obra de gran aliento. Al éxito más rotundo viene a sumarse ahora la adquisición de todas las piezas por un caballero argentino, hombre de gran sensibilidad artística, quien piensa destinarlas a los museos de su país. De ellas escoge especialmente dos, "Cristo" y "Revolución", para nuestro Museo Nacional de Bellas Artes y que no han llegado a él quién sabe por qué turbios azares.

El caballero argentino se llama don José Santamarina y durante casi un año se constituye en mecenas del escultor ruso, facilitándole la ejecución de retratos y siluetas en bronce de personalidades francesas.

En 1914 Stephan Erzia regresa a Rusia, victorioso, dueño de un nombre representativo y prestigios legítimos. Las pesadillas y las locuras todas de la Gran Guerra arrastran también a su país. Viene después la Revolución, que estalla como una granada. Erzia es hombre de pasiones grandes, y ningún cálculo mezquino le demora jamás el juicio, la obra, la vida. El gobierno le ofrece luego la dirección de la Escuela de Bellas Artes de Siberia y más tarde se le designa director artístico de los tallados de diamantes y piedras preciosas del Ural. El año 1922 asume la organización de los cursos de escultura en el Cáucaso y se consagra a ejecutar diferentes monumentos; de 1923 a 1925 ejerce el profesorado en la Escuela de Bellas Artes de Bacú. Concurre en 1925 a la primera gran Exposición de Escultores rusos en Moscú, donde tiene sala de honor, y en 1927 a la Exposición Internacional en la Galería Jean Charpentier y presenta el mismo año una muestra personal en "Les Chambres Syndicales de Beaux Artes" de París.

En Moscú, el Cáucaso y Siberia ha hecho escuela y se le estima como a uno de los escultores contemporáneos más señeros. Así piensan discípulos, admiradores y colegas. Logra, en una palabra, el respeto y la consideración unánime.

Argentina a la vista

PERO al nomadismo, al espíritu de aventura de Erzia le falta la experiencia americana. Abre un interrogante: ¿Argentina o Estados Unidos de Norteamérica? Lo cierra a favor de la Argentina, quién sabe con qué vaga ensoñación de bosques chaqueños.

El año 1927 llega a nuestra ciudad de Buenos Aires.

A los pocos días, en una de las calles próximas al puerto de Buenos Aires, se detiene Stephan Erzia para dar paso a un carro lleno de grandes troncos y raíces de quebracho colorado. Se despierta vivamente su instinto. Pregunta, indaga, hasta saber qué es el célebre "hierro chaqueño", madera traída para alimento de las cocinas, estufas y talleres porteños. ("Hulla roja", nos conceden los ingleses). Su entusiasmo se empeña en comprar todo el cargamento de madera. El consignatario de ella, que nada sabe de arte ni de sus locos fervores, hace traducir en cifras, para el eslavo, sus pretensiones. Y Erzia paga dos mil pesos por sus primeros ensayos de escultura en quebracho argentino.

La nueva materia es para el artista toda una revelación. Lo apasionan sus resistencias, el capricho de sus formas, la calidez casi humana de su color, la sorpresa de su pasiva colaboración en la belleza plástica. Talla con urgencia algunas piezas. Y el mismo año, al poco tiempo de su llegada, ofrece en Amigos del Arte su primera exposición, en la que incluye, al lado de mármoles, bronces, cementos y maderas del Cáucaso, obras en quebracho. Recordamos, a ocho años de distancia, la acogida francamente cordial que la crítica y el público dispensaron al maestro ruso.

Desde entonces vive Stephan Erzia en Buenos Aires, solitario, recogido en su arte, retenido por un amor salvaje a la materia, por un amor alterno al quebracho y al algarrobo argentinos. Las calles y las gentes de Buenos Aires toleran su primitivismo, su figura exótica, extranjera, rebelde a las modas, y Stephan Erzia paga la hospitalidad en moneda de imágenes, en

idioma estatuario, transformando lentamente dantescas raíces y troncos de quebracho.

Un asterisco sobre la obra

Quien haya tenido ocasión de ver las exposiciones de Stephan Erzia, desde su primera en Amigos del Arte hasta la última en la galería Müller, además de sus obras más recientes, no dudará en afirmar que el gran artista se halla en la plenitud de su potencia creadora. ¿Cuál de todas sus muestras ha sido más artísticamente significativa? Nosotros preferimos unirlas a todas, idealmente, puesto que en la obra de un hombre de arte no son las partes las que deben promover juicio sino el conjunto. Al excursionar su obra deseamos obligarnos más hacia ese aspecto de su creación que más cerca nos toca: sus esculturas en maderas argentinas.

Stephan Erzia ve y siente como plástico. Acostumbrado a hacer rendir al mármol de Carrara, al granito del Ural, a los nogales del Cáucaso en la talla directa, exige, apremia de nuestros quebrachos y algarrobos la expresión máxima, ya se trate de esculturas monumentales para desafiar la luz cruda, o de esculturas para ambientes interiores de luz más reposada. Busca la forma y su expresión con la gubia, según el imperio de su pensamiento. Los temas se los propone y resuelve él frente al trozo de materia elegida. Talla, modela la madera o respeta su estructura natural; acentúa las partes, señala rasgos esenciales o acepta la "colaboración espontánea de la naturaleza cuando conviene a las exigencias puras del tema. Así, por ejemplo, en esas esculturas monumentales llamadas "Moisés" y "Filósofo", modela la frente y las partes indispensables a subrayar rasgos del rostro, la boca, los ojos, los pómulos, pero no desprecia nada de la fuerza, de la plástica naturales de los cabellos, las cejas, el bigote y las barbas, ya "resueltos" por la naturaleza en la dura raíz del algarrobo. El "Moisés", grande en su concepción y realización, es quizás la pieza que mejor revela la audacia y el genio estatuario de Stephan Erzia desde que tomó contacto con nuestras maderas.

En oposición de "Moisés" y "Filósofo", e incluso "Beethoven" y "Medusa", de características idénticas pero de menor cuantía artística, podrían citarse sus dos magníficos "Desnudos", de tamaño natural ejecutados en troncos de algarrobo. (Dejemos entre paréntesis la noticia de que Erzia no usa modelos vivos. Quede, también, lo que hay en ello de elogio y de condenación). Aquí el artista ha sido conquistado por la dulzura de las formas femeninas, llenas, mórbidas, y evidencia su mucho saber, su saber libre y aun el académico. Modela con ahinco la madera y tan finamente como si fuera blanda arcilla bajo sus dedos; es todo un alarde. En la serie de obras de gran formato; "Asiria", "Viejo Boyar", "Hindú", "Paisano ruso", "Mongólica", Erzia no sólo capta los rasgos de expresión étnica del sujeto, acentuándolos en lo esencial y subordinándolos a firmes leyes de armonía, sino que les impone una vida lejana de toda contingencia de tiempo y de moda. La crítica no ha destacado suficientemente de la obra de Erzia su sentido y lo que hay en ella de creación auténtica. Los hombres y las mujeres que salen del Olimpo de su fértil fantasía tienen una plétora de vida de semidioses; todo en ellos es sano, fuerte, poderoso, grande. El ímpetu de la energía que plasma el "Moisés" se hace suavidad sutil, matiz, delicadeza profundamente espiritual en "Alma", "Maternidad", "Cristo", "Abstracción", y se adentra en "Dolor", pieza de muy noble y ceñida expresividad que mereció, como otras suyas, ser adquirida para nuestro Museo Nacional — aun Erzia no tiene allí representación... — y que unos caballeros ingleses, "ni cortos ni perezosos", han enviado ya a Londres.

Nada hay de enfático en la obra de este hombre. Como que nos viene de un espíritu acendrado, maduro, religioso; de una religiosidad racial con su complejo panteísmo. Le hemos oído decir con sincera humildad, en ocasión de una visita hecha a su estudio en compañía del amigo escritor Fermín Estrella Gutiérrez y en que éste ponderaba la originalidad de las obras: — "No es mía; yo se la robo a Dios". En esta frase él concreta su concepción metafísica de las formas preexistentes. Claro es que Erzia hace uso de ese don de su arte para describirlas, para ponerlas en evidencia humana; pero aún las que alientan su fantasía o su "mundo interior" y afloran plásticamente, no dejan de estar subordinadas a aquella doctrina.

Erzia y los gatos

Se ha dicho que todos los hombres de talento tienen manías. Aun los que no tienen ningún talento... Erzia también tiene las suyas. Pero entre todas, la más tierna, la más pintoresca es la de los gatos.

Dijimos antes que vive solo, y no es verdad. Vive en compañía, mejor dicho, en sociedad con más de treinta felinos domésticos... Les habla en ruso. Sus reconvenciones, sus mimos, sus consejos y hasta sospechamos que las tristeza, los sueños, las alegrías del artista las comprenden estos gatos criollos y las traducen, por amor, al castellano. Es conmovedora la terneza, la solícita dedicación del gran solitario hacia esas vidas mínimas. Erzia los cuida — ¿cómo podríamos decir? — casi paternalmente. Les vigila las amistades... y el régimen alimenticio. Durante un tiempo en que los tuvo enfermos y bajo la asistencia del veterinario, Erzia concibió, descontento de la "insuficiencia de la medicina para los gatos", cambiarles el régimen de alimentación carnívora por la vegetariana. El mismo les preparaba las legumbres y las frutas cocidas. Y los felinos comían a horario sus viandas, en santa paz alrededor del pacífico Lutero. Pero iban adelgazando, y muy pronto enfermaron, y algunos hasta abandonaron esta vida. Desesperado, confuso, impotente para luchar contra el fuerte instinto carnívoro de sus gatos resuelve, para conservar los que quedan, regalarles con hígado fresco... Su fracaso como "reformador", Erzia lo atribuye a que sus gatos, como buenos porteños, salían mucho de noche... Y, naturalmente, no siempre encontraban carne cocida durante sus excursiones.

En nuestra reciente visita a su estudio de la calle Olleros, le preguntamos:

—¿Cuánto tiempo hace que usted no visita el Chaco?

— Va para cuatro años que no tomo ningún descanso ni puedo ir a seleccionar material para mis esculturas.

—¿Por qué no realiza su viaje?

—¿Y los gatos?... — dice Erzia con un candor de niño grande. Y se recupera en seguida en la malicia sonriente conque termina la frase:

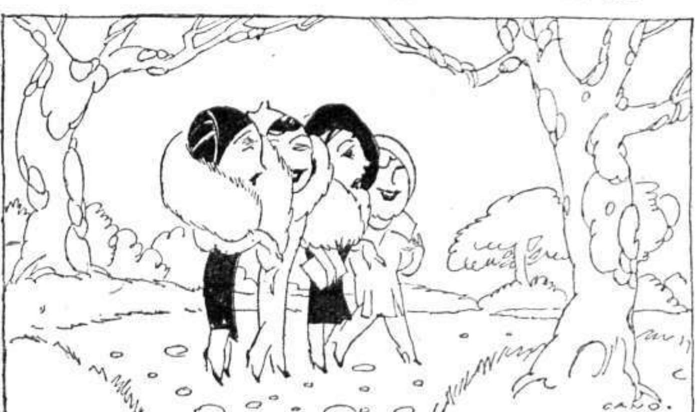
—He pedido un coche pullman para ellos...

A. Lemorell.

MEDALLONES OTOÑALES

Un poco de geografía y nomenclatura metropolitanas

Por FELIX LIMA



Escenario: Avenida Sarmiento, en el tramo festoneado por las tradicionales palmeras de Palermo viejo.

Celia.—¿Usted por aquí, Bebe?

Silvina. — ¿Y de correcta infantería? ¿Le han prescripto programas de "footing" para no revistar en artillería pesada, el arma adiposa de su amigo Fausto Maldones?

Bebe. — Ni prescripto ni proscripto. Por lo demás, chicas, sería difícil mi pase, en cuanto a paso, del Grisini Club al Pambazo Idem. Soy, como ustedes ven, conservador de pesos y pesas para balanza, y de medidas para hechura de sastrería. Me encantan los programas diarios de suela, taco y contrafuerte.

Edelma. — ¿Y no se cansa de caminar?

Bebe. — Mi conscripción realizada en el 1º de Patriarcas, o de Patricios, en difícil de milico, diplomóme para recorrer largas distancias sin experimentar fatiga. ¡Maratoniano, chicas!

Silvina. — ¿Y su auto?

Celia. — ¿De prisión... amorosa?

Edelma. — No haga chistes de primer grado atrasado, hijita.

Silvia. — ¿Le pregunto por su cuasi flamante 8?

Bebe. — Autos y no vistos, chicas...

Silvina. — ¿Cómo, cómo?

Bebe. — Sí, chicas: autos, muchos, iban por la calle Blandengues, numeración arriba, y no vistos por el conductor de un carrito lechero, mi coche por gambetear al vehículo a sangre, se estrelló y descompaginó contra una columna del alumbrado público.

Celia. — ¿Se lastimó?

Bebe. — Ileso.

Edelma. — Por descontado que el lechero pagó los vidrios rotos, ¿no?

Bebe. — Ilusa.

Silvina. — ¿A qué altura de la calle Blandengues se produjo la descompaginación de su 8?

Bebe. — Al llegar a Bebedero.

Celia. — ¡Pero qué ironía!... ¿Bebedero, y usted, Bebe, que es Concepción Arenal.. de Seco para el copetín?

Edelma. — ¿Usted perteneció al personal de oficina de Niveles y Calzadas Edilicias?

Bebe. — Un año entarugado en ella, hasta que me levantaron del pavimento, por economías.

Silvina. — ¿Así que será fuerte en nomenclatura porteña?

Bebe. — También en geografía metropolitana.

Celia. — ¿Nos permite constituirnos en mesa examinadora?

Bebe. — De mil amores.

Silvina. — Le sacaremos una bolilla.

Bebe. — Con tal que no sea la destinada a eliminar un perro.

Edelma. — ¿Qué nos puede decir de la calle Cucha-Cucha?

Bebe. — Arteria ideal para que en ella tengan sus residencias los dormilones. ¡Hay tantos marmotas!...

Celia. — ¿Y la de Los Patos?

Bebe. — Demasiado corta para alinear a todos los insolventes de una sola seccional de policía, la 43, por ejemplo.

Silvina. — Le rogamos que se sirva tomar asiento.

Bebe. — ¿Y ustedes, chicas?

Edelma. — Continuaremos de pie, como romanas antiguas.

Celia. — ¿Cuál es la avenida que está de actualidad?

Bebe. — Corrientes, sin vuelta en ninguna de sus pintorescas esquinas.

Silvina. — Ocúpese de la geografía metropolitana de la avenida en cuestión.

Bebe. — Empezaremos por la hidrografía. Arranca de las vecindades del dique Nº 4, y cuando llueve, hay agua por lujo antes de llegar a la de Río de Janeiro, para no citar otras esquinas clavadamente pluviales.

Edelma. — Bien. ¿Y de orografía?

Bebe. — Mucha ventolina a lo largo, o sea en toda su extensión, pues, nada menos que media docena de bancos israelitas la festonean, de Callao para afuera.

Silvina. — ¿Qué nos puede decir sobre el desenvolvimiento progresivo de la avenida Corrientes? Sea Cortínez y no Larguía.

Bebe. — En la arteria de referencia, los únicos que se desenvuelven a su gusto, son los hijos de Israel.

Celia. — Algo, sí.

Bebe. — ¡Muy mucho, chicas! ¿Acaso hay ingleses o ecuatorianos en la calle Libertad, a la altura de Corrientes? ¿Y filipinos de Callao a Río de Janeiro? Y eso, chicas, que no sigo viaje por la avenida Triunvirato, continuación de Corrientes, donde va siendo difícil tropezar con un crisiano. ¡Ah, si yo fuera concejal!...

Silvina. — ¿Qué haría usted como compañero de banca de Giacobini y de Penelón?

Bebe. — Actualizaría la nomenclatura de la avenida Corrientes, de entrada y en proyecto.

Edelma. — Cambio de nombre, ¿no? ¿Y le pondría al rebautizarla?

Bebe. — Se cae de maduro: Palestina.





El edificio de la Biblioteca Nacional de Río de Janeiro está en la avenida Río Branco, a la altura de la plaza Mariscal Floriano y en la foto aparece entre el Teatro Municipal y el Tribunal Federal.

LA VALIOSA BIBLIOTECA NACIONAL DE RIO DE JANEIRO

El origen de la actual Biblioteca Nacional de Río de Janeiro fué el gran desastre de Lisboa, en 1755.

La Real Biblioteca de Lisboa pereció el primero de noviembre de aquel año históricamente terrible para la ciudad. Era espléndida y rica. Guardaba tesoros bibliográficos y documentos históricos de incalculable valor. Barbosa Machado, abate de Sever, con una ejemplar sagacidad y admirable serenidad, en medio del dolor y la angustia que se había apoderado de la ciudad asolada por el mar, el fuego y la tierra, de los montones humeantes, reunió los libros que podían conservarse y los colocó en el palacio de Ajuda con el propósito de formar con ellos la base de una librería que atendiera las necesidades de la corte portuguesa y "para que el mundo letrado que afluía a Lisboa, y en el que figuraba aquel noble Francisco do Nascimento, cuyas desgracias ha celebrado Lamartine, tuviese dónde consultar los que habían escapado del incendio".

Barbosa Machado, ilustre autor de la "Biblioteca Lusitana", fué un paciente y apasionado bibliófilo, y ha pedido del obispo de Beja, en 1770, ofreció al rey Don José I, también sus libros, quien dió ubicación en su palacio a todas aquellas maravillas de arte y literatura.

Gobernaba el reino de Portugal Don Juan VI, cuando por negarse a detener a los súbditos británicos y a confiscar sus bienes, llevó a Napoleón a declarar por decreto del 11 de noviembre de 1807, que la casa de Braganza había dejado de reinar en Portugal. Un ejército francés penetró en el reino. Al aproximarse las tropas a la atribulada capital, los libros fueron apresuradamente encajonados y embarcados con otros efectos reales con rumbo al Brasil, donde llegó la fugitiva corte el 21 de enero siguiente.

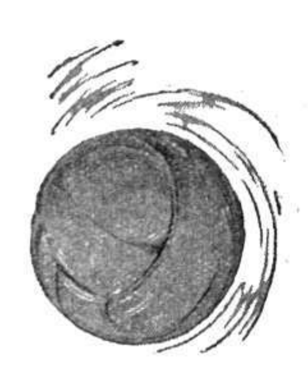
Así estuvieron en suelo brasileño los restos de la Real Biblioteca, vulnerada por la catástrofe de 1755 y la acometida napoleónica. Con ellos se formó la base de la Nacional de Río de Janeiro, la que se abrió al servicio público en 1811. Según Vicente Quesada, su sede primera estuvo en un antiguo edificio de la rúa do Passeio.

Los primeros bibliotecarios fueron fray Gregorio José Veigas y Joaquín Damaso. El primero fué designado en 1820 obispo de Pernambuco y al siguiente año regresó a Portugal con la corte. El padre Damaso permaneció en funciones hasta 1822, y no habiendo querido aceptar la independencia del Brasil, regresó a Europa llevándose valiosos manuscritos confiados a su custodia.

Posee, entre las obras antiguas, valiosas ediciones del siglo XVI. En 1874 tenía 120.000 volúmenes, entre ellos tres mil códices. En el presente sobrepasa el millón de volúmenes. Atesora obras antiquísimas, grabados y documentos referentes a la historia de todo el continente americano.

GRAN CONCURSO de "CARAS

"CARAS Y CARETAS" ABRE PARA TODOS LOS LECTORES DE LA REPUBLICA UN **CONCURSO DE PRONOSTICOS** RELACIONADO CON EL DESARROLLO DEL ACTUAL CAMPEONATO PROFESIONAL DE LA ASOCIACION DEL FOOT-BALL ARGENTINO. CADA UNO DE LOS LECTORES TIENE DERECHO A ENVIAR LA CANTIDAD DE CUPONES QUE CREA CONVENIENTE, DE ACUERDO SIEMPRE A LAS SIGUIENTES



BASES:

A) Recibirá un premio de MIL PESOS MONEDA NACIONAL el que acierte los nombres de los clubs que ocuparán los cuatro primeros puestos — en orden de colocación — en la tabla final de posiciones correspondiente a los "teams" de primera división;

B) Recibirá un premio de QUINIENTOS PESOS MONEDA NACIONAL el que acierte los nombres de los clubs que ocuparán los cuatro primeros puestos en la tabla de posiciones de la primera rueda, correspondiente a los "teams" de primera división;

C) Recibirá un premio de DOSCIENTOS PESOS MONEDA NACIONAL el que acierte el nombre del jugador que será "scorer" del campeonato de 1935;

D) Recibirá un premio de CIEN PESOS MONEDA NACIONAL el que acierte el nombre del jugador que será "scorer" de la primera rueda del mencionado campeonato;

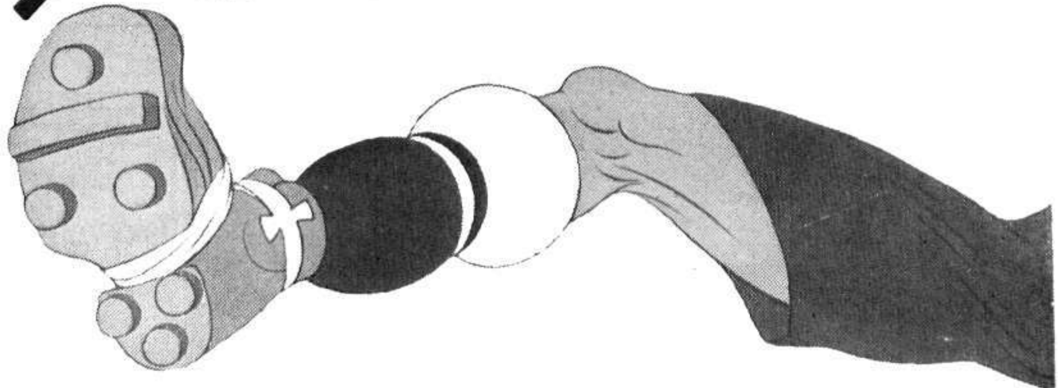
E) Los premios son indivisibles y, en caso de empate, se sortearán en acto público los pronósticos iguales, para lo cual el cronista deportivo de CARAS Y CARETAS habrá numerado cada uno de los cupones;

F) En caso de que varios clubs empataran en la tabla de posiciones, se tomará en cuenta para el orden de colocación en la misma el número de goles a favor de cada "team", después de deducidos los goles en contra;

G) Los pronósticos relativos a la primera rueda sólo podrán ser remitidos hasta el día de la realización del 12º partido de la misma, inclusive;

H) Los pronósticos relativos a la posición final del Campeonato sólo podrán ser remitidos hasta el día de la realización del 10º partido de

FUTBOLISTICO y CARETAS"



la segunda rueda inclusive, los mismo que los pronósticos referentes a los "scorers";

I) Para que el voto tenga validez, el votante llenará, con letra clara y sin omitir nombre, dirección y fecha, el cupón correspondiente y lo remitirá, bajo sobre, en la siguiente forma: CONCURSO DE FUTBOL DE "CARAS Y CARETAS", CHACABUCO Nº 151, CAPITAL FEDERAL;

J) El jurado encargado de distribuir los premios estará integrado por un representante de la Asociación del Foot-ball Argentino, por el cronista deportivo de CARAS Y CARETAS y por el escribano público designado para levantar el acta.

K) Además de los premios establecidos, se otorgará una placa al club cuyo "team" resulte vencedor en el Campeonato de 1935 y una medalla de oro al "scorer" del mismo Campeonato.

CUPON

Gran concurso futbolístico de "Caras y Caretas"

Al finalizar la primera rueda del Campeonato de la Asociación del Foot-ball Argentino, la posición, en orden, de los cuatro "teams" de primera división que ocupen los primeros puestos será la siguiente:

1º ....

2º ....

3º ....

4º ....

Fecha ....

Nombre ....

Dirección ....

Será "scorer" de la 1ª rueda:

....

Fecha ....

Nombre ....

Dirección ....

A fin de facilitar la clasificación, se ruega firmar en ambas partes.


CUPON PINERAL
Gran concurso futbolístico de "Caras y Caretas"
Al finalizar la primera rueda del Campeonato de la Asociación del Foot-ball Argentino, la posición, en orden, de los cuatro "teams' de primera división que ocupen los primeros puestos será la siguiente:
1º
2º
3º
4º
Fecha
Nombre
Dirección
Será "scorer" de la 1ª rueda:
Fecha
Nombre
Dirección
A fin de facilitar la clasificación, se ruega firmar en ambas partes.
Para ser vá-
lido este cu-
pón deberá
remitirse
acompa-
ñado de una
etiqueta
PINERAL
Pineral
EL GRAN APERITIVO
Anuncia a todos sus consumidores que habiéndose adherido al "Gran Concurso Futbolístico de "Caras y Caretas", instituye otros premios iguales a los que otorga la revista, o sea:
UN PREMIO de 1000 pesos moneda nacional.
UN PREMIO de 500 pesos moneda nacional.
UN PREMIO de 200 pesos moneda nacional.
UN PREMIO de 100 pesos moneda nacional.
Además, agrega CINCO premios especiales que se sortearán entre las personas que acertando la rueda final del Campeonato, hayan remitido mayor cantidad de etiquetas PINERAL.
Un Primer Premio de $ 500.—
al que envíe mayor cantidad de etiquetas PINERAL.
Un Segundo Premio de $ 200.—
Un Tercer Premio de „ 150.—
Un Cuarto Premio de „ 100.—
Un Quinto Premio de „ 50.—
A los que le sigan en orden de cantidades al primer premio.
Esta es la etiqueta que debe despegarse de la botella de PINERAL, para adjuntarla al cupón, y que también puede utilizarse sola, escribiendo claramente al dorso el pronóstico correspondiente.
"EL MEJOR DE TODOS"
LOS APERITIVOS
ESMERADAMENTE PREPARADO
PINERAL
INDUSTRIA ARGENTINA
CRUZ AL MERITO